Diga Vd. BUDA

a la primera persona
á quien encuentre.

¿A qué no advierte de qué se trata?
No se habla de otra cosa.

El maravilloso perfume de la suerte:
"Buda".

Perfume misterioso, encantador, encantador, que produce milagros de fascinación. Contiene raros ingredientes orientales, y se asegura que los grandes sacerdotes de la India lo emplean para atraer la dicha.

Madame Truhanova, de la Ópera, dice:
"Yo no sé si es una superstición, pero desde que emprendo el "Buda", ese perfume de la suerte, todo me sale a maravilla, y todos mis deseos se realizan. Inefablemente atrae la suerte, y es un perfume exquisito."

Diga Vd. HOY MISMO "BUDA" a su proveedor y emprenda el camino de la dicha.

La célebre CREMA TOKALON hace desaparecer las arrugas.

TOKALON - PERFUMISTAS

7, Rue Auber, PARIS


EL URODONAL
y el Reumatismo.

REUMATISMO,gota, MAL DE PIEDRA,
CALCULOS, NEURALGIA, JAQUECA,
ARTERIO-ESCLOROSIS, OBESIDAD.

¿El exceso de ácido úrico es la causa única del reumatismo? Lo ignoro, y no hay por otra parte necesidad de fabrizar. Señor, cuál fuere su influencia en la génesis del reumatismo, lo que los reumatólogos deben hacer es eliminarlo, pues lo que cuesta más es su curación. Hasta aquí se venía empleando la litina, el salicilato de sales, etc., medicamentos que tienen su valor y que lo prueban, pero que desgraciadamente hacen pagar caro sus beneficios, en el sentido que en su mayoría no operan que a condición de producir trastornos más o menos graves.

Hay un remédio nuevo, del que se habla mucho desde hace algunos años en el mundo de los enfermos, y también en el mundo de los médicos, y cuya reputación no puede ser más merecida. Este remedio es el Urodonal, el más potente disolvente del ácido úrico conocido en la actualidad. Ha triunfado y se ha convertido en el medio más eficaz para el tratamiento del reumatismo, y de no ejercer ninguna repercusión inofensiva sobre el estómago, ni sobre los riñones, ni sobre el cerebro, ni sobre el corazón, sino una sana terapia intensiva.

Estas son las cualidades que se han reconocido al Urodonal, a consecuencia de múltiples experiencias hechas por innumerables médicos, entre los cuales más de un profesor de gran autoridad, como los honores de una doble comunicación a la Academia de Medicina de París (11 Noviembre de 1908) y a la Academia de Ciencias (14 Diciembre de 1908) una medalla de oro en la Exposición franco-británica, y dos Grandes Premios en las de Nancy y Quito. El Urodonal está, además, adoptado oficialmente por el Ministerio de la Marina. El Urodonal está autorizado en el mundo entero.

Dr. DAURIAN.

El URODONAL se encuentra en los establecimientos CHATELAIN, 267, Boulevard Fosco, y en todas las buenas farmacias del mundo entero.

¡EL ÁCIDO ÚRICO ES EL ENEMigo!
¡Nuevito en hoja!

—Yo no sé cómo barrer de mi alma la imagen arrebatabora de su persona. Ya ve usted todas las tardes vengo a este café, que para mí, y merced a su encantadora presencia, representa el séptimo cielo de Malibran, imponiéndome el sacrificio de beberme este medio litro de cerveza, generalmente con más lívido que ebriada, nada más que por el placer indecible de encontrarme con usted, de verlo, de admirarlo, de dirigirle la palabra, aunque más por eso que con motivo de la consumación de esta bebida tóxica, y de poner entre sus ojos ese dehiscenciós sedas centellos asignados como precio a este amargo brevaje, que, su presencia de usted, me lo convierte en zelar olímpico.

Así, pues, bebo y vivir por usted, bella Dalila. Mi corazón en el sagrado piso de la Verónica, en el cual (aunque sea tal vez casi religioso decirlo) ha quedado estampado, para siempre, su divina herida.

Usted me trata, no obstante, con visible indiferencia.

¿No hay remedio? ¡Madríd llevándome a separarlo su imagen de usted estampada en todo lo más sensible de mi persona!

—¿Qué hacer?

—Lavame con Jabón Reuter. De Jabón quitás hasta la más leve mancha hepática. Da a la tuya nueva juventud y nuevo brillo, dos cosas que le van huyendo a usted falta. En cuanto a mi imagen, no es más que una de calomelano. ¡Jabón Reuter, Jabón Reuter! y quedará usted como una patena, además que nuevo en hoja!
En boga en París - los deliciosos perfumes de MONNA VANNA

MonnaVanna!
J'AI DEVINÉ ses parfums guisants!

AMBRE DE OR
BOUQUET CAVALIER
LA VIOLETTE CARUSO
LA ROSE MONNA VANNA
LE BAISER SUPREME
MADAME, etc. etc.

PARFUMERIE MONNA-VANNA
PARIS-MEUILLY, 122, Rue Dorgèse.

LA ROSE CARUSO
BRISA ECUATORIAL
MADEMOISELLE
MAGNATIC

BOUQUET MONNA VANNA
LALA
LILAS D'OR
ROSE ROUGE
30 HP TORPEDO GRAN LUJO

ESTE COCHE POSEE LOS ÚLTIMOS Y MODERNÍSIMOS PORMENORES DE CONSTRUCCION.

Precio... 16.000 Ptas.
FLOTA MÁS PORQUE TIENE MÁS GRADUACIÓN ALCOHOLICA.

Vino Priorato Seco y Garnacha "PERA GRAU"
DE VENTA EN TODAS PARTES
LA PRIMERA MARCA DEL MUNDO

Faros B.R.C.

LE PHARE B.R.C
ES LA LUZ
GENERADOR DYNAMOS

CONCESIONARIOS Y DEPÓSITOS:
AGENTES CONCESIONARIOS:
DEPÓSITOS:
ESPACIA: BLANC FRÈRES, 57, Calle de Alcalá, Madrid.
PORTUGAL: BLANC FRÈRES, 185, rua da Prata, Lisboa.
EL ALUMBRADO ELECTRICO
ECONOMICO y PRACTICO
en la campiña
POR LOS
GRUPOS ELECTROGENOS

60 á 70 0/0 de Economía
sobre los otros sistemas

Establecimientos L. HAMM
23, Rue de Ponthieu, Paris.

L. D. FORGUES, 666, Cangallo, Buenos Aires
Representante para las Repúblicas: Argentina, Uruguay y Paraguay.

DISTRIBUCION AUTOMATICA
DEL AGUA BAJO PRESION

POR LA POLEA BOMBA
(Sist. DISPAT.)

SUPRESION DE DEPOTISTOS
EN ELEVACION

TRASVASAMIENTOS Y RIEGOS

Pedir el catálogo especial
N° 19.

Instrumentos de Precisión
PARA INGENIEROS

H. Morin
11, rue Dulong
PARIS

Le Parfum a la Mode
Elegancia
Caron
parfumeur
PARIS

GEMELOS PRISMATICOS
Extra luminosos Aumento 8 veces
PRESIO: 135 FRANCOS
CATÁLOGO ESPECIAL N.M. FRANCO

PNEU SKEW

CREPE DE SANTE
RUMPF

Exigir siempre esta marca de fábrica
Paris 1898, Fuera de concurso, Membrana de Jutado.
La cinta más antigua y apreciada en artículos para
señoras, hombres y niños. Camisetas, camisoles
(mangas cortas y largas) calcetines, Enaguas
de hilo de Escocia, lana, y lana y seda.

De venta en todos
los grandes
almacenes
y buenos
casas

E. HEPP 94 Rue Lafayette PARIS
DE TODO UN POCO

Una miseria... — ¿Sabéis cuanto tiene Rockefeller? Pues una renta anual de 500 millones de francos, o sea un millón y medio diario. Como le han impuesto de contribución treinta millones de francos anuales, Rockefeller se ha indignado, y levanta el domicilio.

¿Es que quieren arruinarle?

A Benignidad. — En el primer año de su existencia, la oficina de censura de las cintas cinematográficas de Inglaterra ha examinado 2.547.900 metros de películas, comprendiendo 7.488 asuntos distintos. Sólo fueron excluidos 22 films. No puede pedirse mayor benignidad.

¡Socorro! — En París se ha inaugurado el Salón de los Independientes, templo del cubismo, del futurismo, etc. Dice que fundó este salón un gershuniano retirado. Lo cierto es que la crítica se cena en las obras expuestas, y que la caricatura las ridiculiza. El tema principal es el letrero «sortie de secours», que figura en las puertas. Y en las safras se ve a la gente huyendo por las puertas de socorro.

Mayores de edad. — El cinematógrafo necesita de alcanzar su mayoría de edad, según la ley francesa. En efecto, en el gran exposición de Chicago de 1893, Edison expuso el primer cine, aparato bastante grosero, cuyas imágenes bailaban constantemente. Los hermanos Lumière fueron perfeccionándolo. Por tanto el cine tiene ya veinte y un años...

Una belleza illustrate. — Ha muerto la duquesa Eugenia Litta, cuya belleza fue célebre en Italia, en el siglo último. Balzac, que fue huésped de su familia en 1838, la habla dedicado una de sus novelas: «Una hija de Eva». Eugenia Litta, admirada por los artistas italianos, que se disputaban el honor de reproducir sus rasgos, sirvió de modelo para la estatua de Vincenzo Vola: «La plegaria de una virgen». Amiga del rey Humberto de Italia, asistió a los últimos momentos del monarca asesinado. Ha muerto a los noventa años de edad.

(Continuación, pág. XIV.)
CAPITOL NATIONAL d’ESCOMpte DE PARIS
CAPITAL: 200 MILLONES DE FRANCOS

CASA CENTRAL: Rue Bergère, 14,
SUCURSALES: 2, place de l’Opéra, Paris.

Presidente del Consejo Administrativo: M. Alphonse Steinlen, 3.
Vice-Presidente Director: M. L. L. L. B. 8.
Administrativo Director: M. BOYER, 4.

OPERACIONES DE COMPTOR

AGENCIAS
41 Agenicias en París.
18 id. en las alrededores.
18 id. en provincias.
11 Agenicias en las colonias y países de protectorado.
12 Agenicias en el extranjero.

ALQUILER DE CAJAS PARA CAUDALES

COMITÉS BALNEARIOS
El Comptor Nacional tiene en las principales estaciones balnearias: estas agencias ofrecen en todas las operaciones como la casa central y las demás agencias, de manera que los extranjeros, los turistas y los banhistas, puedan continuar ocupándose de sus negocios durante su estancia.

CARTAS DE CREDITO PARA VIAJES
El Comptor Nacional, d’Escompte, ofrece el servicio de Cartas de Crédito, pagaderas en el mundo entero en sus agencias y correos oficiales; estas cartas son un complemento de un cuaderno de identidad y de indicaciones, ofreciendo a los viajeros las mayores comodidades, al tiempo que una seguridad inestimable.

Salones: Administración central, 14, rue Bergère, para los acreditados / SUCURSALES, 2, place de l’Opéra.

La operación que trata el Comptor con el extranjero, en el extranjero, en un departamento especial, que hace la correspondencia de los principales idiomas del mundo.

DE TODO UN FOCO

Una apuesta. — En París: Se conoce todos los vinos, y apuesta lo que se quiera a distinguir la marca con los ojos vendados. » Estaba la apuesta. Y se levó a cabo. A cada vaso, cuyo contenido probaba sin ver la botella, porque le habían vendado los ojos previamente al concurso, solamente el nariz se equivocó. Pero a última hora vaciló... no podía acertar. » He perdido la apuesta — dijo al cabo de un rato, sorprendido — no conozco este líquido. » Era agua.

El « gentleman » ideal. — Para encontrar este tipo de perfecto caballero, el Daily Mail abrió un concurso, y ha aprobado la siguiente definición: » Es un « gentleman », el que siempre sabe lo que tiene que decir, y sobre todo lo que ha de callar; y que sabe lo que ha de hacer, y lo que no debe hacer, especialmente a Díeze que es un francés el que ha definido así este... 

LA CONVENCION ARTISTICA. — El conocido primer actor inglés, Arthur Boucher, quiso documentarse para una obra de malas costumbres que tenía en el ojo. Al llegar, en compañía de un amigo, vio una pareja de ladrones de Berlín, en el momento en que la policía estaba practicando una batida. No le valieron sus presentimientos para echar a la calle el dúo hasta el día siguiente, en que se le puso en libertad por mediación del embajador de Inglaterra.

El ingenio y el boxeo. — Recientemente, se trató de celebrar en París combates de boxeo femeninos. El preámbulo no opuso. Sin embargo, tuvieron lugar, porque terminó el boxeo hombrón, el empresario salió al ring, diciendo al público: » La autoridad no consiente el boxeo femenino, pero como cada uno es dueño de su casa, saldrá a la calle, donde se os entregará una invitación. Volved a entrar, y veréis el boxeo de las damas. » La policía tuvo que resignarse. Era una verdad importante.

Un general socialista. — En el periódico socialista Kambiana, de Sofía, colabora el general Fitchet. Los periódicos ministeriales solicitan la expulsión inmediata de dicho general de las filas del ejército. El general Fitchet fue jefe del gran Estado Mayor bulgaro, durante las dos guerras balcánicas.

(The Continuation, pag. XVIII.)
DE TODO UN POCO

Otro modo de publicidad. — En las calles, en los tranvías y en los omnibus de Manchester, se encuentran a cada paso dos hombres inseparables. El uno es sombrero y tiene estrechez para oír lo que le dice su compañero, cuya voz es formidible. Los transeuntes o los viajeros, bien a su pesar, han de oír la conversación. Y en efecto, oyen como el "fulano" de la voz de triunfo le dice al sordo que se ha divertido, mucho en un cine, que las películas eran muy interesantes, y que los asientos no podían ser más confortables. A cada momento citaba el nombre del cine. El sordo se lo había repetido. ¿Comprendéis el reclamo?

La vida es dura. — Desde hace un siglo, los lumbreras han dado al estado francés la siguiente renta: 23 millones de francos, de los cuales 17 millones de beneficios. Según la misma estadística, se fuma menos que antes. Ahora, solamente, 1,973,000 kilos de tabaco... ¡Una inferiría!

La capitana. — Una dimaniquesa, la señora Bandin, preside la famosa mandarina de un barco destinado a viajes atlánticos. La señora Bandin es la primera mujer a la que se reconocen cualidades de valor y sangre, pues impulsa a una tripulación de hombres peligrosos en una travesía del Océano. La nueva capitana está casada con un médico naval. Durante los numerosos viajes que realiza en compañía de su marido, aprendió el arte naval. Y como ella está las dimaniquesas!

Conten el empresario. — Un empresario francés formó una tropa barata, echando a los artistas con precios irrisorios, y haciéndoles viajar en condiciones detestables. Se encontraba la tropa en provincias, representando una comedia de Tristán Bernard, en la que uno de los personajes se expresaba en inglés. El empresario interpretaba el papel de un interpréte que no conocía ningún idioma. Al hablar el otro el inglés, la gente reía más de lo ordinario. ¿Qué decía aquel fulano en inglés? El empresario quiso enterarse y, en su narices, le contaban al público que el empresario era un sinvergüenza, que la tropa viajaba en tercera clase, que paraban en hoteles infectos, que comían muy mal, etc... El empresario suspendió las representaciones.

(Continuación, pág. XX)
ESTE HOMBRE PUEDE ADIVINAR LA VIDA DE VD.

Sus Poderes Maravillosos para Adivinar los Secretos Humanos, en todas partes del Mundo, dejan sorprendidos a todos los que le Consultan.

Miles de personas, de todas las clases sociales, han sido beneficiadas con los consejos de este hombre. El adivino las capacidades de una persona, o indica la manera de emplazar para obtener éxito. Menciona los amigos y enemigos, y describe los bienes y males periodos de la vida. Hace una descripción exacta del pasado, del presente y del futuro.

Si Ud. quiere consultarlo, no necesita mandar más que su nombre escrito en su propio papel y letra. La fecha de su nacimiento, y designar el año a que pertenece. No hay que enviar ninguna licencia. Si menciona este periodo, se mandará un Horoscopo de Prueba. Si Ud. desea aprovechar esta oportunidad, póngase en contacto con él.

Fuegalos en sus deces, así como en el artículo que le ha redactado.

DE TODO UN POCO

Oráculo de balle. — El congreso internacional de profesores de baile ha señalado las danzas que debemos seguir en esta nueva temporada, después de la muerte del tango. Y lo hace público para conocimiento de los interesados. Nos corresponde por tanto bailar este año y parte del próximo: el Tatsu, el Paraguay, un Ono-step que su autor denomina el Caneo, y si nos queda tiempo la Bostonita y la Skatinnette. El congreso tomó este acuerdo, después de cuatro horas de deliberación.

Huyendo de la quema. — Los grandes propietarios de fincas de Londres, atemorizados por los proyectos de Lloyd Georges, se deshacen de sus inmuebles con extraordinaria rapidez.

Hace algunos meses, el duque de Bedford obtuvo cincuenta millones de la venta del mercado de Covent Garden. Hoy se anuncia que lord Howard de Walden ha vendido al director de una gran casa de pequeños restaurantes en Londres, cuyas 18 hectáreas están cosidas por veinte calles, en las que se han construido setecientos cincuenta casas. El comprador ha pagado doce millones y medio por esta inmensa propiedad.

El obispo que se comió sus botas. — El obispo de Ripón (Inglaterra) al inaugurarse recientemente una exposición religiosa, explicó cómo sigue el origen del enunciado que nos sirve de título: «Ejecuta entonces mi episcopado en las regiones árticas. Al regresar de una de mis visitas a unos 7.000 kilómetros, mi compañero y yo tuvimos la idea de atravesar las Montañas Rojas, para llegar antes a Dawson City, vadeando el río Yukon, sin embargo sin nuestro jubón de piel. Pero no fuimos así el río helado nos cerró el paso, y, sin embargo, encima de nosotros encontramos sin provisiones y en peligro de muerte. Entonces tuvimos que quedarnos en mis botas y nuestras provisiones. Nos compaginamos, la mitad de juego y otras mitades de piel de «walrus». Después de hervirlos, las freímos y cortando a pequeños trozos, nos supieron a gloria. Y gracias a mis botas, pudimos aguardar el auxilio que más tarde nos vino de un campamento indio.»

La huelga del hombre. — Está descartándose todo sistema que iniciaron en la cárcel los perseguidos políticos, y que continuaron las sufragistas. Recientemente, miss Edelson, detenida por haber promovido en Nueva York una manifestación de los «sin trabajo», se negó a comer. Los directores de la cárcel depositaron en la celda dos cajas de bombones de chocolate y una botella de leche. Miss Edelson, con timidez, cogió un bombón y lo comió, y más tarde otros, hasta dejar vacías las dos cajas. Al día siguiente, llegaron hasta la celda cincuenta aromas de sopa, de carne... mezclándose al aire del calabozo... Miss Edelson se declaró vencida. ¡El chocolate había triunfado!

Galerie Félix Cavaroc & Cie, 10, Rue de la Paix, Paris

SOCIEDAD FRANCESA :: DE ESCULTURA :: DE ARTE EN MARMOL
Prefiada por el mayor de la Colonia Sud-Americana

GRUPOS, ESTATUAS, BUSTOS PARA DECORACIONES DE SALAS Y SALONES

Fuera de Concurso 1910

FIGURAS, PASOS, FUENTES DE GRANDES DIMENSIONES PARA VESTIBULOS Y JARDINES

BUSTOS-RETRATOS, EN MARMOL, BASTANDO SOLO UNA FOTOGRAFÍA PARA LA EJECUCION, GARANTIZANDO LA EXACTITUD DEL PARECIDO.

TRABAJOS DE MARMOLERÍA, PRECIOS Y PROYECTOS SEGÚN PLANOS

LOS SAQUITOS PARA EL TOCADOR DEL DOCTOR DYS

Dan a la piel un frescor delicioso. Protegen la piel del aire vivo de los peligros de primavera, y conservan la belleza y la vitalidad de la juventud.

Rayo blanco del liberador expectativo, dando todo clase de detalles sobre los productos del Doctor Dys. Se sugiere mencionar el nombre de "Mundial".

V. DARYS
54, Faubourg Saint-Honoré
PARIS

NEW YORK, 4, W. 47th Street.
S. PESSLAY, 35, 28, Kleinstenraum.
RUSPEIT, 11, Vizcaya.
G. LOISE. — BERLIN W., Algemeines.

Estar las invitaciones.
LUNA PARK
PARIS

Grandioso Centro de Diversión
El más concurrido.
El mejor situado.
El más lujoso.

ATRACCIONES MODERNAS

ENTRADA: 1 fr., con derecho a una atracción

DANCING PALACE, junto a LUNA PARK

PUREZA DEL CUTIS

La Leche antifélica & Leche Cándes.

Este producto debe sus propiedades cosméticas a la fórmula de elementos tomados de la materia medicinal, y cuya acción se limita a las capas superiores de la piel. Se emplea en dosis benigna y dosis estimulante.

1ª Dosis benigna.
2ª Dosis estimulante.

SUSCRIPCIONES

FRANCIA
EXTRANJERO
6 Meses: 9 fr. 50 | Un Año: 18 fr.

NUMERO SUELTO
Francia: 1 fr. | Extranjero: 1 fr. 50

Los suscriptores recibirán un aumento de precio todos los números extraordinarios que se publiquen.

VENTA EXCLUSIVA Y EXPEDICIONES A TODO EL PAÍS:
SOCIEDAD DE EDICIONES LOUIS MICHAUD
168, Boulevard Saint-Germain, París.

AGENTES DE PUBLICIDAD PARA

ARGENTINA: Compañía Argentina de Publicidad, Esmeralda, 186, Buenos Aires.
ESPAÑA: Empresa de Anuncios, Rialp, Rambla de Cataluña, 14, Barcelona.
FRANCIA: Hoteles y estaciones balnearias, "Société Européenne de Publicite", 11, Rue Drouot, París.
INGLATERRA: South American Press Agency Ltd, 1, Arndel Street, Londres, W. C.
ITALIA: Giancarlo Madon, Carra Postale, 239, Milán.
QUITI: Robert Heg, Hauptpostbox 6026, Zurich.
URUGUAY: Republica del Salvador.
VENEZUELA: Republica del Salvador.

Perfumeria Extra-Prina

T. JONES
23, Boulevard des Capucines, PARIS

Veni-Vici & Gai-Paris

PERFUMES INCOMPARABLES

RAQUETA "DRIVA"
Campeón de la Fútbol
William & Co
1 el 3, Rue Casarolin, PARIS

En todos los medios conocidos por la existencia de sus mejores materias, su tendencia perfecta, la perfección de su equilibrio, y las brillantes resultados obtenidos con ella. Adoptada por los mejores jugadores de nuestro mundo entero.

CAMPIONATOS GANADOS CON LA "DRIVA"
Campeonato del Mundo (Dubái)
Campeonato de Francia (2 años consecutivos)
Campeonato de Inglaterra (C.C.)
All Comer Singles, Wimbledon
Campeonato de Alemania
Campeonato de Bélgica, de Suecia y otros muchos.

ACCESORIOS Y TRAJES
para LAMIN-TENNIS, GOLF, FOOTBALL
y todos los demás DEPORTES
Cartón: (G) Franco.
de éste; mas la caridad y la compasión tienen sus límites, y la sociedad y justicia tienen que ver como enemigos a esos sombríos desventurados, que saben, entre otras cosas, dar el coup de tête François, lo mismo que una puñalada, al pobre transeúnte que, en hora propicia al crimen, tiene la desgracia de pasar cerca de ellos.

En la canción de Brunet A Saint-Ouen, uno de esos parias sociales muestra su áspera vida. En el primer estribillo dice cómo, en un mal día, a la orilla del Sena, fue engendrado. Después, desde niño, está condenado a trabajar como un negro para comer. En esa infancia no hay una sola sonrisa. En la juventud, el amor es sencillamente camino.

Y el final:

Están en pés de no fixed...固定的...

C'est un réve...

Moi on est récompensé...

Car, comme on est harcelé...

Quand on se rève...

L'on rêve est pas bon foi...

A Saint-Ouen.

Es la absoluta sujeción a la fatalidad, el acatamiento a las leyes de la suerte, y la redención y olvido de toda esperanza. En Honore, Brunet presenta al viejo vagabundo, en tiempo de invierno. Cuando le enredan las cañas, la brisa fría, y la necesidad de descansarse le hace buscar un refugio, él se va tranquilamente a meterse como un rafín en su cueva, entre los tubos viejos del acueducto.

Et puis, doucement, on s'endort...

Alors on se couvre un couvre xx:

On s'allong' comme dans un bon plis...

Et l'on rêve qu'on est à la messe...

Où qu', dans le temps, on prit l'bon Dieu...

La miseria en París tiene muchas fases. Sus tipos varían, desde el clásico personaje de arrugado sombrero de pelo y levita indescriptible, hasta la madre mendiga, el "apaché" sin estrecho, el "rigolard", etc. La caridad no puede matar tantas hambres, por más que se establezcan lugares donde hayan sopas baratas o gratuitas; y por su parte el anarquismo, con la idea de su "soulage-confrérie", hábilmente fundada y dirigida por los "compadres" Rousseau y Onin, mientras daba el alimento que podía a los hambrientos, les predicaba sus doctrinas, y la lógica les entraba por el estómago.
la mendicidad. Iro ó Aro, fué un portador de los pueblos de Itaca. El zaparrambrsco pretendió nada menos que casarse con Penélope, y Ulises, su noble rival, se deshizo de él un puñetazo.

Las manifestaciones de la miseria son las que han cambiado con los tiempos y las costumbres.

El "guezx" de la Francia de hoy no es el mismo de la época de Villón. Especiales causas políticas y sociales engendraron aquellos "cendrants de coste", aquellos tímidos mendigos y ratones que adoptaron por patrono, cosa curiosa en verdad, al rey David: "David, le roy, seigneur pitieux".

Víctor Hugo ha reconstruido, en su admirable Notre Dame, la célebre Corte de los Milagros. Villón, en sus Testamentos, ha dejado una pintura vivísima de la canalla de su tiempo. El frecuentó los más ocultos rincones de la miseria, y como dice J. de Marthol: "El sait le nom de tous les malandrins, orphelins, et chaque-patins, de toutes les âmes et de tous les mauvais lieux; il connait le sait de tous les représentants de l'autorité et de la loi, mendiants, soldats du guet, policiers, gendarmes mêmme, greffiers, auditeurs, procureurs, lieutenant criminel, bourreaux, ceulx de tous les corps de garde, de tous les cachots et tous les gibets.

Tan conocía, que estuvo a punto de ser entregado al Monsieur de Paris, de entonces, como el mismo Gringoire. 

La diferencia que se puede notar entre los miserables de antaño y los de nuestra época, es que sobre aquellos parecía que hubiera derramado un aire de alegria, y hoy reina en el mundo, en todas las clases, la tristeza, el pesimismo. Ahora en medio de sus obscuros concubillos, de sus humildes y píldoros, tenían los de antes una canción en las labios, una carcajada. El raro rey Luis IX. cenó mira reir a su pueblo, y lo deja reir, porque sabe que se ríe esto ya se venga. La fiesta de los Tontos distrae á los guex, que son amigos de las faras y de las locuras.

Luego, lo que llamaremos la policía, de entonces, los "agile", están listos para evitar los golpes de los malhechores, y recorren los lugares sospechosos.

En cuanto á la Corte de los Milagros, se comporta de gentes activas, en su peligrosa industria de falsa mendicidad, cojos fingidos, falsos ciegos, etc., etc. De todo eso hay hoy también. Los castigos eran crueles, y se aplicaban con frecuencia. Maitre Francois Villon solía predicar la moral entre las turbas de vagabundos indiabetados, al mismo tiempo que escribía sus célebres baladas en el farge de la poco noble "camaradería".

De Villón á los héroes de Richepin, el tipo de los guex pareciéndose ha cambiado por completo.

Nuevas ideas, nuevos elementos, han producido distintos resultados. Obsérvese con Malato cuántos cambios no ha traído, por ejemplo, la introducción del uso de ciertos estimulantes, de alcohol nuevos, de bebidas que desconocieron las generaciones anteriores. Y con los alcohol, las negras filosofías. Existe en la alta Italia una enfermedad que se llama la pemigra, y que proviene de exclusiva alimentación compuesta de pasta y castañas. Así, ciertos libros han causado en el pueblo una como "pemigra" moral, y el principal síntoma de la terrible dolencia es una amarga tristeza, que se revela hasta cuando habla él alma del desheredado de la vida, del patria, por boca de sus cancioneros.

Arístides Braun, el aho de los guex, cantaba en su "Marchon".

'Tres dans la rue, va, chef loi!

La casa del mendigo, del hambriento, es la calle: la misma de los canes sin huesos. Como ellos andan su siempre van por todas partes en sus horribles desvisiabiliés, se tambalean, se tiñen en los bancos de los jardines públicos. La miseria los arrastra hasta el olvido, hasta el oprobio. Son ya hombres. Y por la noche, junto á las avenidas oscuras, cerca de los puentes solitarios, á los inominables tabernas, quien les habla al oído es el crimen.

Braun es un conocedor admirable de este desamparo de mundo de París, en que se agitan todas las miserias que su filosofía de cancionero sabía pintar y ocupar. "Yo no sé, escribió un conocedor del mundo de Villon, que nadie comprenda mejor que Braun, y exprese como él en su verdadero "argot" la incoherencia de esos parias de la sociedad; que ¡Dios mío! no son más malos que el común de los mortales; y cuán interesantes! Yo les condenaba; pero después que les he visto de cerca y he leído á Braun, les echo, y no experimento por el condenado que oye del fondo de su cabeza levantar el cadáver, más que una inmensa sofocación. Se quiere hacer la mayor parte de los crímenes seres irresponsables. Se rían sobre todo incoherentes, como una de las formas de la irresponsabilidad; pero, en todo caso, Braun ha puesto primero el dodo en la llaga. Ciertamente, el cancionero harto disculpa las fechorías y hazañas de "apache" y de la peligrosa compañera de éste; mas la caridad y la compasión tienen sus límites, y la sociedad y justicia tienen que ver como enemigos á esos sobrecargados, que saben, entre otras cosas, dar el coup de piede François, lo mismo que una puñalada, al pobre transeúnte que, en hora propicia al crimen, tiene la desgracia de pasar cerca de ellos.

En la canción de Braun A Saint-Ouen, uno de esos parias sociales muestra su áspera vida. En el primer comité dice como, en un mal día, a la orilla del Sena, fue engendrado. Después, desde niño, está condenado á trabajar como un negro para comer. En esa infancia no hay una sola sonrisa. En la juventud, el amor es sencillamente camino.

Y el final:

Enfin je n'ai pas conçu
On peut et vire honnêtement,
C'est un rôôe;
Mais on est récompensé,
Car, comme on est harassé,
Quand on veut...

L'on est béne, on est bien loin,
A Saint-Ouen.

Es la absoluta asunción á la fatalidad, el acatamiento á las leyes de la suerte, y la resignación á toda esperanza. En Hérouet, Braun presenta al viejo vagabundo, en tiempo de invierno. Cuando le muerde las carrozas, la brisa fría, y la necesidad se hace sentir, busca un refugio, y se ve tranquilamente á meterse como un rastón en su nueva, entre los tubos viejos del acuartelado.

El puis, donc un c'est, on s'endort.
Alors on est contente un c'est garise,
On s'allong comm' dans un bon lieu.
Et l'on rêve qu'on est à la messe.
Où qu'on, dans le temps, on prét l'on Dieu.

La miseria en París tiene muchas fases. Sus tipos varían, desde el clásico personaje de arrugado sombrero de pelo y levita indescriptible, hasta la madre mendiga, el "apache" sinestro, el "rigolard", etc.

La caridad no puede meter tantas hambrientos, por más que se establezcan lugares donde hayan sopas baratas ó gratuitas; y por su parte el anarquismo, con la idea de su "souper-commune", hábilmente fundada y dirigida por los "companeros" Rousseau y Onin, mientras daba el alimento que podía á los hambrientos, les predicaba sus doctrinas, y la lógica les entra por el estómago.
El "Tramp".

Sí hay un ser que tenga gran semejanza con el "atracor" argentino, aparte de su mayor tendencia criminal, es el que en los Estados Unidos se llama *tramp*.

Para hacer la comparación, baste con presentar el tipo, aparentado a Fred S. Root, quien ha tratado el asunto en una conferencia, hace ya tiempo.

El *tramp* es un ladrón, un vagabundo, un asesino, un mendigo. ¿Y no es así? El *tramp*, como se llaman en los Estados Unidos, y especialmente en el Canadá, es un producto extraordinario de nuestra moderna civilización. Puede tener todos los defectos, y ser *tramp* sin tener ningún. Como el "atracor".

El *tramp*, en su calidad de mendigo de profesión, es fácil de conocer y de describir. Se presenta a la puerta de una villa, por ejemplo, y pide una limosna. Su rostro infame denuncia una vida de dorgue, y sus vestidos desgarrados y en desorden son una verdadera caricatura de todo lo que es decente y elegante: sus ojos hundidos tienen mirada agresiva, y cuando se fijan, parecen decir: "Dame de comer pronto, o quemar mis establos y la casa, y asesino al dueño".

El *tramp* vagabundo es perezoso, borracho muy frecuentemente, lleno de todos los vicios, y de un trato brutal. En una palabra, es el terror de las hogueras pocos poblados, y el problema de las grandes ciudades.

Una ciudad de Massachusetts solamente ha abajo 82,000 *tramps*, los cuales, con muy pocas excepciones, debían su estado a la intemperancia.

Existen sin embargo otra especie de *tramps*, que no pertenece a la clase de los *tramps* mendigos: es el *tramp* por fuerza, digamoslo así.

El *tramp* puede reunir en sí todo lo que hay de abominable, puede tener todas las depravaciones y todos los vicios; pero es un hecho innegable, que el *tramp* obrero ha sido obligado a serlo, a causa de los cambios industriales de este siglo.

Hace cincuenta años, el *tramp* no existía en la Nueva Inglaterra. Por qué existe hoy, y por militares? Al procurarse una civilización más refinada ¿ Los hombres han llegado a ser más indolentes? Es acaso por decreto de la providencia, que el *tramp* está llamado a invadir la América entera? ¿ El *tramp* llega a serlo, por no ser suficientemente inteligente para luchar con quien lo es más? ¿ El cristianismo del siglo XIX tiene una patria para el vagabundo? Son estos problemas de no fácil solución.

Por qué en América, donde el suelo es generoso tanto hasta la pradera, empobrecen, empobrecen hombres hambrientos, miserables y desesperados? ¿ No hay campos que endulzan verdaderos mares de trigo? ¿ Hay que desordenar la campiña invadIBLEMENTE? Esos *tramps* que no lo son sino por necesidad, han pertenecido al gremio de los trabajadores, y aún querrían volver al seno de la clase obrera, pero las máquinas han vuelto inútiles los *atiles*, es inútiles a muchos obreros.

*Exemplo*: En los E. E. U. U. se puede atravesar a caballo las grandes llanuras de California y de Dakota, sin encontrar la más humilde habitación, allí, donde antes de la invención de las máquinas agrícolas se encontraban millares de hombres.

Es verdad que las máquinas contribuyen al fin a la distribución de la riqueza, que hacen bajar los precios de los productos, y que ponen al alcance de todas las bolsas: pero es un hecho también, que los primeros efectos de la introducción de las máquinas tienden a privar a los obreros de su única fortuna: un trabajo.

Por la sola razón de que las máquinas, millares de obreros son despedidos de las fábricas: las máquinas que remplazan a los trabajadores, pueden ser enajenadas por pocos empleadores. Eso mismo establece un enorme aumento de cesantes en todos los centros industriales, de desempleados que no encuentran empleo. Los obreros van de ciudad en ciudad, en esperas de encontrar. No lo hallan, se desanima, y se despiden por la piedad que les hace caer en la dantesca región del *tramp*.

No todos los *tramps* pertenecen a esa clase, en verdad: pero un gran número de ellos. Sí, en 1885, se vio el caso de que hubiese robaron hombres sin ocupación, y no por culpa de ellos. Empuñado por su mala situación, sin encontrar en qué emplearse, el hombre contiende a desesperar de su destino, y cuando llega a la desesperación, tiene dos salidas enfrente: el suicidio, o la vida del *tramp*.

La falta de trabajo es, pues, una de las principales causas de la existencia de este parásito social. La que sobresale, a mi juicio, es la otra, y esto completa el problema. Los que sobresalen en alguna especialidad, pueden siempre abrirse algún camino entre los mendicómelos; pero esos constituyen las excepciones. Las posiciones aceptables para hombres de ciencia ó de letras, son cada día más difíciles de obtener. Los sueldos de los trabajadores han caído a lo que pueden llamarse empleados, mujeres y desesperados. ¿ Pero qué los conductores y cocheres de los tranvías están tan mal remunerados? Porque los directores de las compañías dicen que éstas no pueden encontrar al mismo precio, cuantos cocheres y conductores quieran.

En los diarios se leen avisos como este: "Se necesita un hombre fuerte para cargar un enfermo de enfermedad contagiosa". Más de cien solicitantes llegan, antes de que pasen veinticuatro horas. Esto dará una simple idea de la necesidad que hay en la clase de que hemos hablado.

Otra gran causa de que exista el *tramp* obrero, son las detenciones de los trabajos mineros. Las minas se encuentran en manos de unos cuantos capitalistas, y éstos las manejan a su antojo. Por ejemplo: hace algunos años, muchos individuos que representaban junto una suma de cien millones de dólares, se reunieron para aconsejar la suspensión de los trabajos mineros, a fin de alzar el precio del carbón. El resultado fue que miles de mineros se enteron de repente de que su trabajo, mientras que aquellos individuos se guardaban una suma de ocho millones de dólares, a costa del alza.

Los grandes capitalistas, sobre todo aquellos que se encuentran al caer de las empresas mineras de carbón ó de hierro, pue- dos lugares poco cocherar al arrayo miles de obreros, con sólo alzar el precio de las materias primas, deteniendo la producción.

Con esos detalles es fácil darse cuenta de que el *tramp*, es decir, el hombre errante de plaza en plaza, fatigado, extenuado, en busca del trabajo que no obtiene, es el resultado inevitable de un sistema industrial desorganizado, y establecido contra todo principio de humanidad.

La llegada anual al Estados Unidos de muchos cientos de miles de emigrantes, crea una gran población en los centros industriales, y en consecuencia engrosó el número ya enorme de obreros sin empleo.

Este problema del *tramp*, del "miserable", es uno de los más formidables de nuestra época, por la sola razón de que las causas que lo producen, no le dan ninguna esperanza de alivio.

¿ Recuerda la lector de este "magazine", que ha pasado en los Estados Unidos, aquella plaza llena de desocupados de todas categorías, aquellos negros cuadros del barrio Balton, ó de Bowery?
El "Atorrante".

El "atorrante" argentino ha llenado antes la población, a medida, que ha ido en aumento la vida europea, por decir así.

La inmigración ha ayudado entonces, como en los Estados Unidos, al desarrollo de esa plaga, que poco a poco fue menguando.

Que la miseria toma creces en Buenos Aires, es cosa innegable.

Que también existe como en todas las grandes ciudades: la industria del mendigo, es verdad. Pero junto a la falsa miseria está la verdadera, que ciertas buenas personas conocen.

La primera toca a la policía; la segunda a la caridad.

LA NACIÓN, el gran diario de Buenos Aires, publicó hace años una comunicación del Sr. Ignacio Orzáez, en que se leen estas palabras: "Los que voluntariamente nos hemos impuesto la obligación de visitar a los pobres, nos damos cuenta exacta de la gran miseria que hay en nuestra rica capital. No se trata del avarantismo, sino de verdaderos pobres, de familias necesitadas que no tienen qué comer y que en las noches, crudas del invierno, tintan de frío. No tienen ni ropa, ni ropa, ni manteles, ni nada con qué poder hacer entrar en calor sus cuerpos; duermen el sueño entre los animales, siendo esta la causa principal, no la única, de las enfermedades que padecen.

Y hoy pasa lo mismo.

El avarante dormía a la barbola, se quemaba la sangre con venenosos aguardientes, y así pasaba las noches heladas. O si no, se dejaba morir atacado por la pereza, o por el desnudo de la vida, y aunque comido de caranchos, o ahogado en el río, o tuyo y abandonado entre los muelles, en cualquier oscuro rincón.

Desilusionados italianos, franceses, ingleses, españoles, rusos, hombres de todas partes, componen ese vago ejército. Viven, se alimentan, y mueren clínicamente; es decir, como los perros.

A esta clase de élitos debe dirigirse la mirada del sociólogo, pues encierra un amargo problema. Y a los pobres enfermos, a los verdaderos necesitados, víctimas de la desgracia, la bondad de las manos generosas.

Dubh O'Marín

SOLARIEGAS

Amiga mía, dulce amiga mía,
ven á soñar y á recordar conmigo,
acompañame, ven, dame tu abrigo,
quiere mi alma tenerme por testigo
en la desolación de su agonía.

Ven, acércate, mira la llanura
como se alarga y entristece, mira
como la luz en el ocaso expira,
mira cómo la sombra se apresura.

¿Ves? ya todas las cosas se oscurecen,
la voz del viento su quejumbre exordia,
y hasta los mismos árboles parecen
á los cielos pedir misericordia.

En lágrimas las nubes se deshacen,
lejos canta la mar su misericordia,
allá en el cielo las estrellas nacen,
aquí en el alma la ilusión se muere.

Por sobre la montaña rumorosa,
donde parece que las sombras gimen,
la luna, esa bohemia luminosa,
asoma cadavérica y medrosa
como si hubiera cometido un crimen.

Una enfermiza claridad embarga
la superficie livida del río,
y el río suavemente se alearga
como bajo un narcótico de hastío.
Por entre un roto azul de la techumbre, con nervioso fulgor tiembla un lucero, que se me antoja un mudo compañero de mi desconsolada pesadumbre.

Ese lucero de brúñida plata tal vez llora la fuga de una estrella, cual la mía... pomposamente bella, mas también despiadadamente ingrata.

Ese lucero... en mis desolaciones vierte como relámpagos de calma; ese lucero debe ser el alma de alguna de mis muertas ilusiones.

Me duele el corazón, amiga mía, y siento ganas de llorar... ¡Si vieras cómo se multiplica en mis riberas el ave gris de la Melancolia!

Ven, dulce amiga, a mitigar mis duelos, es un pálido enfermo quien te llama; le han herido... y agonía reclama la cristiana piedad de tus consuelos.

¡Oh! buena amiga espiritual, sé mía, fraternízate como dos hermanos, ven a poner en mi dolor tus manos blancas como las manos de María.

Amiga mía, ven, alza tus preces, reza por mi abandono y mi orfandad, y luego... si de mi te compadeces, ciérrame mis heridas, cual si fueses una Hermanita de la Caridad.

F. RESTREPO GÓMEZ.
— ¡Vete! ¡Vete! ¡Vete!... ¡Déjame! — y avanzó de estampa con los brazos alzados, como si fuese á precipitarse al abismo.

A poco se oyó río abajo el rumor fúnebre y someno de un remo. El Órimoco continuaba quieto, quieto, silencioso. La onda sonámbula se aceleraba, de cuando en cuando al barranco, inflándose con un rumor vago, así como el de un sonho que respira. El rumor del remo se acercaba. A poco empezó á perfilarse en la penumbra la silueta de una embarcación angosta y larga, una «guajaba» guaraní. Luego, el barquero que la tripulaba, entonó una copla con voz chillona e hilarante:

_Abren la puerta, cuido, _Que ven con mucho mal humor, _Con dos fieras pululadas _Que me ha dado tu marido...

Cerca ya el barquicucho, el hombre encapuchado se acercó á la orilla. El barquero se incorporó abordo. Luego, se arremangó los pantalones y saltó á tierra. Entre los dos arrastraron el esquife hacia ayer.

Dijo el hombre del capote:

— Ya estaba creyendo que no llegarías esta noche... Ya no me iba á ir para los infiernos... ¿Sabes tú lo que ha hecho Santiago?

— ¿Se fué llevándose á Rosarito?

— ¡Sí!

— Y ¿qué piensas hacer ahora?

— ¿Que qué piensas hacer? Pues... pues... lo que yo piense hacer es... yo no sé... yo no sé...

Y Juan se encogió de hombros en una desolación extrema. Recobraba los dientes, bufaba, rugía. Se arrancaba á puñales la barba. Tornándose impasible y sibilante, se acercó más á su hermano, y con la voz embargada por el llanto le dijo:

— ¿Qué me aconsejas tú?

— ¿Yo?... pues... yo no sé... ¡yo no sé!... yo nunca te he tenido una hija... ¡y es mejor! ¡Y que dátame! para que se la lleve el primer vivo—que pose.

El barquero estaba sobrecogido de terror. Su respuesta fue insegura, maquinal, hada visto la luz de su hermano azotada por un rebo blanco de amarguras y de cóleras, por un relámpago salvaje y homicida.

Los dos hombres se dirigieron á la cañada. El del capote se abatió de nuevo, y volvió á preguntar á su hermano:

— Pero, Roque... ¿qué me aconsejas, qué me aconsejas, hermano?

— Roque se puso muy pálido, y murmuró de nuevo:

— ¿Yo?... yo no sé... yo no sé... yo nunca te he tenido una hija... y se encogió de hombres todo confuso.

II

El sol se refregaba como un perro famélico en los areales, y sus intensas llamaradas avivaban el oro de los gamelotales. Aquí y allá, los búcarares florecidos emergían sus manchas rojizas, y el río continuaba manso, manso, enfilando, sin la más leve oscilación, como si las brisas, á veces tan bochornosas, hubiesen huído de aquellos parajes, asustadas por las cuadrillas solares.

Roque había partido muy temprano á la pesca, río abajo, río abajo. Su hermano Juan continuaba furioso. Aquello había tomado en él las proporciones de una manía cólica. Se abría y cerraba como un niño, con el pecho cerrado y con los globos amaneciendo al cielo.

Subitamente entró en la cabába. Luego, salió armado de un hacha y un canate. Como su mujer lo vio, le saludó el encuentro y le abordó:

— ¿Para dónde vas ahora, Juan? ¿No vas á esperar que venga Roque?

— No... no murió... dame eso... Dame eso... no te hagas arrancar las agallas, y te espero hasta la orilla. Al caer bruscamente en la cañada, ésta osciló y cayó agitada por los vientos. Luego, la desamarró de la proa, y echó á bajar río abajo.

A poco se perdió en la línea azul del río, al tocar cerca los manglares uruguayos.

Bogaba rojoblue la cañada con la exhalación del agua, mientras se derrumbaba el río sobre la orilla, y la vuelve al río, seca y escuía. A intervalos levantaba horbotones de espuma, con la cañada, y la cañada iba como una flecha al río. Así anduvo dos horas.

La balsa le chorreaba agua, y la camisa de lienzo blanco se le pegaba á la espalda, poniendo de relieve aquellas crispaturas de atleta. A poco arribó al pequeño caserío del Guarana. Viendo llegar un chico salióle al encuentro. Cuando saltó á tierra, le saludó con muy regocijados modos.

Juan se le aproximó torvamente, y le preguntó:

— ¿Qué te he dicho tiempo á levantarse? El hacha dió golpes terribles al toro alarido...

Juan se puso á temblar. Trataba de tirar de la balsa para varar la cañada, pero no acertaba á hacer movimiento alguno. Estaba comprotrincado. A su memoria en angustia, acordaron como relámpagos las asiduas simpatías de su hermano por la sobrina; los desposorios de Rosarita con el tío; las tardes en que se hallaba juntos desgranando maizcas, abriendo descansando el pescado en la playa, diciéndole ella: — ¿Verdá mi títu bonito... mi adorado títu... mi títu de mi alma?—

Puesto de aquella rabia delirante estaba, como debía estar el imaginar del Terror.

Dando un salto de jargar sobre la cañada, tomó el hacha, y se dispuso hacia los angostos. Al penetrar por uno de ellos, voló en pedazos la puerta, Roque estaba sobre una hamaca, y á su lado Rosarita, acarcionándole. Juan no les dio tiempo á levantarse. El hacha dió golpes terribles al toro alarido...
ENRIQUE RODRIGUEZ LARRETA

Por RUBEN DARIO

Cuando el autor de La Gloria de Don Ramiro publicó, para gloría suya, esa obra admirable, le dió fama rápida y triunfante en todo el mundo licentio, y yo me llené de entusiasmo, y escribi en España, donde está la sucesión de la obra, un artículo que expresaba mi sentir, ante ese esfuerzo que honra no sólo al República Argentina, sino a todo nuestro continente. Y decide al Sr. Larreta, entre otros conceptos, que las únicas cosas que le faltaban para la victoria completa, eran la hostilidad y el ataque consecuentes, y se diría indiscutibles, a toda realización superior. Ello vino a su tiempo, y sin más consecuencias que la de consagrarse la solidad de la obra.

¿Qué más podría decirse del autor de La Gloria de Don Ramiro? Encomio de letras semejante habría que buscarlo, en los últimos tiempos, en los "panefílieos" contra la obra y la personalidad de Hugo, y que él resumía en el distico que comienza: "Yo no conocía al Sr. Larreta, sino por haber conversado con él dos o tres veces, hace cerca de veinte años, en el antiguo Ateneo de Buenos Aires. Luego publicó una bella novela de reconstrucción histórica en la Biblioteca, revista que dirigía una autoridad de Mr. Paul Gromsac. Ya en ese tiempo se hablaba de que tenía el joven escritor una novela en preparación, que le costaba largos estudios, y en la cual aparecería la personalidad de Santa Rosa de Lima. El plan se llevó a cabo más tarde. Ya sabemos, que la mística flor perúana, perfuma, en el final de la obra combativa y victoriosa, la muerte de Don Ramiro.

Es notorio, que el autor argentino, es un gran señor y un diplomático que ayuda al prestigio de su país. En París —le habré visitado, á sus amables instancias, unas tres ó cuatro veces — sin descuidar sus tareas oficiales, cultiva en sus vagos las letras y las artes. He recordado á su propósito al autor de Zanoni, á un Irving, á un Valera, á un Salvador Berniando de Castro. El Sr. Larreta, que es joven, que tiene la felicidad en su noble logar, en su alto puesto, en su salud excelente, en su renombre univalente, posee junto con su gran talento una crecida fortuna. Ello es impecable. El homo disputes, que es el lupus holbrookeño, se eriza ante semejante anomalía, protesta y se indigna. Al hombre muy río, á simplemente rica, se le pueden admitir, cuan más, como á Chateaubriand o MM. de Kossuth, obras mediocres. Lo demás es un abuso de la autoría, o una parcialidad manifesta de la preponderancia. Pero el Sr. Larreta, que no desea la culpa de su excepción, debe de someterse y seguir adelante.

Escritores europeos como Mr. Reny de Gommont, Mr. Maurice Barrès, Mr. Henri Roujon, Mr. Paul Adam, etc., han dicho las excelencias del único trabajo publicado en castellano por el Sr. Larreta. La versión francesa hecha por el primero de esos escritores, da una idea al lector e tranjero de lo que puede ser fundamentalmente la novela en su forma original. Pero las calidades de esa escritura flamenca, de que tanto se ha hablado, tan solamente las podemos apreciar los artistas y conocedores de nuestra lengua.

Intelectualmente, el autor de La Gloria de Don Ramiro está entre las pocas dominantes figuras de Hispano América. Su libro es, en su género, con la honesta alabada María del colombiano Isaacs, lo mejor que, en asunto de novelas, ha producido nuestra literatura neomundial. Hágase algo superior, y Larreta pasará á segundo término. Entre tanto...

Rubén Dario
España
y la
República Argentina

Hablando con Don Enrique Larreta, Ministro de la República Argentina en París. El Rey de España le expuso su ferviente deseo de ir á América.

El ministro de la República Argentina en Francia es, por su representación, uno de los miembros más importantes del cuerpo diplomático, y por sus prendas personales, por su talento y sus envidiables condiciones literarias y artísticas, una figura que merece perfectamente los grandes honores que la gran prensa de esta ciudad prodiga sólo á los que son orgullo de la misma.

No se propone Mundial contar lo que de pie sabido se tiene olvidado, y menos divulgar lo que diariamente se presenta á la vista de todos. Saben en la Argentina quien es don Enrique Larreta, y el real que presta á su representación diplomática, y nada nuevo diriamos tampoco á París... De suerte, que al perdón del público nos acogemos. No se trata en realidad, de una información sobre don Enrique Larreta, sino de una pequeña entrevista que tuvo á bien concedernos, á la que faltamos guiados por la natural indiscreción periodística.

Nos llevó la otra tarde á su elegante hotel de la rue de la Faisanderie, una curiosidad... El señor Larreta acababa de realizar un viaje rápido á Madrid, durante el cual parecía que había con el rey de España, y según la prensa, trataron de un viaje del monarca á la República Argentina. Ciertó que todas las informaciones coinciden en señalar la existencia real del proyecto, pero no era para nosotros lo mismo oírlo relatar á la voz anónima de la prensa, que recogerlo de los propios labios de don Enrique Larreta.

Esto nos procuró, y esto nos llevó á presencia del Ministro de la República Argentina Francisco; y tan acostumbrados estábamos á ver en él el caballero al literato, á la perspicaz y periodística se escapó la idea de que todas las ardencias del repórter se escurrían ante un diplomático, y que contra las armas de la sonrisa discreta y de la reserva cortés se escondían todas las armas... ante las cuales hemos venido en buena fe á más de un enemigo.

Preguntar á un diplomático! Es la sonrisa galante, el cambio habilísimo de conversación, la reserva cortés, la evasiva discreta que no molesta, sino que, al contrario, obliga al interlocutor.

Suponemos que don Enrique Larreta recibirán en su casa de la rue de la Faisanderie, una curiosidad... El señor Larreta acababa de realizar un viaje rápido á Madrid, durante el cual parecía que había con el rey de España, y según la prensa, trataron de un viaje del monarca á la República Argentina. Ciertó que todas las informaciones coinciden en señalar la existencia real del proyecto, pero no era para nosotros lo mismo oírlo relatar á la voz anónima de la prensa, que recogerlo de los propios labios de don Enrique Larreta.

Antiguo de una publicación del nuevo libro de Lorca de Don Ramiro, la obra admirable de don Enrique Larreta.

Si hay algo oficial en este asunto, que lo dice, no es de mi jurisdicción, sino de la de mi ilustre colega el Ministro en Madrid, señor Avellaneda. Si Mundial desea obtener las pruebas del anuncio oficial del viaje y por qué no preguntar al señor Avellaneda?

Pero...

La sonrisa de los diplomáticos es la desesperación de los reporteros. Al «pero» nuestro opuso el señor Larreta una cortés
España y la República Argentina

...sorriente. Después habló como hablan los diplomáticos, con extraordinario conocimiento del lenguaje, con una discreción que parece que se lo reservan... Tuvimos que poner a un lado el carnet y el lápiz y hablar de cosas triviales...

Por ejemplo:

- ¿Qué impresión personal sacó Vd. de su entrevista con el Rey Don Alfonso?

Y como en esto no iba a sufrir la provechosa reserva diplomática mencionado anteriormente, nos contestó:

- Agradecísimamente; pudiera decir entusiasta. Dió pruebas de conocer al detalle, las más pequeñas y las más grandes cuestiones que afectan a España...

- ¿Y en cuanto a América?

- En frases retocadas de admiración me habló, en efecto, de América, del deseo firmísimo que tiene de realizar un viaje... Pronto?

- Me dijo que, por ahora, no le era posible. «Estoy en el yunque», exclamó. Miró su despacho, su inteligencia, la energía que revelaba en sus palabras, el bando calado con que expresaba sus preocupaciones sobre la raza, el cuadro intenso que siente por las repúblicas americanas... Fue en seguida, me dijo, y es posible.

- Sin embargo, es un viaje que requiere por lo menos tres meses, insistió el reporter.

-Cierto, pero no hablé de esto con Su Majestad. Me concedió audiencia con una rapidez que nunca le agradeceré bastante, y no regateó palabras de elogio para los países americanos. Fue doble honra para mi... la de mi representación y la de mi persona.

- Cree Vd., señor Ministro, que el Rey de España emprenderá en breve este viaje?

- Sí, de él depende...

Sus deseos son vehementes; su resolución es firme.

- Será muy honroso para Mundial — dijo el reporter — servir de intermediario al Ministro de la República en París, para el anuncio oficial a América de que, en breve, por primera vez, desembarcará en el Plata el Rey de España, que lo hizo también de las Españas, y que el ministro añadió a esta noticia algunos comentarios, sobre la significación de un viaje de trascendencia histórica.

(Estos puntos suspensivos son una sonrisa).

- ¿Habló en Madrid el señor Larreta con el senador poeta español, señor Cavestany, que acaba de proponer en la Alta Cámara, una adición al mensaje de la Corona, referente a este proyectado viaje del Rey?

-Sí, en efecto, vi al señor Cavestany, habló con él... Vi también a Galbó, que sigue muy enfermo de la vista. Me habló de poblaciones españolas que yo desconocía...

- Ha visto el lector qué maravilla más discreta de eludir una relación, que el reporter, claro está que arbitrariamente, que establecer entre la visita a Palacio del señor Larreta, su entrevista con el señor Cavestany, y la proposición de este último en la Alta Cámara?

- Y á media tarde Vd. su entrevista con el Rey?

- Aparte de mí ilustre colega, el señor Avellaneda...

Y después de una pausa, en la que quiso señalar su decidido propósito de cambiar de tema, el señor Larreta, puesto que había del Rey de España, nos habló de España...

-Sobre la mesa vimos un plato de loza.

- Soy un admirador de esta industria, nos dijo el señor Larreta.

-Ahora que los americanos del Sur se deciden a recorrer España...

-Muchas ha contribuido a ello. «La Gloria de Don Ramiro...»

[Nota firmada: "H. Jor. Don Juan de Arteaga, Ministro de Relaciones Exteriores."

[Notas de margen: "M. M. M.]"
— Quizás sí, porque, en efecto, se ha despertado una curiosidad que antes no se sentía. En Avila, hasta el hotel se ha transformado, apropiándose el confort moderno... Pues bien, el turismo sud-americano, y celebré que se diga en este gran Mundial tan reputado en América, puede servir para levantar á industrias como la de la cerámica —ejemplo de Talavera— dignas de mejor suerte, y que agonizan por falta de pedidos. Por lo que se refere á mí, he empezado por dar el ejemplo, encargándo á Talavera, por mediación del señor Marqués de Valdeiglesias, una vajilla completa con destino á la Legación. Es preciso —añadió— que mis compatriotas vayan á España, para que al regreso provoquen, por lo menos, un movimiento que de verme la vuelta á la arquitectura española. Necesitamos edificar en nuestras estancias, con arreglo al modelo de las casas-castillos de Castilla, de la cuesta andaluza, que no es más que nuestra construcción primitiva, de la casa vasca... Es una desencia seguir las imitaciones de casas inglesas, suecas, etc...

Cuando reuniendo aquellas tradiciones admirables podríamos tener una arquitectura argentina, nuestra... Los americanos del Norte se apoderaron de la tradición de la arquitectura inglesa, la desarrollaron, y hoy tienen una característica, un estilo propio.

El señor Larreta se expresaba, al decirnos esto, con su natural eloquencia. Y esta vez sin puntos suspensivos, porque el artista venció al diplomático. Hablándonos de los planos de su casa vasca, que tiene en la Legación, nos encomió la belleza de sus líneas. No osamos interrumpirle. Lo que sí nos duese es no haber recogido, con la felicidad que merece los párrafos en que, después de los elogios eufóricos al Rey de España, sintió el contagio de la tradición, y habló de España como se habla de una madre, y suyo enaltecer sus bellasas y cantar sus glorias...

Del objeto primordial de nuestra visita, sólo queda esta frase, como conclusión:

— Me dijo Su Majestad, que deseas fervientemente ir á la Argentina...
No es un anuncio oficial, claro, pero hasta con que se lo ha dicho ya, al Ministro de la Argentina en Francia, el Rey de España don Alfonso de Borbón.

**

La morada de don Enrique Rodríguez Larreta, desperta lo mismo la admiración de los visitantes que el orgullo del dueño de la casa.

El artista y el gran señor viven en concordio, rigiendo la fastuosa instalación.

La entrada es ya soberbia, de anchos portalones que dan al patio, en cuyo centro se alza la magnífica escalinata que conduce a los salones, decorados con el buen gusto propio de un magnate realizado por un literato.

Recientemente, con motivo de la celebración de la fiesta de la Independencia Argentina, el señor Larreta abrió sus salones a numerosos invitados de la colonia americana, y hemos de declarar, que todos se sintieron orgullosos de que en la ciudad del lujo estuviera representada, con tal magnificencia, la República Argentina.

La diplomacia no brilló sólo en el arte sutil de las conversaciones. Es preciso que el aparato y la riqueza, presen-ten á la representación una autoridad que justifique su influencia.

A los méritos personales, la habilidad con que ha desarrollado la suprema en Francia la elevada misión que su gobierno le confía, el señor Larreta ha añadido el lauro que contribuye, no poco, á la fortuna de las relaciones diplomáticas.

Por esto, Mundial ha querido incluir en esta información, algunas fotografías interiores de la residencia particular del señor Larreta en París.

Diego Sevilla.

SAN FRANCISCO DE ASIS.
Una reliquia antigua.

Comedia en cuatro actos.
Original de Don BENITO PÉREZ GALDÓS.

Estrenada en el Teatro Español de Madrid.
PERSONAJES DE LOS ACTOS 1, 2, 3 Y 4.

Celia, Doña Margarita, seguían sus pasos y se separaron.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.

Don Alejandro, fray, con una especie de tristeza en el rostro, se dispuso a seguir.

Fray, con una sonrisa en el rostro, se dispuso a seguir.
Celia, german, después, pastor y ester

German, abriendo la mano venidamente a Celia. Mi fechada té a la rica hembra, a la dama ilustre que hoy ha subido al pináculo de la sociedad, donde tiene su trono exótico.

Celia, con donaire, intentando taparle la boca. Calla, calla; charlatán, charlatano.

German. — Déjeme seguir.

Celia. — Te digo, tus palabras soberbias no se corresponden a tus palabras, serias millonaria.

(Pasando el Principio del fondo de la riqueza de lo que se propone de conquistar. Soy pobre; pero el camino para dejar de serlos, me lo enseñarán mi inteligencia y mi trabajo.

Celia. — Ya te entiendo. Tu cerebro es un torre con campanas, de donde distintamente lanzan al aire sonidos vibrantes... (Era por el fuego de la patria, que mide en sus filas.) A mi me fatiga el envergonzar las clases.(Deteniéndose) Celia, Date pri-

Ester. — Estor, Ester sigue. Que está bien... pabellón, esta mañana, cuando vine a la firma de las cartas, me dijo la señorita Celia: (Era en cuanto acaba la lectura del acta notarial, esta mañana aquí para hacer un estado de...)

(De qué?

German. — El estado de las cantidades que tiene, en cuenta corriente en los Bancos.

Ester. — El primero es decir a los Bajos de la mayor edad de Celia. Hay que poner tres oficios, uno para cada Banco; así lo entiendo yo. Vete a la oficina, extiende los papeles y tres con la copia del acta notarial; que debe estar allí. (Entra Ester por el fuego de la patria) Ester, qué buenas aquí...

Ester. — Me dijo Celia que me llamara.

German. — Pas no te ha llamado.

PASTOR. — ¿Quieres, a Celia? — ¿Qué mandas algo más? — Celia. — Ahora, no iré, que, luego por más que no sea. (A Pastor) Además de los Pastores y la Angostura ¿quien ha venido? — Pastor. — Ahi están el Barón de la Cinta con su hijo el incarnation de Rocasfel; la viuda de Quinocho con sus hijas y el chico mayor; la Duquesa de Cumbres Pavadas, y los... En fin, vete al salón, que hay que cumplir con la sociedad.

Celia. — ¡Ay, qué faltó! ¡Sociedad, Duquesa, Dehesa, Hall... variedad. (Vase lentamente por la izquierda)

ESCENA III

PASTOR, GERMAN, DESPUÉS, ESTER

PASTOR. — Germán, vete a tu oficina, que no viene holgar tanto.

GERMAN. — Dispenséme el amigo Pastor; hoy es fiesta en la casa; ademas, esta mañana, cuando vine a la firma de las cartas, me dijo la señorita Celia: (Era en cuanto acaba la lectura del acta notarial, esta mañana aquí para hacer un estado de...

(De qué?

GERMAN. — Un estado de las cantidades que tiene, en cuenta corriente en los Bancos.

PASTOR. — Lo primero es decir a los Bajos de la mayor edad de Celia. Hay que poner tres oficios, uno para cada Banco; así lo entiendo yo. Vete a la oficina, extiende los papeles y tres con la copia del acta notarial; que debe estar allí. (Entra Ester por el fuego de la patria) Ester, qué buenas aquí...

Ester. — Me dijo Celia que me llamara.

German. — Pas no te ha llamado.

PASTOR. — ¿Quieres, a Celia? — ¿Qué mandas algo más? — Celia. — Ahora, no iré, que, luego por más que no sea. (A Pastor) Además de los Pastores y la Angostura ¿quien ha venido? — Pastor. — Ahi están el Barón de la Cinta con su hijo el incarnation de Rocasfel; la viuda de Quinocho con sus hijas y el chico mayor; la Duquesa de Cumbres Pavadas, y los... En fin, vete al salón, que hay que cumplir con la sociedad.

Celia. — ¡Ay, qué faltó! ¡Sociedad, Duquesa, Dehesa, Hall... variedad. (Vase lentamente por la izquierda)
PASTOR, ESTER. — ¿ De veras no me ha llamado Celia? 

PASTOR. — Parece que eres tonta ¿ no la viste ir al salón? Aún tiene allí para ratos.

ESTER. — No sé cómo estás aquí, si le pediste que te prestara su sombrero. 

PASTOR. — Sí, querida; hablaremos de eso. (Se sienta, fatigada.) 

ESTER, pensando en pie. — ¡ Ay, qué alegría! Ya no manda aquí nadie más que Celia; ya no me dirá Germin, que opina de familia. Ce- lia es la ama, y puede disponer como quien de todo lo que es suyo... Dará gusto verla tirando de talonario y extendiendo cheques, para favorecer... a las personas que más la quieren.

ESTER. — Ya te veo, picara. Tú aspires a recibir de Celia un buen domativo, como criada predilecta que eres.

PASTOR. — Es verdad, era algo más; era humana de Celia; como un hijo, como una hermana de ella. 

GERMIN. — Mi madre le dió el pecho; aquí me crié; he sido compañera leal de la señorita, que me nombró su criada y me llamó su amiga. Le debo la vida, la educación, y me enorgullezco de ser su doncella, su modista, su limonera, su consejera en muchos casos.

PASTOR. — Fundada un eso, esperas un buen regalo... una dote que te sirva de cebo para pescar malo.

ESTER. — No he pensado en eso, pero no niego que pueda ser, y que sea cosa justa: cuento con su apoyo, don José.

PASTOR, vaciando. — Si... no sé... con franqueza, Ester, para que yo te ayude en tu pretensión, te solicito que dispujas ciertas habilidades, cierto rúbrico que corte por la cosa, y que la verdad, si la cosa es cierta, te favorezca.

ESTER, exasperada. — ¿ Rumores? ¿ To- canes a mí? 

PASTOR. — A ti y, en ello figura otra per- sona.

ESTER. — ¿ Quién? 

PASTOR. — No sé si debo decírtelo. (Se lo dice en voz baja. Aparece por el foro derecha Melchora, cautelosamente, mirando a Ester.)

ESCENA V

PASTOR, ESTER, MELCHORA.

MELCHORA, aparece en el foro. — Ya está esa brimañola embandido al pobre don José. 

PASTOR. — ¿ Melchora? — Ah, Melchora! pasa. — ¿ De qué te entoques?
ó chicas, que vaya necesitando. Aquí tiene la señora los tres talismanes.

—¡Oh! ¿Tan sólo para las nece-
sidades menadas de la vida corriente? ¿Dónde de esto hay más?

—Muy bien.

—Cela. —Síntetiza, Germán. (Gerdia se sintiera al otro lado del papelito.) Háblame con toda franqueza. ¿Es cierto que soy tan rica?

—Germán. —Inmensamente rica. Celina tiene tan sólo hablarnos con sinceridad —que todo eso es mío, esclusivamente mío. ¿Pues a quien ha de ser más que de usted, única heredera de los se-

fioros Marqueses de Monte-Montoro? ¿A quién hay que heredarme de mis abuelos esa riqueza?

—Germán. —No congojo bien la historia de Cela. —Y voy a tratar de hablarle con sinceridad. —¿Por qué, señora?

—Cela. —No sé cómo expresarlo. Oye, Germán, otra cosa. ¿Puedes decirme la ci-

ta, poco más, menos, a qué asiste tan oscuros causales tuyos?

—Germán. —Puede hacer un cálculo aproximado. En las cuencas mineras, en las puertas rústica y urbana, la señora posee un capital, cuya renta no baja. (Calen-
tado creciente.)

—Cela. —Calcula bien; no te equivo-
coras.

—Germán. —Una ventaja de dos mil seis-
tientos a dos mil ochocientos duras di-

—Cela. —Vivir en la casa en la calle... 

—Diario. —¡Sabes lo que dice? (Germán ha-

—Cela. —Sí, lo que te digo, tengo ideas pro-

—Germán. —Hay que fijarse. Condiciones del cuerpo: se ocupan, imaginan ar-

—Germán. —No se lo digo; tengo ideas pro-

—Cela. —Y por qué no me explicas esos planos tuyos? Podría yo ayudarte.

—Germán. —Ay, Cela, más es tu cuerpo y tu sinfonía. Condiciones del cuerpo: se ocupan... imaginan ar-

—Cela. —Eso me consuela; en cambio, la regla social de que las mujeres ricas han de casarse con hombres ricos, y las pobres con pobres, me entristece... me aturde.


—Cela. —Pues yo te digo que no me arden por el mágico y más, que no vuelvo a llamar atuendos.

—Germán. —¿Qué ideas son esas, se-

—Cela. —Si yo fuera hombre, si las mu-

—Aquí. —Y estaría en una ley de ordenación donde todas las ricas se casaran con mu-

—Germán. —Así lo dije, y no me vuelvo atrás; imaginaba yo una Sociedad de Seg-

—Cela. —En suma: que no tienes capi-

tal, y sin capital, los sueños, sueños son.

—Germán. —Y los sueños... no pue-

—Cela. —Y en qué sentido llegué y no puedo tener un dinero positivo.

—Germán. —¡Qué sabes tú, tonto? ¿Por qué


—Germán. —Dentro de sutilmente conoci-

—Cela. —Pues si no me burlo; digo que tío tienes las ideas Industriales, y yo el capital.

—Germán. —Pasando agitado por la escena, entiendes que de aquí parten las consecuencias. Germán, con tanta fuerza que no me parece.

—Cela. —Todas van a ser más pobres.

—Cela. —Pues estás vencido; tú me digiste hace días que, si eras pobre de bolsillo, eras rico de cerebro; es decir, que a falta de dinero tienes ideas grandes, felices, que un día pueden ser frutíferas. Germán, no seas férrico. 

—Cela. —Y la pobreza; ¿es que no

—Germán. —Yo no digo que ustedes son un ángel. (Cela sigue riendo.) Bueno, pues un ángel, un demonio encantador, un diabo encantador, señora.

—Cela. —Síntetiza. (Le llama a ella de plata dura, en la voz.)

—Germán. —Aquí, en mi sitio.

—Cela. —Y no me corten donde yo no

—Cela. —No: el diablo angelical se pa-

—Germán. —Así habla el buen señor. Hable usted, Cela, me entiendo.

—Cela. —Pues mi tesis es, que es forzoso a todos, a todos, que se entiendan y se levantaron; ayer, al mismo tiempo, dijo: Mi tesis es antes de la sopa no se debe comer melón.

—Cela. —Así habla el buen señor. Hable usted, Cela, me entiendo.

—Cela. —Ahora el señor. —La propia de haber un diablo. —Y ahora la de un hombre.

—Cela. —Yo. —Y ella mujer. —¿Dónde está?

—Cela. —¿Ah! Ya la buscábamos; yo le

—Germán. —No nuevo, pero es imposible que esas cosas pasen por inspira-

—Cela. —Pero, tonto; al hablarte de ha-

—Cela. —No puedo hacer nada sin contar con el tiempo.

—Cela. —Y ¿Pero usted se ha fijado ya

—Cela. —A su tiempo le subirá. 

—Germán. —Delbo sabiendo pronto: por

—Cela. —No se muy que ni un poco, se

—Cela. —De que yo no traigo con lo

—Cela. —De que yo no traigo con todas las mitad del Potosí. 

—Cela. —Hace de aceptarla previamente; yo te aseguro que no lo due de dar el día, por el dinero.

—Germán. —Pues bien; me fío de usted absolutamente. Acepto la mujer que me traigo. ¿Será bonita? 

—Cela. —Según lo dices, has dicho que aceptas a díces.

—Germán. —Pues a díces.

—Cela. —Figurarte tu futura como la más conforme a tu ideal.

—Germán. —Me manda usted que siga so-

—Germán. —Yo soy el mayor de todos, tengo rémora y atributos que más me agradan.. Pero esto no puede ser, señora mi. ¿Cómo quiere usted que yo fabrique; con los elementos de mi pobre fantasía, una mujer distinta de la que tengo ante mis ojos? 

—Cela. —Riesgo y guecabo. —Prescindad de mí; báralme a mí, fontaina, y compón la imagen de tu futuro como mejor te cuadra.

—Germán. —Esto es lo que me preocupa. ¿Cuál es su opinión? 

—Cela. —Ella. ¿No eres tú? 

—Cela. —Ella. ¿No me entiendo? 

—Germán. —Y eso que me asiste.

—Cela. —Sí, lo que me asiste. 

—Germán. —Y no te creo tal aburrido. Permítamela usted, señora. 

—Cela. —Estas asientos; vuelve en ti. 

—Germán. —Vuelvo en mí. 

—Cela. —No te incomodes. Si creiste que yo te estaba prometiendo algo de saliente del alma. Tu ambición te cegó, Germán. 

—Cela. —Soy hombre; nadie está lib-

—Cela. —En la imaginación, el soborno, el disfraz, disfraz, fácilmente se suele al ceo.

—Cela. —En los Infiernos.
MUNDIAL

GERMAN, aturdido, imponentemente silencioso. — ¡Chitón! (Obligándola a salir á empujones.) Fuera; ahora no puede ser: la señora está ocupada. [Desvía a Ester; Germán, disimulando con mucho trabajo su consternación, enciende un filo de Celia.] Celia? ¿Celia? Germán, viejecita. — La... una de las pinchas... Rafaela... Ha cortado la voz de que la señora ha de vajar su servidumbre.

Celia. — ¡Qué disparate! (Oye escuchar lejos de mujeres por el hilo derecho)... Pero qué voces son esas?

GERMAN, agitadamente. — Señora, no sé... Celia. Vete un momento allá, y diles que no he perado en el despertar a nadie; que á su tiempo sabrán lo que pienso hacer en mi casa.

GERMAN, Voe. señora. (Vaya y vuelve por la corriente, sabiendo qué hacer.)

GERMAN, Tranquilízate, y vuelve allá, que tengo algo más que decirte. (Germán, al retirarse por el fondo derecho, hace gestos de desaparición, sopetoneando el cinturón con las manos.)

ESCALA X

CELIA, sola; después, DON ALEJANDRO y PASTOR.

CELIA. — Agitado está el hombre: dario, después de lo que le he dicho... (Penetración.) Y sí! Si que ha tenido desde que lo conocí... Mi intención no era otra que abrirle camino para que se declarara. Pero muchacho; cómo te lo habría enviado... Mi intención no era que decires; y la cosa no es para menos. ¡Hay qué veo!... Un pobre chico que en mi casa gana cincuenta ducados, verse de improviso... ¡Jesús! le parecerá que es un cuento de las mil y una noches. Yo también estoy atada, nerviosamente... Seguramente, cuando vuelva él, me dirá... ¿Qué me dirá? (Se sienta meditando; coge el retrato de su madre, que está sobre el piano, la leera; habla con el retrato) Madre, á ninguna persona viva sé yo comunicarlas, las es pernas, las emociones que turban mi alma; me comunico contigo, con tu noble espíritu, que siempre me ha confortado en mis días de lucha, y ha inspirado mis resoluciones. ¡Verdad, madre mía, que estoy en justo, eligiendo á Germán para compañerío de mi vida? Tú piensas, como yo, que Germán es bueno, honrado, inteligente como peces; su corazón es noble, de su mente privilegiada brotan ideas generosas, ¡Verdad, madre, que apruebo mi elección? Tus ojos duces, nunca me engañan, me dicen ahora, me dicen... (Se interrumpe, al ver entrar por la puerta primera de la izquierda á don Alejandró, vestido de viaje, seguido de Pastor.)

DON ALEJANDRO. — Celia, entré en el sa-

ESCALA XI

PASTOR. — Germán, mirando hacia el fondo. — ¡Vaya con las trágicas que nos han arrojado estas mujeres! Lo peor es que tienen moción. El mien-
tin va contra Ester, esa mosquita muerta.

GERMAN, que viene muy sofocado por el fondo. — Don José, per dió: trate usted de hacerlas entrar en razón.

PASTOR. — Eso fue, que es muy verdadero causante de esta revolución formidable. Ha alborotado el gallo; el gallo arro-
gante y de canto triste. ¿Dónde está, en otra parte tan soberana, tan bella mujer, no en esta casa honrada y austera.

GERMAN. — Don José, se hace usted eco de habillas y calumñas.

PASTOR. — Germánico, soy el eco de la verdad. Hace un año, cuando se le dibió hablación en la parte alta de la casa, ganaste la voluntad de Melchora, esa hermosa loza-

GERMAN. — Don José, receta menuda; es casada y separada del marido.

PASTOR. — Germánico, cierto; pero tu, tenoría de criaditas, fuiste el que provocaste de flor en flor hasta dar en la pobre Ester, rema-
dando en ellos la serie de tus conquistas.

GERMAN. — Oséame usted, don José; yo le explico:"

PASTOR. — No me expliclos nada: las heces son heces, y las verdades verdades. Yo supo tus travesuras no hace mucho; pero no soy acusador, ni inquisidor en Vidas ajenas.

GERMAN, alegre. — No querido don José, sé usted discreto y silencioso; ayúdame á disipar la multitud de sospechas que me hacen, y...

PASTOR. — No, no: ya no puedo callar. Celia que ya es tu casa, y más no, y todos, debe tener conocimiento de tus fechorías. Ya estás descubierto; no te quieres poner tu cara en vergüenza, hueco de esta casa.

GERMAN, aturdido. — No; ¡hechar hasta

CELIA EN LOS INFERNOS

el fin; negar. (Dirigiéndose al fondo, miras hacia el jardinón) Aquí está la moñada Celia. Germán. — Pero no te atreverás á entrar. PASTOR. — Esperan la salida de Celia pa-
ra quitarte de encima. Germán. — Melchora va delante manco-
tando y vociferando. PASTOR. — Melchora, ¿te ha calado; ha caso de mí. Germáneco-
to: ¡oh las de Valentín!

GERMAN, volviendo-
do al presente. — Si usted me inclina, don José, levantaré una barrera entre Celia y las venturas de esa madrera Melch-
ora. PASTOR, acercá-
dote á la puerta de la izquierda, escucha con ojos y oídos lo que pasa en el interior. Ya, cansa-
tame: ya sale Celia del salón; es muy bel-
ta la niña. Incluso, charlante, Germán. — Con que plique, ¿no es verdad, que yo un viento, Germánico. PASTOR. — No empieces, tu situación.

GERMAN, supri-
ciendo. — Fíndate, dan-me usted; yo sé lo que, por lo que más quiero, y lo que me ha atado a esta casa. En esto el mal-
hado accidente va á trunazar mi vida.

GERMAN. — Has sido verdaderamente, muy torpe,

GERMAN, dolorido. — Muy torpe, sí; Celia.

PASTOR. — Te estimaba, sí: más de lo que merecías. El tenoría de criaditas no debía tener sus ojos villanos en el rostro de la señora.

GERMAN. — Soy indigno, lo sé. ¿Qué de-
bo hacer con ella?

PASTOR. — Desaparecer de esta casa: bo-
triste del pensamiento de Celia. (Mirando por la izquierda) Celia viene ya; vete, pronto.

GERMAN, con amargura de desesperación. — Un ángel de bondad quisiera subirse al cielo, y ahora son estos desnudos, tirándose de los}

CELIA, protegiéndose inútilmente. — ¡Fel-

ESCALA XII

PASTOR, CELIA, MELCHORA.

PASTOR. — Pobre chico. Engendro lasti-

mo de esta bondad completa; ¡malicia superior; conducía equivocada, falaz...

CELIA, muy turbada, seguida de Melchora. — ¡Pero qué es esto, Pasto-

r? ¡Sabe lo que dice esta mu-

jer? Melchora. — La verdad, señor; aquí está don José que tiene la prue-

ba.

CELIA. — ¡Pero lo que me dice no es un clima de acusación y calum-

ñas! Melchora. — Verdade es como la luz bendita.

CELIA, poniendo sus dos manos en los hombros de Pasto-

r. — Pastor, mi mejor amigo, mi consejero, ilumina-

me, por favor.

CELIA. — Sige, hija mía; esto no tiene im-

portancia. Aírma Melchora...

MELCHORA. — Aunque no la mu-

cha vergüenza contentado, lo digo, lo refiero, que, pah-

llaste de Germán... largos meses me tuvo engañada.

Sera, Polon (Ester) y Sus, Sánchez Ardio (Dona Marga-

rita) en el primer acto.
so! Ester es honrada; es mi hermana de leche, la he criado en mi casa.

MELCHORA. — Ha deshonrado la casa en que se crio.

CELIA. — ¡Falso! ¡Verdad! Pastor, que es falso!

PASTOR. — Déjala que hable.

MELCHORA. — No; no más. ¡Infame! Sal de mi presencia; sal de mi casa.

MELCHORA. — Si me voy con sentimiento por dejar una casa tan buena; pero la señora me concederá un mínimo más para que pueda decirle lo que falta, y sacar a la señora de su engaño.

CELIA. — Acabo pronto, y marchate. Me das horror.

MELCHORA. — Pues oiga la señora. El tumulto de Germán, después de divertirse cuánto quiso con la señorita Celia, lo ha dado palabra de casamiento, en un libro de versos que los dos leen todas las noches, a pie, en el patio de Ester.

CELIA. — Embustera; no creo nada de esto.

MELCHORA. — El libro lo tiene don José; y dicho esto, no molesto más. {Se arrodilla.} Permíteme la señora Marquesa el mal rato que le he dado, que sabe lo que quiero... Y que me voy de esta casa llorando de pena. {Llorando.} PASTOR. — ¡A! Sal, sal. {Llorando, se va por el fondo, empujado por Pastor.}

ESCENA XIII

CELIA, PASTOR; después, ESTER, que acaba sigilosamente desde el otro lado, asomando á ratos la cabeza, y escondiéndola en seguida.

CELIA, oprimiéndose la cabeza con las manos.

— ¡Estoy soñando? Pastor, ven; dime...

PASTOR. — Cálmate; no des a esto importancia excesiva. Por de pronto, te digo que Germán no es digno de la estimación que te le ines. Celia. — ¡Dios mío! ¿Cómo pude engañarme á tal extremo?

PASTOR. — Tú engañaste, porque es un ser complejo. En la oficina cumple con exactitud y diligencia sus obligaciones; no puede ponerse tacha á su honradez; pero cuando llega la noche, es un periplo travieso, que se dedica á los amores fáciles. Celia. — ¡Cerradme! Y yo, inexperta y sin conocimiento de la vida; ¿Y, Pastor? ¿Si yo te contara...

PASTOR. — No es preciso; á tiempo has vuelto de tu error. Germán te ha fascinado momentáneamente con los destellos de su imaginación. Es un his- trión terrible. Se distrae con habilidad pasmosa.

CELIA. — Con grande agitación. — Pero ese libro que le servía para comunicarse con Ester...

PASTOR. — Aquí lo tienes. {Se lo da.} Pero no lo leas ahora; tiempo tienes.

CELIA, verenciada, helada, toca el libro.

— ¿Esparagus? {Lo abre}. Ahora mismo lo veré. {Lee...} ¡Idolo mío...! {Llegando rápidamente el libro, lee otra vez...} ¡Tu amantísima esposa...! {Abre el libro sobre la mesa: rompe á llorar.}

PASTOR. — No te sofoques, hija mía; ¡por qué lloras?

CELIA. — Este llanto es rabia, ira, desprecio de mí misma. Ovéneme, Pastor, y no me muevas poco lo que soy. [Sale corriendo.] Hoy, cuando la ley me declara mayor de edad, haciéndome dueña de mi voluntad y de mis bienes, he estado á punto de... ¡ay, qué dolor! Fué una obsecución, un loco ensueño; ignoro yo estas infatigables, en poca estuve que comprometiera mi existencia futura, dejándome llevar de una ilusión infantil. ¿No lo comprendes, Pastor, de mi alma? PASTOR. — Sí, lo comprendo. Pero ya vas pasando tu cuenta; ya ves clara la realidad.

CELIA. — No la veo clara; no; dame más luz; Pastor; hazme el favor de llamar á Germán; tráele aquí; quiero mirar sus desgracias.

PASTOR. — En esto, hija mía, me persigan rás que te deseo, y no puedes reír de lo que digo á Germán.

CELIA. — ¡Lo he despedido!

PASTOR. — Ya no estás en casa.

CELIA. — Dominada, por su aflicción refugiada. — Y no está en casa en que me ve más! {Llorando en el fondo.}

PASTOR, después de una pausa. — Basta ya, hija mía, — Germán no tiene grimas; sus ojos, y dime que apruebo mi conducta.

CELIA, secando sus lagrimas. — Aprobada; he sido una tonta. Desierta, corazón; soy, quien soy, y aquí no ha pasado nada.

PASTOR. — Así... Celia. — Recoge ese libro ignominioso. Te condeno que hice bien en deshacer á Germán; pero no me regresar el derecho de interrogar á esa mujer falsa, á esa mujer hipócrita.

PASTOR. — ¿Ester? Celia. — Sí, la he amado mucho; quiero ver con qué cara v con qué mods se presenta ante esa desgraciada; llámala. {Aparece por el fondo Ester enojando tranquilamente, paso á paso, con otro recillos.}

PASTOR. — No es preciso llamarla; aquí está.

CELIA. — Entra, mujer ¿qué te pasa? ¿Qué máquina? Celia, con voz temerosa, avanzándose más. Antes que me llamaras... vengó á decirte...

PASTOR. — Vengo á explicarte.

CELIA. — Tus explicaciones son incoherencias; ese libro no he contado tus desvaríos... Pateando al eldo de Celia. — Moderato; con voces amenazantes.

CELIA. — Me he moleestado, sí, en lo externo; yo he correspondido á esa nobleza sirviéndote fielmente. Pobre naci, pobre soy. En esta situación, en la soledad de tu casa, tan noble y tan digna, un hombre pobre como yo, servido como yo de tu ilustre familia, me hablé de amor; sus palabras tiernas, dulcísimas, ganaron mi voluntad; temblé, hui vencida, callé; declaró mi culpa. El hombre que amó, que amé toda mi vida, ha salido de esta casa; yo me iré con él, dejáme ir, Celia.

CELIA. — En un aleteo de ira... Lágrima, desleal, no sólo te dejo ir, sino que te despido, te arrojo de mi casa.

PASTOR. — Moderación, hija; no comprometas tu dignidad.

ESTER. — Creo que no; Ester, que recogió toda mi ropa, y estoi dispuesta á salir sin demora.

CELIA. — Sin poder reprimírlo. — El hombre que te ha seducido, engañó antes á muchas.

ESTER. — No diré que no. Pero yo te aseguro, Celia, que á mi lado sólo serás mi.

CELIA. — ¿Qué dices? El veneno de las palabras engañosas de Germán te ha comprado el entendimiento; éste es un falsario sin pudor, y tú una infeliz idiota que se deja engañar por el primero que llega. Ester, manténcte tanto más serena cuanto más se desenvolve Celia. — A mí puedes decirme cuánto quieras; tienes derecho á ello. Pero á Germán, no le ofendas de largo de mi.

CELIA. — Es un infame, es un hombre indigno, repugnante.

ESTER. — Pero qué? En la administración de tu casa no ha cumplido como debía? — Se ha equivocado en las cuentas? — Te ha robado algo?

CELIA. — No, no.

ESTER. — Ester, creciéndose ante Celia. — Pues entonces, digo yo, si Germán es honrado y bueno, servidor fiel de tus intereses ¡por que te injusticias con tanta saña?

CELIA. — Porque más que los intereses, me importa la moralidad de mi casa.
ESTER. — ¡Ah! ¡La moralidad! ¡Tienes razón, yo he faltado a una realidad; pero algo te harán nombrar vocal de la Junta de damas encargadas de velar por las buenas costumbres.

CELIA. — Arrogante estás, Ester; no te conoces.

ESTER. — Mi falta, quizás, en Ester. ¡Eso dado arrogancia que no tenía! El amor, Celia, sí por un lado envejece, por otro enriquece a las criaturas; yo te respeto y te respetaré siempre; pero en esta ocasión, me asombro de que una gran señora como tú, hábito de virtudes, hasta de millones, se relaje a interesar en tantas furia en los amores de estas pobres criadas.

CELIA. — Tratándose por la suya sin saber qué se dice. (Con risa nerviosa.) — Celia; despedida pronto. — Celia, sin mover á Ester. — Recoge tu infame libro.

ESTER, recogiendo de la mesa el libro, y acercándose contra su pecho. — Yo amo á un hombre; éste hombre es mío, y no puede ser de otra mujer. (Pastor abreza á Celia; hace señas á Ester de que se vaya.)

ESTER. — ¡ya me voy!... se trabaja él también; no nos moriremos...

CELIA. — Acabemos ya.

ESTER. — Decía que no nos moriremos. Germán y yo sabremos luchar por la vida; el amor nos dará fuerzas para vencer en esa lucha. ¡Ay, Celia! ¡luchar es un goce que tú no puedes conocer! ¡Adiós! me despido de la que me ha llamado su hermana, de la que me ha protegido, de la que me ha educado. Soy buena, soy agradecida; no olvidaré nunca lo que te debo. Te quiero, Celia; te querré siempre. (Con gran lástima, entristecidas las manos.) Te quiero, Celia, te quiero... (Retirase hacia el fondo.)

CELIA, mirándola espantada. — ¿Qué dice? desgraciada?

ESTER, con acento firme, deteniéndose. — Te quiero, te admiro y te respeto; pero no te envidio... pero no te envidio. (Sale rápidamente por el joro.)

CELIA. — ¡Has ido?! (Conmovida, echándose en los brazos de Pastor.) Me tiene lástima.

PASTOR. — Ha querido humillarme, pero eso no temas: tú tienes la fuerza, el poder.

CELIA. — No me envidia, y tiene razón. (Cayendo en la silla, llora con gran amargura y desconsuelo.) Ella vive; yo muerdo... ¡Maldiré poder; maldiré riquezas!

Telón rápido.

FIN DEL ACTO PRIMERO.
CELIA EN LOS INFIERNOS

ESCENA IX

CELIA, PASTOR, DOÑA MARGARITA.

CELIA, corriendo al encuentro de doña Margarita, se arrodilla la mano. Tiña, vea aquí; me dijo Pilar que te había quedado dormida.

DOÑA MARGARITA. — No, hija de mi alma; he estado bien despertando rezando por ti, piándiendo a Dios que te dirija por los caminos del bien.

CELIA. — Por ellos voy, tiña; ¿Qué buena es usted?

DOÑA MARGARITA. — Y tú qué saluda, qué gracia! (Le acaricia en la mejilla).

CELIA, conduciéndola hasta la zapatería. — Váyase usted, tiña; descance en su habitación.

DOÑA MARGARITA. — Deténgase, mi niña, en un momento. — Oye, pajarillo, ten gobernada una cosa firme de este veinte de septiembre. — Señora, esta vez no tenga usted miedo. — Querida doña Margarita, ¿a qué hora...?

CELIA. — Y no lo hablé a usted, tiña.

DOÑA MARGARITA. — Verdad... Hace tiempo, mi querida; con usted, no dudo; pero en mi gran energía... Yo me tengo en este instante por mujer de ideas altas y generosas; yo como trae un ideal: yo voy a la busca de dos personas que interesan grandemente a mi corazón: yo voy movida del ansia de realizar todo el bien posible dentro de lo humano. Llegará hasta lo divino, descendiendo hasta las más históricas y hermosas... ¿Quién sigue? Vienes.

PASTOR. — Después de una pausa. — ¡Rece, me ha dicho tu confesión, y yo te doy toda tu abnegación.

CELIA. — Piensa adelante: nos iremos en seguida.

CELIA, PASTOR, DOÑA MARGARITA, huyéndose en Pastor. — ¿Estará en el camino?...
Celia. — Ya verás qué bien lo finjo todo.

Pastor. — Y ahora, respondelta a esto. Suponemos que encuentras a Este; ¿qué harás con ella en el caso de hallarla sola, abandonada, atrapada con el fango social?

Celia. — Sacaré del fango, desinfectaré, procuraré un medio de vivir honesto, daré un buen doté para que se case con algún chico decente y honrado.

Pastor. — ¿Y si encuentras a Germán, como me han dicho, trabajando en un taller, y haciendo una vida humilde y laboriosa? (Celia no responde; con pesar.) No respondes, Celia? Pues a otra. Si encontramos a Germán entre malhechores, viviendo de arbitrios pícaros, ¿qué traerás a los infiernos, que viene a buscar colocación?

Pastor. — Está hecho una hermosa figura de carnaval — para la propuesta del tipo te falta el peinado, los rodeteles en las sienes, la gargantilla de cordel, los pendientes de bilgrama.

Celia. — Los pendientes y la gargantilla les he comprado hoy en la Calle Baja. (Dignificada.) El peinado me falta; ¡caramba! no se me había ocurrido; pero ya me lo arreglo. Vámonos.

Pastor. — Poco á poco. Con ese pergeño no podemos salir de aquí. ¿Qué dirá el cochero cuando te vea?

Celia, sostenida. — Es verdad. Con una idea astuta; cambiar de traje ya no puede ser; pues me tengo mi capa que me cubre de pies a cabeza. (Extrayendo su tocador rápidamente, y envuelto con la capa en la mano.)

Pastor. — ¡Vendádote! a ponerse la capa.

Celia. — Excelente idea; así podremos salir; el landó cerrado nos espera.

Pastor. — ¡Ya no hay tiempo que perder!

Celia. — Vamos, iremos a Germán entre malhechores, viviendo de arbitrios pícaros, ¿qué traeremos a los infiernos, que viene a buscar colocación?

Pastor. — ¡Ah! Si.

Celia. — Y allí me arreglaré yo mi peinado, y me pondré los demás requintos. (Coge un espejo que tenía en el o necesita.) Ya se me olvidaba esto, los pendientes y la gargantilla. (Coge el talonario, y se lo da á Pastor.) El talonario lo lleva tú; los billetes de bilgramas van a mí. (Lleva el espejo en el seno.) Ya estamos listos.

Pastor. — ¡Pues, adelante con la calavera. Vamos a la mansedumbre de la mansedumbre, ¡la ignorancia! Celia, con ordinae entusiasta: a los infiernos; á los infiernos; á los infiernos.

Telón rápido.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.
yo consuelo á los afligidos, yo pongo unas go-
tas de agua. en la boca del enclavado. Claro es
que los engano con risueñas ilusiones... ¡j! ¡j!
Yo consuelo á toda esta gente... ¡j! ¡j!... y al
 mismo tiempo como... ¡j! ¡j!... que también
yo soy hijo de Dios y no dirán que abuso.
A las muy pobres, por ponerles al habla con un
ser divino, no les cobro más que una perra gorda.
CELIA, simpáticamente. 7 No será ya hora de
que vaya usted á traerme á Germin.?
INFINITO. — Si, ya voy. (Goses su nombre
para sus; detención.) ¡Ah! ¡Oh! Si antes que yo
llegue Regina, mi asistenta, hágame el favor
de decirle que pone inmediatamente al fuego, en
cazuela, la pierna de carnero; hoy es día grande, me permito un extraordina-
rio. 
CELIA. Descuide: yo ayudaré á Re-
guna, y tendrá usted hoy una comida suculenta.
INFINITO. — ¡j! ¡j! ¡j! Bien me la merezco.
Hasta luego. (Á entender estar, aparece Leoni-
arda y Virginia, que viven en el patio próxi-
mo.)
LENORDA. — Ay, don Pedro de mi al-
ma!
VIRGINIA. — No se vaya, por Dios, que
tengo que hablar.
INFINITO. — ¿Qué les pasa?
LENORDA. — Vengo sobre mi marido, á
ver como le caloamos.
VIRGINIA. — Mi chico está peor, enter-
amente baldadito.
INFINITO. — Pues yo tengo que salir: pero sí despedí esto pronto...
CELIA. — No, no, don Pedro: vívese	us-
es conmigo; no me quiero servir á estas señoras.
Yo sé todo este regímen tan bien como don
Pedro.
INFINITO. — Mejor que yo lo sabe; es mi
disciplina.
CELIA, sentándose en la silla de Infinito. —
Ya estoy en funciones. A ver, señora, ¿qué quiere?
LENORDA. — Don Pedro ya lo sabe.
INFINITO. — Llamaré al Ayudan-
miento un destino para el marido. Esto es lo
que llaman la cabal de fábrica ó de partido.
Ahí está el fonógrafo. (Le entrega un cin-
dero. A punto, á la vez.) ¿Qué conflictos, señor? Y dónde encontrará á ese Ger-
min, esa balda perdida? ¡Está en el pla-
neta Júpiter, vuelo Estación de las Pulgas?
No, no. ¡Estará en la taberna del Cuo-
ca, vuelo región de los Zepirinhos? ¡No sé. Lu-
cido quedo con estos señores si no lo traigo. 
Ángel Rastil, firmamente, guía mis pasos! 
Voy, voy. (Sale á la calle.)

ESCE'N.A IX

CELIA, PASTOR, LEONOR, VIRGINIA; despues, LEONOR.
CELIA. — A ver, tía. LEONOR. — Mi Julián, desde que se co-
gió el tranvía, está imposibilitado. Póngale a
alcalde una carta con salutación, bendición,
puestas las letras en forma y manera que sean
como venidas de las potencias celestiales.
CELIA. — ¡Ay, bendito el libro! — a Julián.
CAPACIOS. Zepirinhos. Akalakkaline en terran,
matritan parabatín lucis. ¡ Esto es muy sen-
cillo! ¡Y fíjese! (Despedida á Virginia. Entena
Regina y pasa hacia su habitación, llevando
el violin. ¡Tienes un niño enfermo?
VIRGINIA. — Señora: baldadito de la
pierna.
CELIA. — ¿ Le han puesto la pierna en
e escayola?
VIRGINIA. — No, señor: ha dicho el mé-
ciclo que hay que llevarle el espíritu, para mi-
trarle la rodilla con eso que llaman los raices
de la eaux. (Por una oración sin par de Ra-
ual que ahí tiene don Pedro, el cual es como un
ser vengador que se atreve, después de santurar
con aceite de las lámparas benditas.
PASTOR. — Pronto se les arregla eso
CELIA, ya va.
CELIA, haciendo galimatías en un papel.
A ello vuye; Séntense las dos aquí, y esperen
un rato. En un momento hâver la conjura-
ción del anagrama pentacristico y peripa-
tético; mas para que yo pueda trabajar, nece-
sario no ser visto ni oída. Háganse el favor
las dos de taparse los ojos, y no pronunciar
palabra alguna mientras yo me pongo en
extasia. (Sale Leonor, se acercan, se acercan.
Pronto, se tapan del oído.)
PASTOR. — Mucho cuidado, señoras; ta-
pense bien y estén calmas. (Mientras se
acercan, los otros permanecen en su
asiento, le susurra rápidamente al oído los
blancos de.Banco. Coge doa. Coge al propio
tiempo de la copleta de don Pedro los so-
bres y dos hojitas de papel, mete cada una en
su sobre añadiendo un billete de cien pesetas:
\A suenen tristemente y escriba una palabras
en cada uno de ellos.)
CELIA, sussurrando fuerte. — Ya está.
LEONOR. — ¿Podemos abrir ya?
CELIA. — Abran. (Frígido convencimiento.)
¡Ay, lo que me ha costado esto! (Frígido
no ser bien.) Vengo encandilada de las infi-
mitas que refugian en los aparentes ce-
lestes. (Muestro los dos sobres.) Aquí
ustedes cada uno se lo imite: este es el de Leonor. (Sí lo do.) Este el de Vir-
ginia. (Se lo do.) Ahora falta una cosa muy
esencial; jijen bien en lo que les advierte. Se
van ustedes cada uno á su casa sin abrir estos
sobres. No pueden abrir los hasta que pase hora
y media, no se les dará tiempo á que se
programen menos, y durante este plazo han de estar con
el mayor comodidad ocupadas en sus
fasías domésticas sin que se les encestar, sin
charoliar con las vecinas. Dentro de los sobres
van las instrucciones de lo que deben hacer,
pues la de buen resultado el conjunto. 
LENORDA. — Está bien: muchas gra-
zas.
VIRGINIA. — ¿ Y cuanto le debemos?

ESCE'N.A X

CELIA, PASTOR, LEONOR.
LEONOR. — Amando.
CELIA. — ¿ Se ha ido don
Pedro?
PASTOR. — Si, señor; pronto vendrá.
CELIA. — Caballero, ¿ quiere usted que
le saqué el tabaquero, o que le adverse alguna
goza al café?
LEONOR. — Gracias. Ya me visto que el
gran infinito la dejó á usted aquí, para susti-
tirle en sus encabazaduras.
VIRGINIA. — Justamente; soy su discipula, su
secretaria. ¿ Necesita consultarme sobre algo
asunto concerniente al mundo invis-
blo?
LEONOR, con embriaguez. Gracias, se-
ñora. Yo no me ocupé más que lo que
está al alcance de mis sentidos.
CELIA. — ¿ No me reconoce usted como
discipula y secretaria de don Pedro?
LEONOR. Por tal la reconozco. (Con in-
ahucción.) Ya puede admirar la destreza con
que usted ejerce la ciencia sublime, la ciencia
consoladora del gran Infinito.
CELIA. — ¿ Ha visto usted?
LEONOR. — Señora. He visto la her-
mosa respuesta que dió usted á las consultas
caballísticas de aquellos pobres mujeres.
CELIA. — ¿ Y qué más ha notado usted en mí?
LEONOR. — He notado que usted aban-
dona ya el acento palpador con que entró en
esta casa.
PASTOR. — Es que...
CELIA. — Es que hablo el lenguaje que más me acomoda, según las circunstancias.
LEONOR. — ¿ Como? ¿ Y lo saben las personas que no pertenece á este mundo misterio, no pueden,
no saben disminuir su calidad.
CELIA. — Bien. ¿ Quiere usted algo de mí?
LEONOR. — Poco com. Occasionalmente á u-
sted se me hace un poco molesta. Hágame el fa-
vor de abrir esa cajón.
CELIA, tirando del cajón. — Ya está.
LEONOR. — Encontrará usted un gran
ESCAPA XI

CELA, PASTOR, LENDONIO, INFINITO; después, ESTER.

PASTOR. — Ya está aquí don Pedro.
CELA. — Levántémonos, corriendo a recibir a Infinito. — Y Germán?
PASTOR. — No le ha encontrado?
CELA. — Infinito, jadeante. — No... no; pero... pero...
CELA. — Con gran asco. — ¿ Pero qué?
CELA. — Tranquilízate. Sé dónde está; pero no podrá traerle... hasta después... En cambio, para que vea usted que la he servido bien, vendrá su mujer.
CELA. — Estupefacta. — ¡ Su mujer!
INFINITO. — Sí... Sí, Ester. Ahora vendrá.
LEONCIO. — Ester, una chica excelente. Ya está aquí. (Estar Ester de la calle, y acerca lentamente.
INFINITO. — Pasa, Ester. Estás en la señora distraída de paleta de quien te hablaba.
CELA. — Como aliada. — ¡ Ester! (Ester corre hacia Cela, y se arrastra ante ella con gran emoción.)
ESTER. — ¡ Cela, señora y hermana mía!
CELA, con intensa emoción. — Levántate. (Levántase Ester; se abraza y se besan.)

ESCAPA PRIMERA

CELA, ESTER y PASTOR, que están en el fondo. Las obreras cantan. El telón sube lentamente.

PASTOR. — Aquí tienes. Cela. el formidable establecimiento de trapos, fin y principio de industrias colosales.
CELA. — Observando algodón. — Esto es grande... es también hermoso.
ESTER. — Píjate: estas mujeres están haciendo los tres apartados de trapos: hilo, algodón y lana. (Ordenando a las obreras que modernen su algarabía.) Esa, señoras, guarden silencio, que hay visita... (A Cela.) Yo soy capataz, y está que vas aquí es la sección que tengo a mis órdenes.
CELA, mancebada. — Ya comprendo lo que nos dijiste aquí señor en la casa de Infinito. Aquí viene el desecho de la vida, y aquí se le prepara y dispone para nuevas industrias.
PASTOR. — Nada muere, nada se pierde en la naturaleza; lo que abandonamos por instintivo revela y vuelve a colaborar en nuestra existencia. Los guipúes de algodón salen de aquí para convertirse en papel, en periódicos, en telas, en...
dios, en libros. El billo revive en libros de papel de lumar, y los recortes y retratos de luna vuelven a ser batidos para confeccionar harina de libros, mantas de abrigo.

**Celia.** ¿Y de la seda, que hacen?

**Estér.** Los recortes de seda son lo que nos vuelve: el despojo de loas cosas elegantes fome aquí.

**Celia.** ¿Es asombroso? ¡Cuánto me alegra ver esto! ¿No me has dicho que conozco a los dueños de esta gran trapez?

**Pastor.** ¿Ya lo creo! En casa hemos hecho con ellos algunos negocios. Voy a ver si está don Gustavo. (Se acerca al vestituil y la mesa.)

**Don Gustavo, mostrándose por el vestituil.** ¡Ah! ¿Es usted, Pastor? ¿Qué busca por aquí? ¿Qué facha esa cosa, don José? Parece que no viene usted solo...

**Pastor.** Ya le explicaré. Ahorre la puerta y hablaremos. (Abre la puerta del vestituil y entra Pastor.)

**Esencia II**

**Celia, Estér y Obreras.** (Están cogiendo dos zapatillas, que se sienten dos, una en frente de la otra.)

**Celia.** Pero ¿tú no trabajas?

**Estér.** Ahora no. Pronto es la hora de comer, y se suspende el trabajo. Charlares nos un poco.

**Celia.** Pero... (Mira a todos lados, inquieta y resaltando.)

**Estér.** Tú quieres preguntarme algo, y no te atreves.

**Celia.** ¡No me atrevo! Germán ¿dónde está?

**Estér.** Suponiendo que no quieras ve el, no le mandé recado.

**Celia.** Mándaselo. ¿Y no viene a comer?

**Estér.** Comerá en casa.

**Celia.** ¿Y tú con él?

**Estér.** Yo no me quedo aquí para acompañarte. Aquí me traerán la comida. Prácticamente, Celia, no quiero llevarte a mi casa, que es padre, muy padre.

**Celia.** ¿Y qué me importa la pobreza? (Con gran energía.) Quiero ver a Germán.

**Luchinos.** Ten calma. (La obliga a sentarse.) Yo le mandaré recado para que venga.

**Celia, confusa.** ¡Va y viene cuando tú lo mandas...

**Estér.** Me obedece ciegamente.

**Celia, atónica.** ¿Te obedece ciegamente? Un hombre de su inteligencia, de su iniciativa...

**Estér.** Sí: el joven de imaginación ardiente, voluntario, tormazmo, es ya hombre formal, atento no más que a sus obligaciones.

**Celia.** ¿Y ese milagro lo has hecho tú?

**Estér.** Yo... ¿No lo crees?

**Celia.** Doy crédito provisionalmente a lo que me dicen; pero necesito verlo. (Nacion una campanita, señal de que ha llegado la hora de comer. Se suspende el trabajo; formamos grupos de mujeres en distintos puntos de lo escenario, dispuestos a comer, unos en mesa, otros en el suelo. Entran por la derecha una chiquilla, que lee a Estér le mia y una bota de vino.)

**Estér.** ¿Serás tan buena, serás tan humilde que conmoso esté este pobre cocido?

**Celia.** Sí, muy a gusto me pongo a tu nivel. He bajado al inframundo, para ver de cerca las estrecheces de las clases inferiores. Soy en este momento una obrera humilde como tú.

**Estér.** Estás bien. (La chiquilla pone en una mesa los cubiertos de comer; ensaladas, platos, etc.) Estar se sienta frente a Celia, y extiende un mantel bajo limpios, pone en él la camisa, y viene en ella el puchero, dispensado a comer el frugal cocido.) Los grandes son grandes, hasta cuando se empequeñecen.

**Celia, cogiendo su cuerda.** Este cocido está diciendo ¡comedre...

**Estér.** Pues comadre con bendición, y quiera Dios que esta buena abonía entre las dos no se rompa...

**Celia.** — ¡Sí, si, siempre húste indomita; trabajas de imponer tu voluntad.

**Estér.** — Eso, eso. Mi voluntad, más poderosa en los infiernos que en los tiempos superiores, se sobrepone al carácter imaginativo, voluble, impetugo y alocado de Germán; y, ¿hace mucho, mi querido Germán; y, ¿hace mucho, Germán; y, ¿hace mucho, Germán, mi querido Germán...

**Celia.** — Sí, estás cansado de tus trabajos, pero lo que se ha traído de tu casa... ¿Tendrías aquí mucho tiempo...

**Estér.** — ¿Y ay, no sé! Desde ayer corre el rumor de que este negocio pasa a manos de una compañía extranjera, que ofrece... el seis millones de pesetas nada menos.

**Celia, asombrada.** ¡Felicísima! ¿Has dicho que eres feliz en tu trabajo?

**Estér.** — Sí: porque si todo me falla, posea la venta más grande para mí... el amor de Germán.

**Celia, con amargura y asombro.** — Germán te ama entre tantas privaciones y en esa lucha horrible por el pan... Y tú te lo dominas?

**Estér.** — Sí: á veces con dulzura, á veces encomiendo esta casa a mi honor a Dios... Tú conoces esa energía, Celia; tú la conoces...

**Celia.** — Pero, comunica con bendición, y quiera Dios que esta buena armonía entre las dos no se rompa... (Acto IV, Escena II.)

**Estér.** — Por qué no está? — Entonces, ¿es que no le importa... (Celia, confusa, sonriente, con una mano en el pecho.)

**Celia.** — ¡Ay, no sé! Desde ayer corre el rumor de que este negocio pasa a manos de una compañía extranjera, que ofrece... el seis millones de pesetas nada menos.

**Estér.** — ¡Acudir a ti! — ¡Acudir a ti! ¡Quisía! Últimas veces, viéndonos en la última miseria, pensamos en eso... digo mal; era el quien lo pensaba y lo proponía; pero yo, que conservaba mi alma como un fuego sagrado la dignidad de la desgracia, le decía: No, Germán; a Celia no: a la que nos expulsó de su casa, no debíamos, no podíamos acudirle digneamente: — ¡Una noche en que no teníamos parar, insistió Germán en su tema: quería escribirle. Yo me fui furiosa; caminaban palabras muy vivas: yo le dije que si no tenía vergüenza, a mí me sobraba el vínculo. Le decí: mi culpa y mi gesto; creo que llegué hasta juzgar. Germán acordó por darle la razón. No; la prensa desvalida debía pedir misericordia a Dios, no a los poderosos de la tierra.

**Celia.** — Pero dime otra cosa: sé amante de una duda...

**Estér.** — ¿Qué es lo que dice que no le importa... (Celia, confusa, sonriente, con una mano en el pecho.)

**Celia.** — Pero, comunica con bendición, y quiera Dios que esta buena armonía entre las dos no se rompa... (Acto IV, Escena II.)

**Celia.** — Por qué no está? — Entonces, ¿es que no le importa... (Celia, confusa, sonriente, con una mano en el pecho.)

**Estér.** — Acudir a ti! — ¡Acudir a ti! ¡Quisía! Últimas veces, viéndonos en la última miseria, pensamos en eso... digo mal; era el quien lo pensaba y lo proponía; pero yo, que conservaba mi alma como un fuego sagrado la dignidad de la desgracia, le decía: No, Germán; a Celia no: a la que nos expulsó de su casa, no debíamos, no podíamos acudirle digneamente: — ¡Una noche en que no teníamos parar, insistió Germán en su tema: quería escribirle. Yo me fui furiosa; caminaban palabras muy vivas: yo le dije que si no tenía vergüenza, a mí me sobraba el vínculo. Le decí: mi culpa y mi gesto; creo que llegué hasta juzgar. Germán acordó por darle la razón. No; la prensa desvalida debía pedir misericordia a Dios, no a los poderosos de la tierra.

**Celia.** — Pero dime otra cosa: sé amante de una duda...
ESCENA III
CELIA, INFINITO, GERMAN, OBRERAS.

INFINITO. — Pasa, Germánicos, no seas vergonzoso, que la timidez no es virtud, sino defecto que afea y desmaya al hombre fuerte.

CELIA. — ¡Ah, Germán! Germán.

GERMAN. — Señora.

CELIA, como alegada. — Pareces otro.

GERMAN. — Y otro soy.

CELIA. — Transeúntes está.

GERMAN, ceremoniosamente. — Señora: Bienaventurados son hoy nuestros ojos, al ver que usted se dirige hasta estos pobres, para iluminarnos con sus bondades, con su gracia, con su...

CELIA, risueña. — Germán, ven a mí. (Le alarga la mano. Germán corre hacia Celilla, y le besa la mano.) Venga usted también, don Pedro.

INFINITO, después de besar la mano de Celña, — Ilustre dama desconocida, que descuidaste de nuestra humilde morada con desflazado acento de hogaraz, bésos la mano, y os deseo mil años de vida para bien de estos desgraciados.

CELIA. — Y ahora, Germán, tus virtudes...

INFINITO. — Y ahora, por lo que te ves en mi mano, que the... no os habéis castado ya por falta de recursos.

GERMAN. — Así lo quiere ella, señora, y así la tiene mi vida puesta, cariñoso sueño, ha sometido mi caprichosa y voluble inteligencia. Me enseñó a trabajar, a resignarme... mi parte del vicio; acaso me lloró el crimen. Lo perdone.

CELIA. — Es tan cierto, Germán, que su amor y su voluntad tengan tu vida, que al escucharte me parece que la escucho a ella, que hablas con tus palabras.

GERMAN. — Así es.

CELIA. — Y viene tú a mi ahora, Germán. Mientras tú y Ester estás tan desdichados, la que os lluvio a la miseria no era feliz; no lo es todavía. (Se enjuaga una lágrima.) Pero todo tiene en el fin, amigo mío, la debida reparación. Yo he bajado a este inferno para consolar a los que ofendió; para redimirlos a ti y a Ester, dándoles un beso a mí y a mi... a mí...

GERMAN. — Señora y ama mía: Dios te pagará tan buena acción. (Le besa nuevamente la mano. Suelta Ester a tiempo de verlo.)

ESCENA IV
DICHH, ESTER.


ESTER, con emoción imputada de celos. — ¿ Protegida? Germán, — Protectora, si.

CELIA. — No me mires de esa manera, hermana. Te engañas en lo que digo, pero pienzas, te juro que te engañas. Pronto has de convencer. (Entrado resueltamente en el escritorio.) Ester, endiablada. — Ven acá, tú, Germán.

GERMAN. — Mujer, déjame.

ESTER, sin acá. — Habla. ¿Qué ha sido esto? En cuanto has visto á la señora, ha perdido el juicio y verdad? Germán, no delirante.

ESTER. — No deliró, no, Germán. Temo por ti, por mí. Empleó toda mi paciencia y... todo mi cariño en apagarte en tu alma la ardiente ambición de grandes, y ya te tenía por mi para siempre, cuando aparece de improviso tu madre en mi recusa, esta duda, a renovar en el tuyo el pasado incedio.

INFINITO. — Tu madre, Ester.

GERMAN. — Tené cuidado. Ester.

INFINITO, después de besar la mano de Celía, — Ilustre dama desconocida, que descuidaste de nuestra humilde morada con desflazado acento de hogaraz, bésos la mano, y os deseo mil años de vida para bien de estos desgraciados.

CELIA. — Y ahora, Germán, tus virtudes...

INFINITO. — Y ahora, por lo que te veo en mi mano, que... no os habéis castado ya por falta de recursos.

GERMAN. — Así lo quiere ella, señora, y así la tiene mi vida puesta, cariñoso sueño, ha sometido mi caprichosa y voluble inteligencia. Me enseñó a trabajar, a resignarme... mi parte del vicio; acaso me lloró el crimen. Lo perdone.

CELIA. — Es tan cierto, Germán, que su amor y su voluntad tengan tu vida, que al escucharte me parece que la escucho a ella, que hablas con tus palabras.

GERMAN. — Así es.

CELIA. — Y viene tú a mi ahora, Germán. Mientras tú y Ester estás tan desdichados, la que os lluvio a la miseria no era feliz; no lo es todavía. (Se enjuaga una lágrima.) Pero todo tiene en el fin, amigo mío, la debida reparación. Yo he bajado a este inferno para consolar a los que ofendió; para redimirlos a ti y a Ester, dándoles un beso a mí y a mi...

GERMAN. — Señora y ama mía: Dios te pagará tan buena acción. (Le besa nuevamente la mano. Suelta Ester a tiempo de verlo.)

ESCENA V
DICHH, LEONCIO, que sale del despacho.

LEONCIO. — Pero, ¿ qué algarabía es ésta? Calladas todos y callada. Ordena el señor Cross que se suspenda el trabajo esta tarde.

OBRERAS. — ¿ Qué? ¿ Qué es eso?

LEONCIO. — Que no hay más labor esta tarde.

ESTER. — Y ahora, ¿ qué pasa?

INFINITO. — ¿ Qué pasa?
CELIA. — ¿ Pues qué más necesita la plebe laboriosa? 
LEONCIO. — Justicia, señora. 
CELIA. — Y la justicia ¿ dónde está? 
LEONCIO. — Yo no la veo por ninguna parte. Si los señores privilegiados que usted carga no os traen síquiera un destello de esa luz eterna, no veo más que tenebrosas, no encuentro la salida de este laberinto. 
ESTER. — Tiene razón Leóncio. Señora y hermana mía: justicia es lo que te pedimos. 
CELIA. — ¿ Tu también? 
ESTER. — Sí, y yo la primera. 
CELIA. — ¡ Descuida! Sabré hacerla, y pronto. 
PADRINO. — Tene serenidad, hija mía; proscrive como quien eres, olvidando resentimientos que rebajarían tu dignidad; arráncate aquella espina. 
CELIA. — Ya me la arranqué. Me ha dolido, pero el dolor pasó, pasó.

ESCENA VII

DIÁLOGOS. CATALINA y COMISION DE OBRERAS.

OBRERA 1a. — ¡ Atrévete, anda! 
CATALINA. — Vaya si me atrevo, verdad. 
OBRERA 2a. — ¡ Señora! 
CATALINA. — Señora Marquesa... aquí vemosmo. 
OBRERA 3a. — A trazos... 
CATALINA. — A vencer este pobre oblicuo... en holgado... 
OBRERA 4a. — Holocauso... 
CATALINA. — En holocausto... ¿ ¿ en señal de... ¡ vaya! que no sabemos decir. 
OBRERA 5a. — Ahí el señor Leóncio ha hablado por nosotros. 
LEONCIO. — Aceptad, señora, este rastro, más que como señora, como compañera, pues habéis envidorado las amarguras de los menosvidores, y adquirido el alma y la fábica para unirnos en lazo familiar con los trabajadores. 
CELIA. — Y para algo más, Leóncio. Añada usted que en la escritura que firmaré mañana, me obligo a dar participación en los beneficios de esta industria a todos mis obreros, y a establecer pensiones para los que por su avanzada edad se retiren del trabajo. 
LEONCIO. — Sois la gloriosa iniciadora de una feliz connivencia entre las clases altas y las clases humildes. Vivid mil años, diestra y santa mujer. 
OBRERAS. — ¡ Viva, vivaaas! 
CELIA. — Pero impongo condiciones. Habéis de ser servidores, no compañeros míos, en el taller laboriosos y diligentemente el hogar solicitas y haciendote, y siempre virtuosa hombrecita. Yo lo sabía. ¿ Se profanen las uniones ilícitas? ¡ Y aquellas de vosotras que así vivieren, han de constar ma-trimonio civil ó religioso inmediatamente. Y según la cátedra del señor Infinito, la primera que ha de hacerlo es Ester. 
Catalina. — ¡ Eso! Que se case con Infinito. 
INFinito. — Conmigo, no; rediene! Anto-jarseme, Germanos, que con quien la casa es contigo. 
CELIA. — Afirma no. Dile que el esposo de Ester es tú, que la dote de matrimonio. 
GERMAN. — Se la di y la cumpliré. Si no la cumpliere, ella no me dejará vivir. 
ESTER—Pdona, Celia. En mi delirio, te juzgué menos buena de lo que eres. 
CELIA. — Coloco á Germain al frente de la administración de la Roda. Podréis vivir allí tranquilos y felices; y yo, aquí, si no feliz, tranquila. 
ESTER. — ¡ Dios te bendiga, hermana! 
CELIA. — Ya ahora, no teniendo nada que hacer aquí, me vuelvo á mi cielo. 
PASTOR. — Ya es hora, hija mía; tus buenos tios te esperan impacientes, y... yo me caso de andar por las calles vestida de mascara. 
LEONCIO. — En aquel cielo, señora mía, también hay condonados. 
CELIA. — Y penas horribles; ¿ a quien se lo cuenta usted? Como en este infierno de la miseria hay también santos, y antes de volver á mi casa, quiero dejar un recuerdo mío á estos dos santos del infierno. (Cede del rostro dos cuadros). Para usted, señor Leóncio, esta rosa blanca, que vale por una pensión para el resto de sus días, y para usted, Leoncio, esta rosa roja, que voy a un viaje por el extranjero, para completar sus estudios de la cuestión social. 
LEONCIO. — Acepto, señora, porque no me favorece la milanovia, sino la primera de nuestras entidades industriales. 
CELIA. — Eso quiero ser. La gran industrial y la gran obrera. 
INFinito. — ¡ Padre nuestro que estás en los cielos, al fin te apetiza de este pobre loco! 
CELIA. — Y adiós, amigos. Vamos, pastor. 
PASTOR. — ¡ Gracias á Dios! 
INFinito. — Celestial criatura, adiós. 
LEONCIO. — Cuando usted me lo ordené, saldéd de España. Ya no volveremos á veros. 
CELIA. — ¡ Quién sabe! En estos infiermos he aprendido mucho; en los infernos y en los cielos de otros países aprendí mucho más, y al volver á mi patria. 
PASTOR. — Al volver á su patria, hija mía, ocupante y en labrar su propio bien, su propia ventura. 
CELIA. — ¡ Ah! Mi felicidad, sí. Por lo que voy viendo, la única felicidad que Dios me concédé consistió en hacer felices á los demás... (Viven y talón.)

FIN DE LA COMEDIA.

EN ASIA MENOR

Por ANDRÉS BENEDIC

Los últimos acuerdos de las grandes potencias con Turquía, aviva de regenerarse en el trabajo y en la tranquilidad, acaban de ofrecer á los grupos financieros el campo maravilloso del Asia Menor. Las líneas del ferrocarril moderno bordean las reli-quisias de un pasado heroico. En la boca de las minas productoras, junto á las máqui- nas trepidantes, se amontonan las piedras, muros testigos de las gestas de civilizaciones barridas por el tiempo. Y quizás salgan de su mudez, y hablen á pesar de la furia del progreso en marcha, imponiendo con su as-pecto la admiración de los hombres de hoy, con el recuerdo de los de ayer. No es posible ocultar un sentimiento de profunda piedad, frente á esos escalonados caños. La ciudad inamovible, en cuyos edificios desenterró de la arena estos vestigios de la gloria de antiguos conquistadores, y los ergió como ejemplo al genio industrial y co-mercial de los poderes actuales.

Esta región surcada por varios ríos, estas montañas, estas carreteras, simuló de nuestras humanidad incierto, son; Palestina, Judea, Mesopotamia, regiones en que aún se guarda el recuerdo de Moisés, y en donde se oyó todavía la palabra de Jesús.

No hay lugar en el mundo que tenga sufrir dos igualles desastres. Cayeron sobre aquella tierra las hordas asiáticas; de sus pueblos salieron con rumbo ó Occidente los gran-des esfuerzos de expansión civilizadora; y los pueblos que todo lo dieron en la redun-dancia, se encaminaron hacia aquellos lugares en peregrinaciones, como signo de reconoci-miento.

Hay tantas ruinas, tales pruebas de po-tencia destruyeron sus huelus, que, á cada paso, el visitante debe detenerse. El azadon pone al descubierto el entramado, restos que constituye un tesoro. Desde hace muchos años, el trabajo metódico de una misión ale-mana cuida del recinto de Bablonía; alre-dedor de Bagdad, las excavaciones que se
hacen sin interrupción, muestran á la vista cinco civilizaciones, cinco reinos que se disputaron encarnizadamente el maravilloso producto de una situación privilegiada.

En los confines de Persia se realiza el mismo combate científico para la educación de los vivos, cerca de aquellos vestigios grandiosos abandonados por los muertos. Indudablemente, es ilimitado el campo de los descubrimientos. A medida que vaya desarrollándose una vida nueva en aquellas regiones, aún desiertas, acudirán legiones de sabios para resucitar los fantasmas millenarios.

Sin embargo, lo que se ha hecho hasta hoy, basta para maravillarnos. El objetivo del fotógrafo acaba de registrar magníficos horizontes: el delicioso oasis que se extiende entre Damasco y el Eufra, las columnas del templo mágico y colossal de Palmira. El nombre de la ciudad canta en nuestros oídos: "Palmira, reina de Oriente". De Salomón á Diocleciano, á través de distintas fortunas, Palmira siguió una ascensión regular. En su homenaje, el emperador de Roma levantó este templo famoso, cuyas columnas encierran todo el estilo y el genio latino.

Ahora, á través de las piedras levantadas, blancas aún por el sol, que lo baña todo, se forman algunos rebaños, que cuida un pastor melancólico. El futuro ferrocarril de Bagdad pasará pronto junto á este templo majestuoso, y los viajeros, desde las ventanillas, saludarán las reliquias de uno de los más formidables reducidos del antiguo oriente. A lo largo del Tigris, cuyas aguas tranquilas se deslizan á través de la Turquía asiática, vemos á Bagdad, la ciudad de los califas: Ctesifón, la venerable... La capital de Davim, la fortaleza de los Sasaníde, sufrió en el año 125 de nuestra era la horrible carnicería de Trajano. Fue destruida casi por completo; las piedras de sus mu-
namentos y de sus palacios fueron arrancadas, utilizándolas para la reconstrucción de Bagdad, la joven rival que debía superarla y superarla en potencia y en grandeza. Pero los devastadores detuvieron su furia, no atreviéndose a destruir completamente, el formidable palacio que Chosroes Mourchivan había levantado en la ciudad, limitándose a echar por tierra las puertas de piedra, de 32 metros, que señalaban la entrada de la residencia real. El azadón de los misioneros ha exhumado aquellos restos en la llanura de Mesopotamia.

Siguiendo este camino, nos encontramos al pie de la pórtica Pérgamo, que un hijo de Andrómaca construyó en los tiempos helenos. Los ejércitos de Alejandro el Conquistador no respetaron su origen. Conquistada la ciudad, fue olvidada su gloria.

En la tristezza que la cubre y que parece condenarla al olvido, le cabe una satisfacción, la de pertenecer a Lysimaco, que creó en Pergamo la biblioteca más célebre en los tiempos antiguos. Figuraban en ella doscientos mil volúmenes manuscritos, de un valor incalculable, montañas de pergamo delicia del escritor. Leus, rey de los Dioses, poseía un hotel colosal. San Pablo, seducido por tanta belleza, sentó en Pergamo las bases de una gran iglesia, y no obstante los ataques y el furor bárbaro, pudo en 1604 descubrir la famosa biblioteca de esta ciudad, rival asiática de Alejandría, y laro de luz prodigiosa.

Pergamo la biblioteca más célebre en los tiempos antiguos. Figuraban en ella doscientos mil volúmenes manuscritos, de un valor incalculable, montañas de pergamo delicia del escritor. Leus, rey de los Dioses, poseía un hotel colosal. San Pablo, seducido por tanta belleza, sentó en Pergamo las bases de una gran iglesia, y no obstante los ataques y el furor bárbaro, pudo en 1604 descubrir la famosa biblioteca de esta ciudad, rival asiática de Alejandría, y laro de luz prodigiosa.

En las ruinas de Pergamo, "Reina de Oriente". — Restos del templo.

En la gran terraza del teatro de Éfeso. Al fondo, la biblioteca con sus mirmolos.

Sigamos las orillas del Meandro, glorificadas por los poetas griegos que las immortalizaron.

Las ruinas de Milet nos cierran el paso. Los europeos, desde hace gran número de años, gustan de esta excursión, que les trae a la memoria la colonia fluvial del siglo IX. A través del horizonte, en un gesto amplio, se descubre la favorizada situación de la antigua metrópoli, punto de concentración de todas las rutas de comercio y de tránsito del Egeo. Evoca su rivalidad con
Foca, con Cartago, la guerra en el mar, las colonias miletanas llegando hasta Egipto. Luego, la noche con la destrucción de los puros, la ocupación de Alejandría, y ahora los avances del golfo latino, que abogan las minas del templo de Apolo.

El barco que nos lleva á lo largo de la costa se detiene en Smirna, en la que todo un mundo se agita y vocea. A 60 kilómetros de otros tiempos, aparece Efeos, donde cada peregrino, después del crimen de Erostrato, debe hacer votos por la fraternidad humana.

Fue allí que en el año 600, antes de J. C., se elevaba con toda la pureza de su omnipotencia el templo de Diana, lleno de riquezas inapreciables. El arte de los sabios traspasó los límites: 122 metros de largo por 66 de ancho, con más de cien columnas.

todo para la protección de la estatua, de Diana Artemisa. En aquel misterio solemne, los sacerdotes y las sacerdotisas ocupaban el santuario. Sólo las vírgenes podían aproximarse al altar. Fue preciso que un loco, empujado por su furia sagrada, destruyera en el año 356, antes de J. C., este tesoro. El nombre de Erostrato está maldecido por la humanidad.

En vano, los investigadores rebuscaron entre las ruinas. De las piedras calcinadas, sólo pudieron atranrar algunos fragmentos de aquella suavidad: un teatro que los emperadores romanos levantaron en homenaje á la población, y algunas columnas y capiteles...

Sería preciso detener el vapor qué hierve en cada bahía, en la enseñada. No existe rueda, no hay golfo que no recoja sobre estas brillas encantadoras los recuerdos de una an...
El único templo casi intacto de Palmyra. En la base de las columnas se ven estatuas magníficas talladas de mármol, que los conquistadores destruyeron y dispersaron.

Tigüedad, que nos servirá de ejemplo imperecedero. Por un milagro se han salvado la mayor parte de estas ruinas, si es que tiene en cuenta la furia devastadora que pasó sobre ellas. Los vencedores de hoy han dormido entre las ruinas de los poderosos de ayer. Después, poco a poco, al correr de los siglos, los conquistadores, ávidos de disfrutar, abandonaron las obras del ingenio, para apoderarse de las más prácticas y tangibles del comercio y de la industria. Si descuidaron el homenaje que debían a las gloriosas ruinas, éstas se han vengado, sobreviviendo eternamente.

En vano, el sol irradiaba sobre el paisaje. No se calmó el dolor ante tantos sacrificios inútiles, y el tiempo sigue imposible su obra incesante, sombrío a los lamentos de la humanidad, sin respeto a las grandes esparcidas por la tierra.

Andrés Benedic.

Ultimo cuento de Dinarzada

Por Goy de Silva

Ilustraciones de Mirko

El Sultán se despierta de un fantástico sueño, han librado sus ojos el mágico belén, de encantos y prodigios celeste evocador.

Suplica en el silencio la voz de Scheherazada:

«¡Cuenta otra bella historia, mi hermana Dinarzada, que no duerme y te escucha nuestro dueño y señor!»

Penetra, fugazmente, en la estancia sombría la luna, entre las mallas de espesa celosía.

Sus pies de plata avanzan con furtivo desliz, y sobre el pavimento polícromo, de esmaltes, donde hay fuentes y alondras, flores y gerifaltes, extiende su argentado y espléndido tapiz.

La voz de Dinarzada, como un arpa divina, tiene en su acento el canto y la risa argentina.
del agua que en mil gemas brota de un surtidor.
El Sultán, en su lecho de púrpura, sonrie,
y en su copa de oro Scheherazada desliz
las mieles de sus labios, en el néctar de amor...

Llegan de los jardines las músicas dolientes,
los cánticos de ensueño y de pasión, vehementes,
de los enamorados poetas orientales.
El Sultán frunce el ceño. Scheherazada suspira.
Dinarzada conmueve las cuerdas de su lira,
y el canto empieza en ritmos de amor, sentimentales:

« Era el Sultán magnífico de un poderoso imperio... »
La voz de Dinarzada narraba en el misterio
de la noche una historia de amor, con lentitud,
y en la blanca neblina las visiones se esfuman.
de esta historia que luego nos ha contado Schuman
en su divino « Álbum para la juventud ».

« En Las Mil y Una Noches no hay un cuento tan triste,
ni en Oriente, mi dueño, ningún sultán existe
semejante al que nombro, despiadado y cruel.
Una nueva sultana cada noche tenía,
Aves de amor, fugaces, que al despertar el día
Entregaba al verdugo, de la muerte el lebrel... »

Hay una breve pausa, y el silencio parece
repetir en silencio la historia que espanta
en la sombra a las almas, y oprime al corazón.
El Sultán se sonrie. Scheherazada suspira.
Dinarzada conmueve las cuerdas de su lira,
y continúa lenta la siniestra canción:

« Pero una noche fausta fue su amor la doncella
más generosa y noble, más valerosa y bella... »
«que floreció en Oriente, para el lecho imperial.
«Esta nueva sultana mil historias sabía,
«que el Sultán en las noches con interés oía,
«y cada historia era una noche triunfal.»

«Y pasaron mil noches y mil días pasaron,
«Mil historias de encanto sus rosas deshojaron,
«y la mil y una historia comenzó a referir,
«cuando su voz, de pronto, lanzó un débil lamento.
«Expiró la sultana sin terminar su cuento,
«y el Sultán, desolado, también quiso morir...»

«Y dicen que en la tumba donde duerme su sueño
«la sultana, en los brazos de su señor y dueño,
«se oye todas las noches llorar a un ruiseñor...»
El Sultán bebe el nectar que escanció Scheherazada.
Enmudece la mágica lira de Dinazrada,
y termina el encanto de este cuento de amor...

GOY y SILVA.

LAS EXPOSICIONES ARTÍSTICAS DE 1914
...EN PARÍS...

Por B. CALDERÓN FONTE

Puesto que hemos de hablar de los dos Salones — el de la Nacional y el de los Artistas Franceses — cuivo vernissage, según tradición, se realizó casi simultáneamente, no hay caso de dividir estas ligeras notas de comentario en dos secciones. En ambos Salones hay cuadros de todo mérito, y en ninguno una obra que por su valor intrínseco destaque sobre todas las demás, y atraiga sobre ella la atención de tal manera, que sea tema forzado de un artículo por entero dedicado al Salón. Frases. No lo hay, confesamos con humildad, con temor casi, porque ningún prestigio artístico nos autoriza a emitir rotundamente semejante afirmación.

Pero lo que falta en nosotros de autoridad, los aplaudimos orgullosos con el criterio unánimemente expresado de todos los críticos de arte de la capital francesa, que mucho antes de que nosotros pusieramos los pies en los Salones, se adentraron á decirnos, con evidente amargura, que este año, como el anterior, como tantos otros que transcurrieron sin la obra deseada, debemos prescindir de franquear las puertas de la inmortalidad

TITO SALAS. — Episodio de la liberación de Venezuela (1811).
al genio pictórico, personificado en un cuadro o en un nombre.

Las exposiciones de arte, sobre todo las generales, se han desnaturalizado. Desde los primeros tiempos —cuando, según los documentos antiguos, se permitía a determinados artistas que expusieran sus obras en las salas del Louvre— hasta hoy, ha perdido mucho el afán de gloria, tanto como ha crecido el deseo de publicitarse, con el pensamiento fijo en la venta.

Al entrar en el Salón fuimos mal acogidos, y esto fue indicio de lo que había de pasarnos dentro. El ambiente característico de aquellas grandes salas, es el silencio y el frío. Esta vez, el silencio no era tan general como en otras, pero el frío más intenso. No es un homenaje que compense las fatigas de un artista el probar la atmósfera de un cuadro, cuando con más atención lo miramos, con un esfuerzo. Imposible que la admiración nos prenda, en aquellas desiertas estancias que en un momento llenó la fachada de las solemnidades parisíenses, sin calentar la atmósfera.

Afortunadamente, cuando nos retuvo Ignacio Zuloaga con su retrato de Barrés, estuvimos ya al final de nuestra excursión, y libres de las corrientes de aire. ¿Qué es este cuadro de Zuloaga, tan discutido, tan vituperado, jugado con una virulencia de la que hay pocos ejemplos? El único calificativo que no se puede aplicar al gran pintor vasco, es el de mediocre. Todo el mundo está conforme. Pero mientras unos le califican de magistral, de soberbio, de imponente, en cambio otros se ceban en él con una hostilidad bárbara, y hasta se indignan con Barrés, porque consintió eso... Dicen unos: es el gran pintor de la garra genial, y dicen otros: es falso, es artificioso, es arbitrario; y añaden otros más: ha deshonrado a España en sus telas, nos ha deformado, caricaturizado en el extranjero, su obra son ilustraciones de las leyendas de Dumas y Gastier... Y, sin embargo, ¿qué es eso? Es Toledo, con el Tajo á sus pies, el puente de San Martín, la iglesia de San Juan de los Reyes, y la catedral y el palacio de Carlos V. Con un libro en la mano, contemplando á Toledo, ha puesto Zuloaga á Mauricio Barrés, llenando también lágrimas de piedad por las iglesias de España, como
ha sabido llorar por las de Francia, como se dispone á comoverse por las de Oriente, en un viaje que emprendió el día siguiente de su reelección diputada. Los críticos franceses, más benevolentes, decían frente al cuadro de Zuloaga: «Y por qué ese empeño de ponerle un cielo del Greco al puro azul toledano?» Y contestó yo: «Porque Zuloaga ha querido, porque es el pintor de lo que le da la gana, así, con ruda franqueza vasca».

Tito Salas, el notable pintor americano, nos traza un episodio de la liberación de Venezuela (1814) con el deseo, que en muchos detalles llega á realidad, de grabar en la cara y en las prendas de vestir de sus personajes un carácter de la época. Es un verdadero cuadro de salón, que acredita una firma.

Hay un paisaje bordado de Didier Pougé, un amanecer poético de la región limosina, con tintas que parecen nubes, y aguas que semejan encaje. Hasta los árboles hablan de poesía, levantándose con orgullo para apoderarse de la luz, para recibir, primero que nadie, el beso del sol que asomará por las crestas lejanas.

Jef Leempels ha dibujado, más que pintado, dos jóvenes tendidas en la playa, observando con melancolía el vuelo de las gaviotas. Son blancas las aves marinas, es blanco el traje de las líndas muchachas, y un perfume de playa fresca os recibe al entrar en la sala, porque vuestros ojos van atráctos hacia aquella lona de pureza.

Lopes da Silva — ¿quién diría que es francés, con estos apellidos clásicamente madrileños? — nos traza otra escena de playa, pero con personajes y acción diferentes.

El pintor español José R. Zaragoza ha tratado, porque es un retrato, con todas las de la ley, á un matrimonio aldeano. No puede pedirse mayor naturalidad, ni mejor pose

JAVIER CIGA BACHILLER. — Campesinos vascos.

F. VERN ALIÉ. — El pueblo de Tossa (Cataluña).
Javier Giga Echaide recoge con mucho acierto un rincon vasco. La característica de los tipos que presenta, es la inmovilidad en la paz y en el silencio de aquellas montañas antiguas, donde se perpetúa una raza eternamente inaccesible á las brusquedades de la evolución.

Más que un cuadro, lo que ofrece el pintor Ysern es un bosquejo, no sin fortuna, porque el panorama está recogido como en una ampliación fotográfica.

Llegamos á Vázquez-Díaz, de regreso de una excursión sentimental por paisajes melancólicos. He aquí Los Idólos. Son los toreros. Se han reunido en el patio de caballos, al poco rato de bajar del coche, y antes de comenzar la corrida. El tipo del centro, que sonríe, se parece mucho... y seguramente Vázquez ha pensado en él —a Joselito el Gallo, el menor de la dinastía torera de los Gallo, y en efecto, uno de los idólos de la tumultuosa, bella y salvaje afición española. No son los toreros de Zubía, ni los mozos fuertes, sanos y robustos de Carlos Vázquez... son otros que, con perdón sea dicho, se asemejan más á la verdad. Así sonríe el niño de los «Gallos», y así «se ponen en jarras», se mueven y gesticulan los de la cuadrilla, antes de que el pasodoble trumfal les prevenga que van á encontrarse frente al toro. Valga la paradoja, Vázquez-Díaz es un colorista sombrío; le gusta el sol, pero le cargan las tintas, y hay un contraste leve, pero constante al fin, entre la sonrisa indiferente del matador, que da la cara, y la silueta de la izquierda, la de un poeta que melancólicamente vuelve la espalda y baja la cabeza.

Es, realmente, un rayo de sol, una luz dorada la que envuelve á esta gentil muchacha de J. A. Meunier. A través de las persianas se filtra el sol, y la figura grácil de la niña se mueve en un paso de danza. El cabello recogido con honestidad brilla como escuca de oro, y hay en la mirada dulce de la niña, contemplando la falda que abre con sus manecitas, en el claro de luz, un prodigio de pintor.

Juan Sala, el notable pintor catalán, ha...
Pedro Blanes Viñal nos trae algo exótico y agradabilísimo. Un paseo nocturno por la Isla Madera. Es algo de hadas... de ensueño... La ejecución es notabilísima. Parece que la joven la acompaña, en su paso, el misterioso jardín de fragantes flores, guardado celosamente por los negros.

El baño de sol y la calle de Sevilla que expone Mario Barbosa, riega con sus tintas claras el abandono, el silencio, la atmósfera de paz envolvente que caracteriza los paisajes sujetos a la influencia del cielo andaluz.

Claudio Castelnuovo envía de Barcelona la pintoresca descripción de una merienda en el campo. Hasta nosotros parece llegar la brisa que orea aquellas frentes, bañadas de sudor, en el esfuerzo de la digestión.

El retrato del escultor Jean Bañier, por Mauricio Jorón, es un modelo de exactitud en la expresión, pero quiso que añadirle un simbolismo, y se compagina mal la tranquilidad de las facciones y parte del busto, con la mano cargada con una estatua. Dicho sea con todos los perdedores, la estatuaria sobre...

Del París que se va, echado por los continuos e implacables demoledores de la gran ciudad, ha querido narrar Celia Castor en...
MUNDIAL.

no de reproducción.

En general, predomina la técnica... Las audacias son contadas. ¿Por qué? Sería deplorable creer que ha faltado la fantasía de los artistas. Es previsible que supongan que ha sobrado el rigor de los clasificadores, de aquellos que tienen en sus manos la admisión de los cuadros. Creyéndolo así, la desilusión no será tan grande, y esperaremos con mayor expectación el año próximo.

Alrededor de los salones, la crítica, en general, no se ha mostrado con gran hostilidad. Mal síntoma, porque, precisamente, las exposiciones que se atacaron con más suavidad, fueron las que produjeron un determinado número de obras notables. En el año corriente, salvo los papeles que han escorado sobre el retrato de Barrés, se sintió en la prensa el mismo frío que se experimentaba, al atravesar las salas de la Exposición.

Se han hecho algunas objeciones, que no pueden ser más justas.

Por ejemplo, en París, ni en los cuadros hay niños. Las damas que se prestaron a desechar modelos, lo mismo a los grandes retratistas consagrados que a los nuevos, quisieron a su lado un mueble, una fantasía cualquiera, un retrato... ¡hay lo menos descontrolados! —pero relegaron a los hermanitos, a los hijos, sobre todo a los hijos, cuando la belleza infantil presta a la madre una sonrisa, que tentó siempre a los más gloriosos pintores. — ¿Y por qué? Debemos este tema a los que están buscando causas fantásticas a la despoblación de Francia.

Claudio Casteluchio. — De verso.

LAS EXPOSICIONES ARTISTICAS DE 1914 EN PARIS

Ignacio Zuloaga. — Retrato de M. Mauricio Barrés, de la Academia Francesa.

Por ejemplo, en París, ni en los cuadros hay niños. Las damas que se prestaron a desechar modelos, lo mismo a los grandes retratistas consagrados que a los nuevos, quisieron a su lado un mueble, una fantasía cualquiera, un retrato... ¡hay lo menos descontrolados! —pero relegaron a los hermanitos, a los hijos, sobre todo a los hijos, cuando la belleza infantil presta a la madre una sonrisa, que tentó siempre a los más gloriosos pintores. — ¿Y por qué? Debemos este tema a los que están buscando causas fantásticas a la despoblación de Francia.

Claudio Casteluchio. — De verso.


Mundial ha recogido en ambos Salones. No constituyen una selección acabada, y menos intentada, porque aún no encerrando las exposiciones parisíenses un portento de belleza, casi todo lo que allí se exhibe es estimable y digi-
talento los grandes maestros y sus aventajados discípulos, no hay cuidado de que el cubismo franquee la puerta del Salón.

La característica de este año es una variedad que nada en la confusión, en la mezcla de los géneros, que sí distrae al público, es para la crítica una molestia, porque no es posible en este caso retener la atención, concentrarla, y formular un juicio acabado. Así tenemos junto a La Muerte de la Paréiplina de Flamingo, un retrato de George Roche, la Peline de el Escorial de Jean-Paul Laurens; ¿Se conciben dos obras más distintas?

No hay lejos, se levanta formidable Gabriel Gau con su cuadro, Los verdugos de los bueyes, una página poética que canta á los ámigos gigantes derribados por la codicia humana.

En los retratos, aparte de los que hemos citado, se destaca su rango y su fauna Marcel Baschet, en un joven y arrogante coro: Flamingo, con un retrato de joven y el de Santos Dumont; y luego Ferrer, Davant, Humbert, Chabas, Henri Zé, Mami-Beiner, Luis Breton, Etcherey, Umbrich, Henri Roger, Georges Claude, Patriotic, Devambez, Vogel, Roybet, Jonas, Pascau, Ernest Laurent y Ducheneau.

Precisamente, los retratistas han sido los que han guardado mayor respeto y cohesión en el género. En cambio, los decoradores de las grandes tallas cambian de asunto, y provocan contrastes que á la fuerza requieren de desorientar. ¿Es plegaría de vida en el arte francés, ó simplemente confusión? No nos atrevemos á aclararlo. Santamos el hecho, para que lo decida quien se juzgue con bastante autoridad. Honradamente, nos recibimos es quincenero ella (su mujer) me ha llamado idota. Yo le he respondido: ¡Imbecil!

El Cuaderno de notas - Episodio electoral

En caso de un concurso, pero cuando me pongo en uniforme... cuando me escriban el capitán de La Casta Susana: lanza un rugido. Es la fuerza de la calle, masa oveja en el redil doméstico. Como este militar que necesita el uniforme para imponerse. ¿Cuántos ejemplos no hay de silenciosos martirios conyugales?

Recientemente, ante el tribunal de París, ha comparecido una mujer pidiendo el divorcio. A falta de testigos que de viva voz relataran los hechos precisos, para que el divorcio fuera otorgado á beneficio de la reclamante, presentó esta á tribunal un cuaderno de notas que había sustituido á su esposo, notas en las que el cómputo infiel daba diariamente nueva suelta á sus amarguras. Pero en una de ellas, se le escapa decir que estuvo á punto de maltratar á su mujer: He aquí el motivo fundamental del divorcio.

Como el cuaderno de notas se hizo público, creamos conveniente reproducir algunas frases de lo que bien puede llamarse el cuaderno de marido. - 4 de febrero 1905. Con motivo de un error que no se cometió, y que el mismo cliente reconocida (hay que advertir que el intelectual es quincenero ella (su mujer) me ha llamado idota. Yo le he respondido: ¡Imbecil!

15 de febrero. - Un escándalo con motivo de un pedido de clavos. Ha sido un día desagradable.

11 de marzo. - Ella se ha quejado algo. Yo he hecho ver que olvidaba, para recobrar la paz.

3 de abril. - Toda la tarde á propósito de una venta, ha estado calificándome de perezoso y de estúpido. Yo he calzado con una grosería.

4 de julio. - He regresado á casa con un retraso de veinte minutos. Ha intentado refirmarme. Ya no la hablo.

26 de julio. - Ha estado buscándome cizaña desde ayer y todo el día de hoy. Por la noche nos hemos reconciliado.

28 de julio. - Ha comenzado por citar uno á uno todos mis defectos, pero como amenaza con no acabar nunca, me he puesto nervioso, te he cogido la mano, y te he oprimido fuertemente la muñeca.

28 de octubre. - Desde hace ocho días, no dirijo la palabra á Emilia. Estoy harto de aguantar sus insultos.

LUCIEN CAHAN MICHIEL - Florio.
23 Enero 1906. — A medianoche, me he hecho enfadado. No me almorzado, pero he podido contenerme. Soy más fuerte que ella.

24 Marzo. — Después de provocarme me ha amenazado, diciéndome que puseciera si lo hacía. Por tercera vez, me repite esta amenaza.

25 Marzo. — Al día siguiente de la Misión. Este día no ha acabado bien. Me pusieron de mal humor ciertos reproches que me hizo sobre una factura. Luego, con motivo de una paroquianía, me dijo algunas cosas que me pusieron peor. Entonces, irritado, rezumé a imponer la tranquilidad en mi hogar, me puse a gritar lleno de rabia. Ella quiso echarle de la tienda. Me dirigi furioso hacia mi esposa, que rompi un cristal. Ya loco, la cogí por detrás, diciéndole que se callase. Creo que antes, me había a estrangulara, cuando pensó en mí hijos. Esta reflexión me calmó rápidamente.

19 Junio. — Ha caído una cortina sobre mi esposa. Entonces, la ha tomado corno, y llamándome basta. — ¡Pobre hombre! Pues, encima de eso, con el enemigo en el mismo, la esposa, solicitó el divorcio. Ciertamente, que en las noticias aparece como víctima del humor insensible de su mujer, pero declara que se libró a actos de violencia, y el tribunal dictó el divorcio contra el marido.

No hay fantasía en este relato. Se celebró el juicio en la cámara 4ª de la Audiencia de París, y el cuaderno de notas es rigurosamente histórico. El tribunal se apropió de él, á falta de testigos que corroboraran los cargos de la demandante.

Que tampoco cabe exageración en esta dichosidad marital que acabamos de relatar, lo demuestra el siguiente hecho:

En un distrito de las afueras de París, contra el diputado saliente, se presentaba un candidato, que para disputarle el puesto al otro se acogía al título de su mejor amigo. En los carteles, junto al manifiesto del diputado saliente, que era una exposición de un programa, se destacaba otro, del continuismo, que decía en letras grandes: "El Pueblo que me ha rogado mi mujer, por lo menos que se me dé el acta como condenado". Más abajo, añadía: "Si, mi mejor amigo, el diputado X, no contento con utilizar mis servicios como asesor electoral suyo, no satisfecho con aprovechar de mi experiencia política y de mis relaciones en el distrito, se valió de la confianza en que le tenía para suplantar en el corazón de mi esposa. Con ella he perdido mi único bien. ¡Ciudadanos de sentimientos humanitarios, ciudadanos patriotas de la libre y republicana Francia!..." Por la Libertad, por la Justicia, ya que no es posible en Francia tal recusar el cargo de mi esposa, dadme el acta que pretende el usurpador de mis derechos..."

Pues bien — ¡cosa increíble! — derivaron á este buen ciudadano. Salió triunfante el seductor.

Y que esto suceda en la libre y republicana Francia... Razon tiene el marido-candidato: La Libertad y la Justicia, con su derrota, han rotulado juntas por los suelos.

Berceo.

La Torre Eiffel
Ha cumplido 25 Años.

... Por JOSÉ FRANCH. ...

La Torre Eiffel ha alcanzado su mayoría de edad. Por lo menos, si fuera una persona, en España gozaría, desde ahora, de todos los derechos políticos y sociales que se reconocen a los ciudadanos que llegan á la plenitud de sus funciones. En efecto, la Torre Eiffel ha cumplido 25 años.

No obstante tratarse de monumento de tan alto relieve y de dimensión preponderante en la vida de una gran ciudad, este aniversario hubiera pasado casi desapercibido, si la hazaña moderna de la información periódica no estuviera á estas horas lanzando á los cuatro vientos, la reproducción de los mil detalles que, no por ser conocidos del mundo entero, despertan menos interés.

La multitud cosmopolita, que ha consagrado la Torre Eiffel como el punto culminante de París, como el eje de su grandeza, como uno de los fundamentos de su poderío, debió venir este día á celebrar, con una magnifica fiesta, la mayoría de edad del gigante de hierro, que un tiempo fue recibo de los ojos y pasmo de la inteligencia, y es hoy, por obra de la ciencia, uno de los centinelas avanzados del progreso y de la civilización.
esta torre, que es hoy orgullo de la capital del mundo. Por esto, la administración, aun venciendo bastantes repugnancias, dió diez años de plazo al concesionario... Pero Mr. Eiffel tenía fe en su monumento, y contagió de ella a un rumiño, Mr. Edmond Lecroix, que entonces desempeñaba en la cartera de Comercio, y que hubo de encargarse de la Exposición del Centenario de la Revolución. Mr. Lecroix hizo frente a todas las resistencias, a todas las críticas, y la torre sine levántándose, se acabó... ¡y todavía lo que durará!

La inauguración se hizo por medio de una pequeña ceremonia que tuvo lugar en la primera plataforma de la torre, en la que se reunió una docena de personas; con el champagne, se pronunciaron discursos, se hicieron salvas de artillería, y comenzó la visita de la torre. Un periódico de la época, que tenemos a la vista, dice:

Sólo una docena de personas tuvieron el valor de subir a la tercera plataforma...

Mientras tanto, aún seguían trabajando 300 obreros, que también solemnizaron la inauguración, interrumpiendo su trabajo con un espléndido trunche.

No hay ningún país joven, que conozca que París haya existido jamás sin su torre... La constancia de Mr. Eiffel ha immortalizado su nombre. Es un bello ejemplo para la Humanidad.

La torre famosa pertenece al siglo del hierro. Cuando se anuncio su altura, la gente se echó a trinchar. Todo era posible... una torre cinco veces más alta que Notre Dame, y cuatro veces más que el Eifel. Los optimistas, los teóricos, ofrecieron toda clase de catástrofes. Hasta se habló de la Torre de Babel. Y algunos, nacidos con el equívoco, creyeron. Porque la Torre Eiffel ha sobrevivido a sus difamadores, y cuando ya se habla de destruir una obra que en su tiempo alcanzó general admiración — nos referimos a la estatua de la Libertad, que abre la entrada del puerto de Nueva York — nadie piensa, ni siquiera, en la posibilidad de un día desaparecer este soberbio rincón de la ciudad de París.

En el Campo de Marte, una mañana de primavera de 1857, una horda de obreros comenzó las excavaciones, de donde al poco rato salieron los cimientos como por encanto. De cada pilar de piedra comenzaron a elevarse oblicuamente cuatro postes, que dieron pronto muestras por un entrelazado. Todos los asistentes a este montaje experimentaron una impresión profunda, al ver como se prolongaba sin un choque, sin un accidente, en una lenta y segura asimilación. Los cuatro pies fueron unidos por una plataforma, que debía servir de asiento sólido a los pisos superiores. Así se acabó el primer piso, quedando vencida la primera dificultad.

Vista desde el primer piso, la construcción ofrecía todavía el aspecto de un amasijo inextricable de madera y de hierro. Sólo más tarde pudo percibirse el dibujo armonioso y sentido de la torre. Entonces, comenzó a descubrirse su belleza. Los hombres de ciencia, los ingenieros, la encontraron admirable. En cambio, los artistas, los críticos, la exageraron duramente. Tristes, nuestros maestros, temieron una protesta contra la torre de trescientos metros. Por anticipado, la reputaban abominable. Sin embargo, sin una sola queja, nada hay de superfluo en la construcción de la torre, que es el símbolo de una evolución imprescindible. En todos los aspectos está bien hecha. Es algo así como la comunidad de las abejas y de las hormigas. Con mordaza de la torre es una lección moral, un valor permanente.

Sin embargo, su altura sigue sorprendiendo. Desde el fondo de sus valles, los campesinos del Jura lo comparan a sus montañas, y desde las colinas vecinas de París, diariamente se señalan los progresos de su elevación, espiándose el momento de verla rasgando las nubes.

Francisco Coppée, el poeta de los humides, la exaltó por su grandiosidad, en estas palabras: "Por un francos se llegará el año..." Durante la Exposición Universal, la visitaron millones de personas. Si Coppée la maltratara, otros poetas la cantarían en versos eufonios, porque en realidad, el buen francés resultó mal profeta. La Torre Eiffel no ha servido solamente para que los curiosos puedan subir a ella, mediante unas carretillas monedas... Los misantropos de la Sociedad Astronómica de Francia fueron los primeros en utilizarla para sus experimentos. Para construirla, se utilizaron siete mil toneladas de hierro, o sean siete millones de kilogramos. Sin embargo, teñas en cuenta que es una maravilla de ligereza, y que el más leve trazo de hierro, gracias a su habilidad de adaptación, prueba grandes cantidades de aquel material.

Tan pronto estuvo construida la torre, Mr. Eiffel la puso a disposición de los sabios que deseaban utilizarla para sus estu...
como en las habitaciones de piedra, o de madera, los habitan
tes resultan maltratados por el rayo, por el contrario, los
inquilinos de la torre, sus empleados, no sufrieron nunca
menor trastorno.

Los aeronautas y los aviador
es eligieron la Torre Eiffel
como pase de visaje. Alrede
dor de ella, en 1919, voló San
tos Dumont en su minúsculo dirigible, salido de Saint-Cloud,
ado vélo sin incidentes.
En su dirección salió el conde
de Lambert, desde el campo de
Juvigny, en una fecha memo
cable para la aviación. Desde
el progreso de los, es la torre
para los aeronaves una de las
indicaciones más precisas.
Desde su asiento, más de un
piloto se ha complacido en fotografiarla.

Esta torre descubrió los vuelos de Santos
Dumont. Desde entonces, no ha habido
experiencia aérea que no se desarrollara
á su vista. Camino de la gloria, rozaron
con sus alas la mole de hierro los aparatos
de Bleriot, Farman, Caud, Vedwue y
Pegoud.
El mayor orgullo para un avióner es el
de verse con su aparato volando junto á la
magnitud de la Torre. No
obstante los indudables servicios que
presta á la ciencia, hace algunos años circu
flaron siniestros rumores... Decíase que la
torre iba á desaparecer. Pero la salvó la tele
grafía sin hilos. En efecto, fué una sorpresa

emocionante para el público, al
saber que la electricidad permi
tía, sin ningún conductor, la transmisión de señales á
distancias considerables. Los
físicos no fueron los únicos en
sorprendirse. Ampere, Masón, Henry, de la Rive y
otros, habían buscado la in
ducción Faraday, con mayor
fortuna, la obtuvo hace tres cuartos de siglo. Desde enton
ces pudieron transmitirse,
de un circuito á otro, las:

situadas producidas por las va
riaciones de una corriente
electrica. Pero, para una tele
grafía práctica, faltaba au
mentar inmensamente sus
efectos, ciertamente las ondas,
sujetadas por medio de
aparatos ultra-sensibles.

El entonces capitán Ferré
proponía utilizar la torre para soporte de
las antenas de la nueva instalación, ya
perfeccionada por sucesivos descubrimientos. Mr. Eiffel no sólo acogió,
sino que se encargó personalmente de
todos los gastos de la instalación. Al
principio, los dispositivos fueron modestos,
sin comparación con los potentes aparatos
Marconi. Pero la fama volante en llegar,
la tamiz en la investigación, la inge
niosidad en el estudio de los detalles, y
sobre todo la altura de la antena, permitie
ron sostenir valientemente la comparación
con las estaciones más renombradas.

Sus primeros resultados fueron los de trans
mitir á la escuadra francesa, que navegaba
junto á las costas de Marruecos bajo el man
do del almirante Philibert, indicaciones pre
cisas, estableciendo una relación diaria entre
la flota y el gobierno de la Repúbli
c. Las aplicaciones no han cesado de modi
ficarse. La antena, única en el mundo, sosten
inmensamente la potencia de una instalaci
ón todavía modesta. Sus señales llegan
hasta 6,500 kilómetros; son sus límites or
dinario los costas americanas, el Sudán y
el Ural. Puesto llegarán más lejos, gracias á
órganos de mayor potencia. El servicio está
completamente organizado en tres clases de
señales: los telegramas oficiales, la señal de
la hora, y los despachos
teological. Los primeros van dirigido
con los ejércitos y á las
cadados alejadas de Francia, y á
los gobernadores de las
colónias que ningún cable ata
con las costas francesas.
Fue la Torre Eiffel la pri
mera en recibir, simultáneamente, la noticia de la toma de Ain
Galahá por las tropas fran
cesas, mandadas por el coro
nel Larguey.
Mucho tiempo se estuvo
preguntando la gente: ¿ Para
qué sirve la Torre Eiffel?
Hela aquí hoy convertida
en el centro radio-telegfógrafo
del mundo.
En cuanto á los segundos,
cada día, á las 10:45 y á las
En el 17 de Octubre de 1888, se llega al segundo piso.

En 2 de Febrero de 1888, quedó montado el tercer piso.

En 26 de Diciembre de 1888, se alcanza el piso intermedio.

En 21 de Marzo de 1889, se termina la construcción de la torre.

La Torre Eiffel.

Durante la tempestad que descargó sobre París, en 3 de Junio de 1889, se obtuvo esta fotografía a los nueve y media de la noche. En el viento, prendiendo directamente en los aparatos instalados en la cumbre de la torre del Atlántico y toda su circunscriptión.

Para obtener estos detalles, nos distinguió el domicilio del sabio ingeniero, constructor de la torre, que ha immortalizado su nombre y su fama a tan justo mérito.

Mr. Eiffel habitó un antaño palacio en la calle de Rabelais. El venerable anciano recibió al eavido de Mundial con atenta cordialidad...
La Torre Eiffel, fotografiada a través de un dirigible.

La Torre Eiffel, fotografiada a través de un dirigible.

EL TEATRO

POR E. GOMEZ-CARRILLO

Y Ricardo J. CATARINEU

Un éxito triunfal de Henri Lavedan. — Una obra admirable de Flers y de Calvayt. — Henri de Rothschild, autor dramático.

El éxito no sólo del mes sino de la temporada, el único éxito sublime, extraordi nan te, es el de "Petard", la comedia de Henri Lavedan. Tratándose de un autor como éste, admirado por el público desde hace varios años, nada de extraño tiene un triunfo. Si no es más. Pero es que no se trata de éste sino de uno de los más grandes, del más grande, uno de los triunfos de este drama. Afirmamos que han dicho: "Es su obra maestra", y el público parece pensar lo mismo. Yo, sin embargo, recordando "Pírate", y recordando también el "Napoleón", no me atrevo a criticar tal juicio. No, en verdad: "Pétard" no es superior a todas las obras de Lavedan. Es una de tantas, una hermana digna de la familia, eso es todo. Sólo que eso es mucho, nar para el momento.

¿Qué se propone el gran lí tero al escribir "Pétard"? ¿Hacer una sátira contra los "parvulos"? ¿Demoler lo poco que, en el fondo, puede el dinero?... ¡Un nuevo testimonio!... ¿Sólo el amor es omnipotente?... Tal vez todo esto, tal vez nada de esto. Cuando hemos visto, durante el primer acto, al millonario Pétard comprando el castillo de una noble familia arruinada, y hacerle a su hija, la que quería, todo lo que se nos ofreció, que vamos a asistir a la apoteosis grotesca de uno de esos señores feudales del comercio, que nos ofrece, se procuran todas las excusas que am bis.... Mas apenas comienza el segundo acto, comprendemos que hay, en la pieza, alguna más fuerte que el protagonista. Este alguien es la prima del propietario del castillo, una muchacha aristocrática, aliva, hábil y hermosa.

¿Te lo digo...? — La dice Pétard, muy serio. — Está bien. — Responde ella, riendo. — En el tercer acto, el millonario, que crecía en la pieza, puede resistirse a una fortuna, pones a los pies
de la que le despedía su castillo. Ella lo rechazó. Ella ama a un poeta. Entonces, gnomos por primera vez en su vida, Petard regaló el castillo para un hospital.

Así analizada, la obra de Lavelancier pierde todos sus intereses teatrales, bien lo sé. Pero, ¿cómo referir de un modo claro una intriga, en la cual cada detalle tiene su importancia? Hay obras que se pelean a los restos con otros autores. Hay otras que, contadas, casi no se revaloren, a sí mismas. Petard es de estas últimas. Pulpitas en ella tantas delicadezas, tantas sorpresas, tantos papeles, que no uno sino cuatro cuadros para darle el de nuestra

Una obra sobre la cual se ha discutido mucho, es Le Destin es maître, de Paul Hervieux. Pero como esta comedia se escribió en Madrid antes de que en París, no creo que él al mi a quien me corresponde hablar de ella, sobre todo cuando ya la he hecho mi amigo Galarines. No sé que decir, y eso sólo con objeto de hacer ver la importancia que la crítica francesa comienza a dar a los teatros españoles, en clarar algunas líneas de un artículo en que Henri Bainon, el célebre folletínista del Journal des Débats, compara la interpretación del Destino maître, en París y en Madrid.

Nadie ignora que la troupe que en París representa la comedia de Paul Hervieux, está compuesta por actores de la escena francesa. Quién, en efecto, es mejor que el magnífico que Petard y Marthe Brandés? ¿Dónde puede encontrarse un lucido más característico de los actores franceses, y la relativa trascendencia de los actores franceses?

La traducción de Benavente —dice el redactor del Journal des Débats— no ha sido más cómico que el estilo de Hervieux, más acentuado en ciertos pasajes, y llevada a ese tono natural de la conversación que no se encuentra en el original.

Así, pues, Benavente, no contento con traducir, ha querido salvar la obra de su sequedad, de su rigidez desagradable, de su falta de gracia, de su excesivo. Cuando se tiene un alma de artista, hasta insensiblemente se hace labor de arte.

Los lectores de Mundial saben cuan poca admisión me causan, en general, las obras de Flers y Calvat. Una tras otra he analizado en el transcurs de los últimos años las mejores producciones de estos principios de París, y en todas ellas he encontrado una frivolidad sin gracia y una gracia sin elegancia que han hecho siempre, y que ha hecho, no han impuesto.

Recuerdo esto al hablar del estreno de Monsieur Brotoneau, porque sé que así mis elogios coebra rán una importancia mayor, y mis palabras serán tomadas no cual vagas fórmulas de cortesía, sino como la expresión de una sinceridad más drástica. Y estos elogios y estas palabras hablan de una admirable, deliciosa, encantadora, emocionante, profunda.

¿Es extraña este cambio abrupto?

Más me extrañó a mí, la noche del posterior estreno de la Porte Saint-Martin, cuando ante los escénicos más corrientes de Flers y Calvat, que en nada se parecen a sus autores de Miquet y sa mère, ni a los de Primeiro, ni a los de Le Roi. No, en efecto, eranpicandor, es una de las escenas más importantes y mágicas de la obra, y una de las más coreográficas de la obra. Todo lo que hasta hoy había sido un mero trueno en el escenario de Monsieur Brotoneau.

Mr. Le Barge y Mlle. Brandés en Le Destin es maître.

Monsieur Brotoneau se instaló en una casa vecina de la suya y le asegura la existencia. En el acto, la malcriada comienza a acuciar de bajar. Sus jefes venden malos ojos. Sus subalternos hablan de él sin respeto. Y tanto hacen todos, que al fin monsieur Brotoneau renuncia a su idilio, renunciar a su libertad, a su independencia, a su libertad.


Mr. Le Barge y Mlle. Brandés en Le Destin es maître.

Monsieur Brotoneau tiene derecho a estar contento. La obra es una auténtica obra maestra, una obra maestra que hace valer el nombre de Benavente.

Ah! si me olvidaba decir lo que Monsieur
EL TEATRO EN ESPAÑA, por Ricardo J. Catarineu.


Atendiendo más a la categoría del mérito que a los códigos cronológicos de estamos en Madrid, principalmente este artículo hablado de Alceste la bella tragedia de Eurípides, estrenada recientemente en el teatro de la Princesa, y reformada por Don Benito Pérez Galdós.

Claro que las reformas hechas en el texto griego por el ilustre autor de Notas Perdidas, no alcanzan sino a sus partes anecdóticas. En lo fundamental, el drama sigue el bosquejo de Eurípides. Don Benito Pérez Galdós, en su adaptación, presenta dos temas fundamentales: la esencia del alma al explicar la naturaleza del alma, y la esencia del alma al explicar la naturaleza de la vida.

En el drama, todos ellos son diferentes y hermosos, todos contrastados con otros pensamientos, henchidos de pasión exaltada y noble, hay, a mi entender, dos momentos de una emoción máxima: la escena de Admeto con sus ancianos padres, cuando ellos avienen de sus horas postreras de vida, y en el momento más dramático, cuando Admeto se declara a su amada que la vida es un regalo precioso.

Claro que cuando uno se llama Hércules de Eurípides, el drama de Amadón se convierte en un drama de Hércules.

En todo caso, monseñor Henri de Rothschild ha tenido el gusto de no darle gran importancia, ni a su victoria ni a su derrota. A los "reporteros" que van hacia él en busca de confidencias, les dice...

...Trabajo por diversión, y me preocupa poco lo que el público piensa de mi labor.

Claro que cuando uno se llama Henri de Rothschild, de la casa Rothschild hermanos, banqueros de París, Francfort, Viena y Londres, censado de contar sus millones, se ha dedicado desde hace algunos años, a contar historias pasionales. Una de sus obras, La Relajación, tuvo éxito. Otra, la que yo no... ¡Por qué, puesto que, realmente, entre la primera y la segunda no existía diferencia alguna!... Jéstovalo, sólo lo...
do nuestras preferencias literarias, que van por otros caminos.

Hasta dar sus ideas ligeras, como las del bien público, porque se comprendía que el por qué no podía entusiasmar a nadie de un mediano gusto artístico. Valéntase de una abigarrada, y parece un cerro de los más típicos catálogos oficiales en el despacho del Presidente de los Consejos de Ministros, al que sorprende ahora como una sorpresa. El cerro está con los cuentos de magia, estación política, y se sale, naturalmente, muy satisfactorio y feliz. Pero en el acto se une, al encuentro del por qué de la protección del Presidente, y aun sabiendo que ningún secreto indigno tiene que guardar, porque aquella señora es una virtud irreflexible y sólo elaborada por sorpresa y a traición, renuncia a su brillante posición oficial, y solicita, para no morirse en la mina, una modestísima plaza de sus ninfas reales, con descrupio.

La señora Paradel y los señores Isbert y Téba, fueron calurosamente aplaudidos.

Cabezota loba titulan los señores Insa y Hernández-Casa, una comedia en tres actos que han estrenado recientemente en el teatro Español. Los encantadores de En el amor no han logrado la misma buena suerte con Cabezota loba.

El primer acto es alegórico. Aquel personaje de señoras encadenado en Sisla, donde abundan muchos tipos de mujer admirablemente observados, causa, con gracia y excelencia, impresión en el ánimo del público. Es cierto que recuerda demasiado las páginas de Zafra en el escenario, la novela de Wily, pero esta coincidencia no basta a desvirtuar el indudable valor artístico del primer acto, de la nueva comedia de Insa y Casa.

Por desdicha, en las siguientes jornadas de Cabezota loba, el interés y la emoción que se preparaban en un laberinto de absurdos y de literatura, Cabezota loba, que se compara con la expresión de un hombre encadenado, al que visita en su propia casa, como ofrece dinero y proponle la fuga en común, se pierde en minutos después, desviándose a la mujer de este hombre, y renuncia a él para toda la vida, desorientándose el corazón.

A mi juicio, el fracaso de Cabezota loba no debe a falta de audacia en sus autores. A tales escenas debe llegar, con una firme resolución de no apartarse de lo real y de lo humano, aunque la austera moral al uso se alarce un poco. Pero los autores de En el amor no han pensado en el público, y así, con una admirable muchachita de carne y hueso, lleno el mundo del alma de papeles de ilusión, han terminado haciendo un pedazo de trigo, sin esperanzas y sin voluntad, para que el público no viese demasiado latente aquella alma de mujerita enamorada de aventuras sumisas, y de imposibles de amor y de pasión.

Nieves Sánchez hizo cuanto leitamente pudo para salvar la comedia. Pero el auditorio, ante tales violentaciones, ante tales temblores y desdibujos, adoptó francamente una desdibujada actitud de indiferencia.

Miguel de San Román ha estrenado en el mismo teatro Español su obra en un acto, El bulito, premiada por el Ayuntamiento en el concurso de comedias.

El bulito es un cuento entremés y castizo, que entronca con la tradición de nuestras costumbres picaronesas. Se ha dicho, con verdad, que recuerda El pensador de Rojas. Pero no es este sólo lo que recuerda. En muchas páginas muy elocuentes, de nuestras gloriosos autores picaroneses, se alegan los proyectos de encien- tes de El bulito, Tristán, como se colige en el balcón o en el balcón del legado, camino de todos los caminos y pasapal de todos los mesones, hazmerreir de los ingenuos villanos conge- gados en coro en las plazas problemáticas, con la casa recta y alemana, recitador de romances pintorescos y de chistosos entre- meces, enamorado perezoso del libro andaluz y del vivir libre, de la aventura y del eremudaje.

Sancho sucio ganó partido del clásico bulito, y el público premió su labor con largos y merecidos aplausos.

Miguel de San Román, gran conocedor de la literatura de nuestro siglo de oro, aunque no excesivamente oraculante, por bien nuevo, muestra la en su primera tentativa como una esperanza para el arte dramático.

Siempre ha de sernos simpático, a lo meno- mos, por este reverente amor que ha mostrado en El bulito hacia nuestras letras clásicas, y hacia nuestra castiza tradición gloriosa.
LA INTERINA
Novela original de CRISTOBAL. DE CASTRO
Escrita expresamente para MUNDIAL
Ilustraciones de BASTE.

(Continuación.)

— ¡Oh! perezosa, buenos días, ¿qué tal esa aritmética?

— Regular.

— ¿Y la geografía?

— Así, así...

— ¡Nada más que así, así! ¿Sea todo por Dios y por las cabecitas de pájaros...? Y Leré ¿continúa en siete cuentos? Esta niña se nos está echando a perder. Yo no sé qué le pasa. Antes se desvivía por estudias. Pero ahora no, se esconden usted en disimulado. Es intímulo. Me la sé de memoria. ¡Sencillo! Todo esto es que ha cumplido ya los quince años. Pero yo le aseguro a usted...

— Pero, doña Sofía, por Dios...

— ¿Doña Sofía? ¿Es que quiere usted hacerme más vieja de lo que soy? No sabe usted que doña Sofía a de que no... Nada de Carmen. Carmen... Carmen está a secas, es mejor.

— Bueno, pues Sofía. Lo que yo digo es que Leré...

— ¿Qué me va usted a decir, hijita? Leré, desde que ha creído una mujer hecha y derecha, está inmutable. Nueve años, día por día, lleva de institutriz en esta casa.

Cuando Leré tenía seis años y era un comino, la tomé por mi cuenta, y en poco tiempo daba gloria. Nueve años, ya le digo a usted. Apuntado a cuidarse, a vestirse, a elegir trajes, a saldar, a mantener una conversación, y sobre todo a ser discreta. Luego, como ella es lista, porque no se puede negar que es lista, fácil, cultivando su ágil entendimiento; de manera que, a los doce años, leía y hablaba divinamente el italiano, el francés y el inglés, conocía a los maestros clásicos, modernos de arte y de literatura, interpretaba al piano sonatas de Beethoven, fugas de Bach, nocturnos de Chopin, y estudios de Liszt y de Mendelssohn... en fin, que era una joya; le digo a usted que era una joya.

— Entonces — de estar hablando los tres años — su tío de usted, don César, me consultó sobre viajes. Yo, naturalmente, hable de Italia. Pero no de simples turistas — ya sabe usted el horror que me da el turismo — sino de viajeros observa- dores. Nada de itinerarios, según la agencia Cook y el Goethe, para participar la Semana Santa en Roma, o las fiestas de San Genaro en Nápoles. Visitas del entendimiento del espíritu: Siena, Florencia, Pisa, Verona. Naturalmente, que también Roma y Nápoles y Florencia y Milán. Pero antes, ya le digo a usted, un itinerario personal, autónomo: el itinerario de la melancolía. Le digo como le llamo yo. Bueno. Pues — y es que usted cree que mientras estuviésemos en Italia, creo que tres meses, y luego, mientras recorriésemos el Tirol, la Suiza alemana, ¿qué se va, si audívamos de esto donde está cerca de año y medio — Leré no dijó jamás señales de vanidad, ni de amor propio, ni de amor de ninguna clase? En cambio, ahora...

— ¡Ahora! Pues lo que es yo, la verdad, no me he dado cuenta...

— ¡Uy, uy, uy! Porque usted, hijita, es una ingenua, todo curiosidad. — Y cambiando de tema, con gesto y voz confidencial, dijo al odio de Sofía —: ¿Quiere usted que le diga una cosa? Leré está insospechada. Leré está en un orgulloso del demonio... ¡Sencillo!

Ya se sabe. En nombrando al ruin de Roma, luego añadí a Leré, con el «joven» y la raqueta, apareció lúgubre y fina, como la silueta de un cromo inglés.

— Allí? De manera que ¿secreto? — Y muy bien — Y muy bien — Doña Sofía, diplomática, le salió al en- cuentro:

— Secretos, sí, justamente. Secretos. Después de todo, no hacen más que corresponder. No dije nada. No dije nada. Y nosotros tenemos nuestros. ¡Sencillamente!

— añadió, con un mohín de jeque.

— ¿No tienes secretos? — dijo Leré, riendo falsamente...

— ¿Y qué secretos tengo yo, vamos a ver?

— Tomá, toma... Si lo supiéramos, no serían secretos.

— Entonces... ¿a qué viene...

— Mira, hijita — exclamó la institutriz, un poco nerviosa — más vale que nos limitemos a dar la lección.

— No, lección no doy hoy. No puedo. Me esparcen en el «tens». Lo siento, pero tengo que irme en seguida.

Había una pausa melodiosa. Doña Sofía, pintoreando con el pinc en los azulejos, tarareaba el «O Marí»; y Leré, muy serena, prosiguió, procurando disimular, repasando los diarios financieros de las happily encima del piano. Y Sofía, los ojos interrogantes, miraba ya a una ya a otra, moviendo la cabeza como quien dice: — ¡Qué pare de contarse!

— A mi... doña Sofía rompió el silencio: — De modo que te esperan en el «tens»... Si.

— ¿ undergo, es lástima. Hoy trae unas cosas interesantes, muy interesantes. ¿ Te acuerdas que leemos el otro día la prensa de la señorita Paukerts? Pues ya está en libertad...

— ¿Ah, sí?

— Como lo oyes. La campesina del suagra- so está libre. — Y cuidado que es de esos hermosos y admirable! ¿Qué carácter! ¿Qué fuerza de voluntad! ¿Qué testimonio más entero de lo que puede una mujer cuando dice...: ALLÁ VAYO! La encierran por la fuerza bruta; la tienen incomunicada con todo el mundo... ocho encima de ella todo el barroco peso de las leyes masculinas... Pues ella, como si tal cosa... ¿Qué creéis que hace? ¿No comer. No comer. No comer... ¡Sencillamente!

— Es admirable — comentó con frialdad.

— Leré...

— Es un ejemplo y nada más — arguyó sentenciosa doña Sofía.

— Pues yo... dijo Sofía enardecidamente.

— Leré... — repitió beneficamente. Lo más grande que hay en el mundo es la fuerza de voluntad. Porque cuando una volun-
Pues no faltaba men ¿exclamaba Leré, indignada.
— ¿Te indignas porque te supongan en una jerga? Pues más deberías de indignarte al saber que está allí tu novio.
— ¿Qué novio?
— El tuyo. ¿Caí va a ser?
— El mío.
— El tuyo. Sí, Rafaelito Almenas.
— ¿Que Rafaelito ha estado de jerga?
— Lo ves? Lo ves como es verdad, que es tu novio?
— Rafaelito Almenas jugueta. Fitría se quedó tan asombrada, como si hubiera oído decir que había sorprendido al Papa robando. No conocía a Rafaelito más que de oídas; pero tanto y tanto se le pendería en aquella casa, tantas veces había oído a todos el carácter grave y austero del joven y ya célebre abogado, que se quedó la pobre de una pieza, ¿Qué atrocidad!
— Rafaelito Almenas jugueta! Leré, disimulando, procuró echartá a la institutriz.
— Bueno, pero ¿es posible que usted crea esas paparruchas? Usted que me conoce mejor que nadie, ¿cómo puede creer, de verdad, que yo sea la nova de novios? Que lo crean los demás, pase, pero usted... Vamos...
— Yo lo creo, no lo dejo de creer. Comprendemos que no... ¡Bravamente!
— Y regocijándose el muchach en un torcer de boca y en un guiñar de ojos, que eran al par desden y esperanza, doña Sofía se volvió a Fitría:
— Bien, hija, bien. Puesto que Leré tiene que irse, nosotras daremos lección. Digo, a no ser que usted también tenga que irse— añadió con su risa.
— Yo tengo que irme, pero no me voy. Mientras usted no se convenga, no me voy— exclamó Leré risueña. —Se tiene usted que convencer de que eso de Rafaelito Almenas no es una paparrucha. Una solemne paparrucha. Rafaelito no es más que un buen amigo de casa. Yo, demasiado lo sabe usted, no soy una de esas niñas tontas que todo lo applaudan al novio. Seré tonta para otras cosas, y como lo es para eso... Digo!
— Pues así que soy poca esperanza! Primero, que todavía no tengo edad y luego, que cuando la tenga, ya veremos. Los novios son para las mujeres vivas.
— Y los maridos— añadió doña Sofía.
— Y los maridos, ya los he dicho Leré— apresuradamente. —Por eso, para tener novio, hay que ser de un modo especial. Yo no sé de otra manera. Quiero ser como soy, y no como se le antoje a los demás.

— Así he creído que eran siempre— opinó ya contenta la institutriz. —Nueve años de enseñar y de dirigir, creo yo que me dan algún derecho a que me sigas escuchando.
— Pues no que no— decía Leré, viendo que la tormenta se alejaba. — ¿Creo usted que puedo yo aliviar todo eso? Siempre me acostumbro del lema: "Hasta ti misma.
— La mujer que no pueda bastarse a sí misma no es mujer, sino una pobre desgraciada. Si se da con un hombre inteligente, delicado, fino, capaz de comprender estas cosas, bien. Si no, cada uno en su casa y Dios en la de todos. Vamos a ver; ¿es esto o no es esto?
— Continuaron todavía como una media hora en tan pueril y enamorada plática. Leré, con la preocupación de quitar esos recelos a la institutriz, y la institutriz, vencida y desarmada, oyendo las firmes sentencias de Leré.

Entre tanto, Fitría, impresionada por la brusa revelación, procuraba explicarse a Rafaelito Almenas jugueta. Bueno será decir que la muchacha, acostrumbrada a oír hablar de él como de algo extraordinario y ejemplar, descubrió de otra suerte de preocupaciones que las de su pobre hijo. Infinito, se había formado en sus mentes cierto mundo sentimental y amable, el cual volvía á ser Rafaelito como el centro y ejes. Así es que, en los desayunos de esa brava joven, trataban de enseñanzas y por el témulo, en las bocas que ella llamaba sus "vacaciones", Fitría descansaba y se recreaba en la meditación sobre Rafael. Se instauró la empatía hacia aquel muchacho que, en plena mocedad y por su solo esfuerzo, había prestado un gran servicio a la nación y a los hombres. Ella, como él, estaba á merced de los hombres y de la sociedad; y en la recia victoria de aquel muchacho, veía su espiritu y su esperanza. Así, su perspectiva natural, aflada como un panal moloso contra el esfuerzo de su infinidad, defenían á comparar diferencias y analogías de hombre á mujer. Sus azares de reclamación no podían admitir que la mujer fuese en nada inferior al hombre. Tenía pena y ansia por comprobarlo. Y cuando aparecía la institutriz con su consoladora doctrina igualitaria, sus arremetidos testimonios y la rúbrica algo punal de sus molotes, Fitría se impresionó de su apostolado como de un ángel taladrado.

Ya no dudó un instante. Era cierto que el hombre como la mujer, representaban circunstancias y accidentes. Y en la mujer, como en el hombre, la derrota ó el triunfo no estaban vinculados en el sexo, sino en algo muy superior, completamente asexual: la voluntad. Nada significaban, pues, los masculinos ó los femeninos, términos, por lo fortuitos, vanos y pobres; voluntad ó no voluntad eran, por lo preciso y lo sólido, los fundamentos únicos del triunfo ó del venimiento.
Haciendo ya triunfado Rafaelito no más que por la voluntad, ella, que se encontraba en circunstancias semejantes, triunfaba por voluntad también. De esta manera, que su inteligencia núbil se representaba confusamente. Fruto fue que a aquellos a quien no había visto, las secretas intimidades de sus simpatías y de su horoscopo. Lo que había sido de él era de ella, que era un otro él, del sexo contrario, pero nada más. Su situación de huérfana protegida, aunque con aparejadores honorables en el régimen interior, no tenía belleza, ni exterior. Lo trataban, en el comer y en el vestir, como otra hija; pero en las relaciones de amistad, visitas, tertulias, pasos y hasta visitas, ni César ni mucho menos Julián contaban con Fifita para nada. De esta manera, la muchacha desconocía a todo el mundo, y de su institutriz, de la doncella y del viejo cuarto Ramón, ignoraba las relaciones de sus hijos, así cuando por su edad era una muchacha todavía, sus sultanes procedentes de mujer sentían el descrédito y la humillación de aquella «capitán disminuido». Y muchas veces, cuando César, Julián y Lerue, vestidos para visitas o para el teatro, venían a decir adiós, Fifita, simulando infantilidad, les besaba con aire ingenuo; pero luego, al quedarse sola, se encerraba en su cuarto y lloraba a lágrimas viva.

Lo que más le desesperaba, era que no podía chislar ni resollar. Porque después de todo, ni su situación subalterna, ni su edad más subalterna aún. le daban el menor derecho a quejarse. Antes por el contrario, tenía que mostrarse agradecida, ya que todo lo que le daban, se lo daban graciosamente, sin la menor obligación.

En esta y otras lamentaciones reflexiones le sorprendió la voz risueña de Lerue, que tras haber mafiosamente convencido a la institutriz, se deshacía para el «terrenal».

— Bueno, Fifita, yo no veo. Has estado tan pensativa y ensimismada, que no te has enterado de el que ya he dado mi lección. — ¿Verdad que he dado mi lección? — decía tan contenta, guiñándole a doña Sofia picarecamente.

— Lección, lección... Un repaso. Pero, en fin, por hoy es bastante — agregaba la institutriz susurrando, como quien se quita un peso de encima. — Bueno, hija, que te divertías mucho, y hasta mañana. Ahora emparejamos nosotros...

Salía triunfal Lerue, y más triunfaba aún quedó, ya sin recelo, la institutriz.

— A Dios — decía palpitando.

— La oveja descarrilada vuelve al rebaño. Me he convencido de que no hay tal cosa. Ni Rafaelito Almenas es su novio, ni quien tal vio. — ¿Digo! — Si no ando lista — Si no se me ocurre la diablura de colmillos a Rafaelito! — ¡Ah! Pero entonces — insinuó Fifita conturbada.

— ¡Naturalmente! — Ni Rafaelito ha sido de juega, ni... Bueno es el pobre. Pero... — — ¿Por qué hija, aquí lo que te falta es el mal menor. Malo es colmillos a Rafaelito. Pero peor hubiera sido que, por no colmillos, Lerue hubiera caído en el abismo de un enemigo mortal. Yo tengo mi confianza muy tranquila. Después de todo, la colmillos queda entre nosotros.

Disimuló Fifita su perturbación, mejor dicho, su indignación por la absurda farisea, no sin que la opinión en que tenía a la institutriz se ustumara hasta el quebranto. Su recién formada condición moral trazaba tan ruidos procedimientos. Y su adúlteración por el colmillos Rafaelito creció, furtivamente, en su intimidad, como un rosal en las umbrales.

Después de la lección, donde la institutriz una vez más confirmó la indignidad de un colmillos de Fifita, despidióse doña Sofia, diciendo que se iba a dormir la siesta, y aconsejando a la gentil davida de que persiguiése en tan brillantes disensiones.

Quedó, pues, la muchacha sola y como de costumbre encorvada en su habitación hasta la hora del almuerzo. En esta no se mostraba de su posesión. Oía en el retiro de su cuarto, pensando Fifita meditando, cuando oyó a la doncella golpear desordenadamente con los muelos.


— ¿Qué será? — Es la doncella. — — Que si el señorito Rafael está en esta habitación? — — Ahí va — — exclamó Fifita, dominando su agitación. — El señorito Rafael, ¿a mí? — — Sí, señorita. Dice que es una cosa urgente. Y como no están en casa ninguno de los señoritos, me ha dicho que lo anuncie a usted.

Bueno — añadió haciendo un mohín. — Dígale que en seguida voy.

Cuando sintió que la doncella se alejaba, advirtió que no se podía tener en pie y hubo de dejarse caer en el suelo. — Entre a hablar con Rafaelito Almenas! — Sabe nadie lo que esto quería decir, la cantidad emocional que aquel nombre significaba para Fifita. Como en todos sus grados trances, acadé su carácter, a su voluntad. Habla que estar serena, indiferente, frivola. Ni él ni nadie tenían por qué saberlo. Y como si un resorte la impulsara, se puso en pie, anómala, serenamente, caminando al tomarse el pulso que era de alguien de la casa.

Luego, avanzó unos pasos magnificamente. Cuando se acercó, estaba ante el espejo. Y al verse en él el cristal, sintió el primer rubor de su belleza, la acusación de su luto modesto y de sus ojos tristes. ¿Y el! ¿Cómo sería él? ¿Cuál era él? Separado, elegante, distinguido?

Súbitamente, se indignó consigo mismo. ¿Por qué sentir rubor de su modestia? ¿Para qué atormentarse si es cristal de lo que le atormentan los demás? ¿Qué dignidad fue la suya, así que flaqueaba ante un espejo? ¿Qué voluntad aquella, alcance al rumor de un nombre? Exaltada, altivamente, se alzó, en el espejo, en medio de su imagen fantasía. Y con frenesi de sorberías se pondera a sí misma, se amó a sí misma, se corona a sí misma. Hubo entonces un solitario narcisismo, de un narcisismo armonioso y elegante. Se miraba al espejo, definándose: — Princesita encantadora! — me pensando a mí mismo. Como Cenicienta, las manos blancas, como Pugilla, las ojos tristes, como la princesa del rey momo. Luego, al fin, se sonrojó. Y luego, al fin, se corona: se pasó la boza de los polvos, sonriendo.

Cuando, turbada y trémula, «tutti tromante», como en el verso más humano y más divino, apareció a la puerta del salón, apenas distinguía un chorro de muchacho elegante y fino, y un bigotazo negro incipiente. Luego las manos de él, suaves y conocidas. Luego, su voz más conocida, casi llovosa.

— Estel perdonará. Pero es una infamia... Se que usted, aunque niño, tiene alma de mujer, talento de mujer... — Sobre todo, carácter de mujer... — A ella le entraron ganas de decirle en su presentación: — No señor, yo no soy una mujer, soy un pobre hacendado, que vivo en esta casa a mis gastos. Lo perdonó, pero no lo dijo, porque no se le escapaba, se mordió con saña los labios.

Lerue me ha despertado... — dijo Rafaelito escandalosamente —. He sentado su instauración... — Como sé que no es a escribir, no a hablar, ni a ver, he pensado en usted, que
es buena. Todo esto parecerá muy raro, pero estoy seguro que usted lo comprende todito. ¡Verdad que sí! ¡Verdad que sí!

Fifieta respondió que sí con la cabeza, por responder algo, de algún modo. Tal era su emoción, y tan profunda, que ni fuerzas tenía para hablar.

—Ya va usted —declamó Rafalcito. —Si se trata de algún hombre, ya veremos! ¡Pero de una mujer! ¿De una niña? ¡Qué voy a hacer? ¿A quién le pido cuentas? —Pensaba fastidiado y excitado. —Recibí la carta, viene, no estaban ni ella ni sus padres, y acudió a usted. Con qué aire tenía que deshacer... ¿Verdad? ¡Veas usted como esto!

Vea usted si esto hace con un hombre como yo! ¡Se acabó, sin decir por qué! Sin dar ni la menor explicación! ¿Le parece a usted tolerable?

Dudaba, se agitaba, se confundía y viniendo por la habitación, entre la emoción de Fifieta, que ni siquiera se atrevía a mirar, lúgubre y desfalleciente, la vista en el sueño, recostada sobre las teclas del piano, en una especie de somnolencia.

—¿Qué opinas usted que debo hacer? Porque lo que me indigna, más es la falta de seriedad, la chiquillada. Por supuesto, que yo me tengo la culpa. No me mataré, ni me acometeré a tratar con una niña inofensiva como Leér. ¡Usted no me conocía! ¡Claro! Pero si usted supiera lo que he pasado en este mundo.

Fifieta se rebeó. Fifieta, como por resorte, rompió a hablar. Lo conocía. ¡Vaya si lo conocía! Precisamente, lo que había hablado de la historia de sus luchas, la riqueza de su carácter, y sobre todas estas cosas, su energía, su voluntad, le habían hecho simpático, sin habérselo nunca.

Ella estaba también en circunstancias parecidas, y sabía de humillaciones como el que más. Entonces, co por lo, le contó sus congojas, sus tristezas, su soledad, el secreto de sus inquietudes, la intensidad de sus agraviros. Como el poeta que se encarce con la espada, Fifieta, hastiándose de sus infortunios, hablaba, hablaba, hablaba, como una interminable, consoladora confesión.

—Cada vez que decían que usted, de niño, y pobre, había llegado a hombre prestigioso y celebrado, más por su fuerza de voluntad, yo pensaba en tomarle a usted como ejemplo.

—Eso es lo que debes hacer, dijo Fifieta. —Es lo que debes hacer. —Sí, dijo. —Pero, ¿no lo haces, Fifieta? —¿No actúas como a un criado? —¡No, ni estoy! —Y el arrogante instintivo, con su blusa clara y sus impertinentes, valiéndose por el rostro de un niño, se demoró un instante.

—¿Qué dice usted? —saltó doña Sofía indignada.

—¿Qué quiere usted que diga? Que estaría usted con el "desabillado", para estar más fresca y más cómoda...

—¡Si que con él! —suscitó Fifieta, con un dolorosa, aunque por dentro entretenida, acometiendo el viejo Ramón sus doncellas, y librea.

—Ya va usted, señorita Carmen. Uno... ¿Qué va a hacer? Mas que no está en uno.

—Pero, bueno; ¿qué ha sucedido? —preguntó Fifieta.

—¿Qué ha de suceder? —Preguntó el viejo.

—¿No está usted oyendo que me echan?

—A usted, doña Sofía.

—A mí, doña Sofía, ¿como usted dice? —preguntó Fifieta.

—Recuerda usted que, cuando acabamos la lección, me despedía para dormir la siesta? —Sí, síesta! No está mala siesta. No había más que llegar a casa, preparar la comida, cambiarme el vestido por un "desabillado", para estar más fresca y más cómoda...

—Sí que con él "desabillado" estaría usted pero que uue... —murmuró Ramón entre dientes.

—¿Qué hice usted? —saltó doña Sofía indignada.

—¿Qué quiere usted que diga? Que estaría usted con el "desabillado" como ya desmayar al pruchino...

—Vamos, casamón, un poco de prudencia —dijo Fifieta gravemente. —Está usted viendo de lo que se trata, y se sale con tonterías de esas. ¡Parece mentira!
—Déjalo — exclamó la institutriz, complacida en el tucido con los hilillos del viejo. — Las cosas deben tomarse como quien está en el mundo. — Eso mismo, todo lo que diga Ramón no me molesta. En cambio, lo que dicen otras personas, más obligadas por su educación y sus principios, me molesta. — Le rogó al hermano si se tole-
rrable la carta que mañana envía doña Ju-
— Sí, mi hermano, le ha enviado usted una carta.

—Entonces, ¿Cómo se lo llevo usted a la maestra, no hace caso de nada, está en vísperas de emancipación, se ha figurado yo no sé qué cosas... Y como yo he sido la única que le ha salido a paso en sus caprichos, y que le ha amonestado seriamente, ella se ha puesto frente a mí. Todo esto es de ella, de ella; estoy segura. Es de ella, porque descubrí lo que Rafaelito Ar-

Falta, que escribía entre manos, al escuchar el nombre de Rafael no pudo con-
tenerse, y se dispuso a leer. — Pero, Rafaelito no tiene nada con do

—Sí, Sefiora. — Y con el anuncio en la mano, la se dispuso a leer.

Señora dona Sofia. Valverde. Muy

—Muy cierto, Sefiora. Le resuelto que le sienna

—Sí, Sefiora. — Y con el anuncio en la mano, la se dispuso a leer.

Señora dona Sofia. Valverde. Muy

—Sí, Sefiora. Le resuelto que le sienna

—Sí, Sefiora. — Y con el anuncio en la mano, la se dispuso a leer.

Señora dona Sofia. Valverde. Muy

—Sí, Sefiora. — Y con el anuncio en la mano, la se dispuso a leer.

Señora dona Sofia. Valverde. Muy

—Sí, Sefiora. — Y con el anuncio en la mano, la se dispuso a leer.

Señora dona Sofia. Valverde. Muy

—Sí, Sefiora. — Y con el anuncio en la mano, la se dispuso a leer.

Señora dona Sofia. Valverde. Muy

—Sí, Sefiora. — Y con el anuncio en la mano, la se dispuso a leer.

Señora dona Sofia. Valverde. Muy

—Sí, Sefiora. — Y con el anuncio en la mano, la se dispuso a leer.

Señora dona Sofia. Valverde. Muy

—Sí, Sefiora. — Y con el anuncio en la mano, la se dispuso a leer.

Señora dona Sofia. Valverde. Muy

—Sí, Sefiora. — Y con el anuncio en la mano, la se dispuso a leer.

Señora dona Sofia. Valverde. Muy

—Sí, Sefiora. — Y con el anuncio en la mano, la se dispuso a leer.

Señora dona Sofia. Valverde. Muy

—Sí, Sefiora. — Y con el anuncio en la mano, la se dispuso a leer.

Señora dona Sofia. Valverde. Muy

—Sí, Sefiora. — Y con el anuncio en la mano, la se dispuso a leer.

Señora dona Sofia. Valverde. Muy

—Sí, Sefiora. — Y con el anuncio en la mano, la se dispuso a leer.

Señora dona Sofia. Valverde. Muy

—Sí, Sefiora. — Y con el anuncio en la mano, la se dispuso a leer.

Señora dona Sofia. Valverde. Muy

—Sí, Sefiora. — Y con el anuncio en la mano, la se dispuso a leer.

Señora dona Sofia. Valverde. Muy

—Sí, Sefiora. — Y con el anuncio en la mano, la se dispuso a leer.

Señora dona Sofia. Valverde. Muy

—Sí, Sefiora. — Y con el anuncio en la mano, la se dispuso a leer.

Señora dona Sofia. Valverde. Muy

—Sí, Sefiora. — Y con el anuncio en la mano, la se dispuso a leer.

Señora dona Sofia. Valverde. Muy

—Sí, Sefiora. — Y con el anuncio en la mano, la se dispuso a leer.

Señora dona Sofia. Valverde. Muy

—Sí, Sefiora. — Y con el anuncio en la mano, la se dispus...
EL PINTOR BERNALDO DE QUIROS

El notable pintor argentino don Cecilio Bernaldo de Quiros, como ya se sabe, es uno de los menos conocidos en el arte, pero no por ello menos admirado. Sus obras, llenas de color y vida, reflejan su deseo de expresar lo que ve en el mundo que lo rodea.

Entre sus obras más destacadas se destaca la serie de retratos de famosos argentinos, que han sido una de sus mayores obsesiones. En este sentido, su pintura es una forma de recordar a las figuras más influyentes de su país y de su tiempo.

Se sabe que el pintor ha trabajado con varios grandes maestros de la pintura, lo que ha contribuido a su formación artística. Su obra ha sido reconocida tanto en su país como en el extranjero, y ha recibido numerosos premios y reconocimientos.

En su vida cotidiana, Bernaldo de Quiros ha sido un hombre de muchas pasiones, desde la pintura hasta la escritura. Ha publicado varios libros de ensayos y ensayos sobre arte, en los que explica su visión del mundo y de la pintura.

No se conoce mucho sobre su formación artística, excepto que ha sido educado en una familia de artistas. Su madre, María de la Rosa, también fue una pintora destacada.

En resumen, Bernaldo de Quiros es un pintor argentino reconocido por su originalidad y su pasión por el arte. Su obra refleja su amor por la vida y su deseo de expresar lo que ve en el mundo que lo rodea.
UNA VELADA ARTÍSTICA

En el Centro Catalán de París, sito en la rue de Valois, ha tenido lugar recientemente un artístico concierto, a cargo del notable cuarteto "Renaimiento."

Se trata de cuatro artistas españoles, los señores Tchêa, Hecasson, Sánchez y Planas, que durante seis meses disfrutaron, como estimuló, de una subvención del rey don Alfonso XIII. En su excursión por Europa, cuyas principales ciudades han visitado, se dieron buenos días en París y el Centro Catalán, al homenajear a sus panales, quiso asociar a este homenaje a la colonia hispano-americana.

El embajador de España, señor Villanueva, envió al acto una brillante delegación; asistieron también el señor Coloño con su distinguida esposa, que fue equiparada con un ramo de flores por la simpática hija de nuestro particular amigo, el presidente del centro, señor Balmaseda; una representación de la Junta de la Cámara de Agricultura de España en París, delegados de las distintas fracciones de la América Latina en el mismo y los señores José Bosch, Alonso Estellés, doctor Bonet, y muchos otros que sentimos no recordar.

Hizo los honrosos de la casa, con su proverbial amabilidad, el señor Balmaseda.

El concierto fue digno de la fama con que veían procedentes los artistas catalanes. Unióse a ellos, formando un admirable quinteto, el notable pianista J. Nin.

Los aplausos no cesaron, y el Centro Catalán de París, que a este recuerdo al cuarteto "Renaimiento" de una artística palma de laurel en bronce, como recordatorio de la velada, puede estar afortunado de haber contribuido a un estímulo digno de toda clase de encomios.

---

CASA DE COMPRAS EN PARÍS
Humbert & Cía
Sombrerería y Camisería
Avenida 18 de Julio y Arapey
Montevideo
LA PREnda INdICADA PARA EL BAlLe

No os ha chocado más de una vez en algún baile, la figura desagrada que ofrecen algunos danzantes?

La belleza y la gracia de la pareja hacen resaltar la ejecución del que se ha dirigido a una fiesta de sociedad, sin las elementos prensiones que exige una correcta fima.

En esos calles va de dar el por qué se calza, cuando todo el mundo está hasta de verlo. El Zorro no se acostumbra con los girones elegantes del baile; la línea que toma en las vestidas, no une aquella esbeltez necesaria para la armonía de la forma.

Parece que falta algo, que la ropa no está en armonía con la persona que la pone.

La americana tampoco, por la sencilla razón de que no es una prenda de estilo, y por lo tanto contrasta con la elegancia de la mujer que va a bailar.

En cambio, el smoking es la prenda ideal. Lo hemos visto en algunas fiestas, y no podemos resistir a la tentación de hacer un croquis. Visto es un smoking de líneas severas y elegantes, y proporciona un efecto justo a la pareja de baile.

Así lo ha comprendido el inmortal Daudet, 12, rue Royale, al recomendarse a todos sus amantes que no pudiéranse del smoking para el baile, que se convenía con sus propios ojos, que vean la diferencia enorme que hay entre algo que no se ajusta al cuerpo, que se desprende de él, los movimientos y el smoking que se mueve impecable y se ve, en una línea.

Si una línea armónica, pero no todos los smoking los tienen. Como Daudet es el que pensó primero que

consagrado por Barbarelata a tan alto propósito. Durante su permanencia en Europa, siempre ajo el pensamiento en la forma tierra, ha realizado verbalmente por la conversación familiar, en su selección círculo de amigos hispanoamericanos, una obra de revelación y propagación de la tradición artística que por sí sola constituiría para el uno positivo merecimiento patriótico.

Reencarnación de Don Quijote y de Gyrano de Bergerac, por L. de Borga y Morey. — Mappé (Barcelona).


Paisajes sobrinentes, poesías, por ALFREDO MARTINEZ (Montevideo).

Bajo el cielo dorado, por JULIO ROBLES. — (Cádiz).

LES PARFUMERIES DE

GABILLA

6, RUE ÉDOUARD VII
8, PLACE ÉDOUARD VII
USINES
203, RUE DE PARIS

IVRY

LE RÊVE DE GABILLA
LA ROSA DE GABILLA
POLLE PASSION
TOUT LE PRINTEMPS
LES JEUbs ET LES RIS
LA VIERGE FOLLE
LE BOUQUET DE GABILLA
XANTHO-MUSCARSSELLE
LAMBERT DE GABILLA
LA VIOLETTE DE GABILLA 
Etc...

DE VERA / EN MONTEVIDEO / Al por Mayor / Roch & Capdeville, El Dólar / T. Gortelajo y Cía :
Matabotin y Cía. — EN SAN SALVADOR (Honduras) / Casa Dreyfus, May y Cía.
DE TODO UN POCO

Míximas japonesas. — En todas las escuelas primarias del Japón, los maestros recitan y aprenden de memoria a sus discípulos, los siguientes 30 mandamientos del Japón:

1. La base más sólida de toda virtud es la fidelidad al emperador: hay que considerar siempre con el mayor respeto, y servir a la patria con devoción indestructible.

2. Debe servir a tu padre como a tu corona, y regresarle siempre tu amor y fidelidad.

3. Los hermanos deben quererse mutuamente, como miembros de una misma familia, y vivir en paz y armonía.

4. Debías ayudar a tus prójimos para vencer el mal, y servir a este mismo a un extraño que a un amigo.

5. Aprender siempre a la falsedad. Es el principio de toda ciencia.

6. Estudiando el pasado, conocemos el presente, pero vigilan el inédito y la educación moral.

7. Comprendiendo los desgraciados y los opresorios, y ayudándolos con nuestras fuerzas.

8. El mal se introduce en el cuerpo por la boca; sé pues prudente para comer y beber.

9. Conserva siempre una afición sana, una noble ambición, aunque seas de profesión modesta.

10. Por el honor de tu casa y de tu familia, siempre cuidando y divirtiendo a tus hijos y padres.

El Viejo y una luna de petróleo. — El director del observatorio del Vaticano, profesor Mercalli, que más de una vez había bajar al cráter del volcán, ha muerto recientemente, terriblemente carbonizado, en su doncella de la Universidad de Nápoles. Con movimiento involuntario derribó una luna de petróleo, y divertiéndose las llamas a su yardo, intentó cubrirse con sus brazos, pero sin fuerza cayó sobre la cama, que pronto se convirtió en una inmensa hoguera. Y así murió, en su casa, de un simple accidente, que en España hubiera sido de los más comunes en desahogar la lávica ardiente del volcán.

Innovación. — En algunos cinematógrafos de Londres, durante las proyecciones, aparece en la cinta un reloj señalando la hora exacta. Así, los espectadores que habían dispuesto para el cine una hora, no pierden el tiempo, y pueden acudir a cualquiera cita sin un mínimo de retraso.

(Continuación, pág. XXV.)
DE TODO UN POCO

El buen juez. — No se trata de Magonada, que vejeta ahora en Paris, completamente dividido, sino de un corresponsal suyo que ha salido en Inglaterra, en el condado de Huch. Se le presentó el otro día una pobre mujer, con siete hijos, que iba a ser expulsada de la casa porque debía treinta chelines... El juez, compadecido, la condenó a saldar su deuda a razón de cinco centimos mensuales. Cuando se ve, la liquidación se hará, allá por el año 1844.

A tal padre. — Después de algunos intentos en la política y en la diplomacia, Sigurds Jonsen, hijo del ilustre autor de «El Pato Sal-va-jas», quiere seguir la carrera de su padre. El hijo de Jonsen acaba de escribir una obra en tres actos, titulada «Robert Frank», que ha desencadenado en Alemania gran curiosidad. La obra de Sigurds Jonsen es un drama político, de acción violenta, brutal, saliendo a escena un ministro dictador en pleno habla general. Cuando se lleva tal nombre, hay que escribir obras maestras, ó firmar con pseudónimo.

Una clínica para fumadoras. — Ha creado, en Chicago, la «National anti-gareta log» para las mujeres que deseen curarse del vicio de fumar. El método de tratamiento es conocido, y empleado con los niños que fuman demasiado pronto. Consiste en vaporizar en la garganta una solución de nitrito de plata. El día de la inauguración fueron recibidas quince mujeres. Nuestro propuesto, de dicho miss Gastin, presidenta de la liga, es curar a las jóvenes y a las mujeres de Chicago que guardan este vicio por desocupación ó pereza. Al mismo tiempo, iremos a las cárcelcs a curar a todas las presas que tengan el mismo vicio.

Lucha negra. — Se trata de una mujer armenia fallecida recientemente en Constantinopla, y cuyos pecados, a consecuencia de emociones violentas, daban una leche completamente negra. Parece que la mujer de que se trata, madre de seis hijos, había presenciado las horribles matanzas de Armenia, sufriente un traslado que se produjo en la coloración negra de su leche, primero en un pecho, luego en otro... Más tarde perdió la vista.

Manuscritos de Thackeray. — Se han vendido en pública subasta, en New York, en los siguientes precios: El original de la ilustración del propio autor de The Virgin and The King, compuesto de ochenta láminas, en 15,000 francos. La primera edición de Vanity Fair, con nueve dibujos originales del autor, en 8,000 francos. Otro manuscrito de diez y nueve páginas, en 2,750 francos, y el de The Adventures of Philip, en 60,000 francos.

Desavenencias vejas. — ¿Habéis oído hablar de la Reina de los Cocos? Es la vida del último gobernador inglés de las islas de los Cocos y de Kiepeling, y su sonrisa le valió aquel rincón de Malasia. Un «maître» de hotel llamado Gustavo Steinera, acaba de demandarle ante los tribunales de Singapura, presentando treinta y siete cartas, entre las que la soberana le declara su pasión y le ofrece su mano. Como no ha cumplido su promesa, el «maître» de hotel reclama una indemnización por ruptura de matrimonio. Pero los jueces de Malasia han declarado que la reina de los Cocos, no sabiendo bien el inglés, no supo lo que escribía, y su abogado aseguró que la mayor parte de las palabras que pronunció no en inglés, las dice de memoria sin comprender su sentido. El camarero perdió el pleito. La reina de los Cocos está tranquila.
AFICIONADOS A LA FOTOGRAFÍA
No comprar ningún aparato
sin haber visto antes el Catálogo ilustrado del
VERASCOPE
RICHARD

Los exploradores, colonizadores, misioneros, militares, marinos, alpinistas, deportistas y aficionados, en general, aseguraban que el Verascope es verdaderamente LA MARAVILLA FOTOGRAFICA, porque con él no han experimentado nunca la más pequeña decepción.

NO TIENE RIVAL

EXIGIR
LA MARCA DE FABRICA

De no confiar en las Imitaciones

INOVIDADES

Almacén para Películas
en bobinas

Intercambiable con el Almacén para Placas,
cargándose a plena luz.

PARA LOS PRINCIPIANTE EN FOTOGRAFÍA

la "Fumieile endiablovee ideal" y la más económica es

El Glyphoscope

Patentado
Precio : 35 fcos.

Posee todas las ventajas especiales del "VERASCOPE".

Raqueta "ROYAL MEB"
doble marco de fresno y cerezo achaflanado;
frente cruzada, de fresno reforzado;
lomo seda blanca trenzada; cuerdas extra, rojas y blancas; mango estriado.

Equilibrio y acabado perfectos.

Precio : 38 francos

Redes
Pelotas
Vestidos
Calzado, etc.

OTROS MODELOS
desde 8 francos

Zapatos DERBY
TODA CLASE DE ARTÍCULOS
para toda Clase de Deportes

CATALOGO ESPECIAL A QUIEN LO SOLICITE

MESTRE & BLATGÉ . PARIS.
46. Av. de la Gde-Armée
¿Se casa usted este año?

SI ES ASÍ, necesita usted adquirir cuanto antes su ajuar, aprovechando su tiempo y su dinero del mejor modo posible. Para ello, attienda a los consejos y a las indicaciones que para su bien le damos.

En primer lugar, no cometa usted el error de hacer su ajuar en casa, adquiriendo el material necesario en comercios que venden al detalle. Le resultará a usted muy caro, y perderá usted mucho tiempo.

En segundo término, si quiere usted ahorrarse molestias y dinero, no olvide que, aunque parezca impracticable, nosotros.

VENDEMOS UN AJUAR DE NOVIA A PRECIO MUCHO MAS BAJO DEL QUE LE CUESTA A USTED HACERLO EN CASA.

Basta una visita a nuestros establecimientos, para que usted comprenda inmediatamente la gran diferencia que existe entre nuestros artículos y los de los demás tiendas, tanto en lo referente a precio como a la calidad.

Visite nuestras casas, y se convencerá. Si no quiere usted molestarse, y si no está en el interior de la República, recibirá a su solicitud nuestro catálogo ilustrado con solo remitirnos, luego de cortar el adjunto cupón, en el cual indicará usted su nombre y su dirección.

NUESTRO CATÁLOGO ES UN PRECIOSO ÁLBUM DE AJUARES, TIENE 300 PAGINAS DE TEXTO Y MAS DE TRES MIL GRAVADOS.

A pesar de su gran costo, remitimos este álbum gratuitamente a quien lo solicite por medio del cupón adjunto.

LA CASA IDEAL DE LOS NOVIOS

Gran Surtiduría Norte
Santa Fe, 200
Buenos Aires

Casa Central: 8° Mitre, Esq. Paraná, Buenos Aires

CUPÓN

Si desea mandarme el
Álbum de Ajuares
que ofrecen de publicitar.
Nombre: ______________________________
Dirección: ______________________________